

LA HEROÍNA ZEGRÍ

por FLORENCIO L. PARREÑO



LA NOVELA DE AHORA.—Publicación
semanal.—3.^a época.—Año IV.—Núm. 90.



L

R. 43.140

1-I-602/40



LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

90



—Mas le daréis esta espada.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

LA HEROINA ZEGRI

(SEGUNDA PARTE DE «PEDRO EL TEMERARIO»)

TOMO III

Ilustraciones de E. Barrio



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN EL AÑO 1876

Calle de Valencia, núm. 28



**Reservados los derechos
de propiedad artística.**



LA HEROÍNA ZEGRÍ

CAPÍTULO XXVII

El combate.—Momento decisivo.—Victoria completa.—Huída y dispersión

Llegó por fin la madrugada del terrible día de la batalla. D. Sancho IV iba á jugar su corona, fiado en el inimitable caudillo que defendía su causa y en la Providencia, de la que continuamente imploraba su benéfica protección.

Todavía sin embargo permanecía tranquilo el campamento de Lara; pero salió de pronto D. Ricardo de la tienda de aquél, movió su espada, tocó una trompeta guerrera, repitieron diez más aquellos sonidos, é inmediatamente se pnsieron de pie todos los individuos que estaban en sus tiendas.

Otra vez se oyó la trompa guerrera y cayendo de rodillas los caballeros y vasallos, elevaron al cielo una sentida plegaria que tenían la costumbre de expresar antes de entrar en combate.

Sonó nuevamente el bélico instrumento, los jinetes botaron sillas y los peones deshicieron las tiendas, llevando los efectos á retaguardia.

Se oyeron por cuarta vez los ecos de las trompetas, los jinetes y caballeros montaron en sus potros y los peones empuñaron sus mortíferas armas. Seguidamente se dieron órdenes, corrieron los caballeros, reuniéndose momentos después en torno de la colina donde

estuvo situada la tienda del Conde, cuantos obedecían á éste, en filas compactas, formando un círculo completo.

Lara montó en este momento á caballo; le cubría una blanquísima y fuerte armadura, empuñaba terrible y formidable lanza, rodela jacerina, y en el extremo superior de su casco lucía una encorvada y ondulante pluma negra.

El Conde tendió una tierna mirada sobre el conjunto de guerreros que tenía en derredor, inclinó la frente y meditó breves instantes. Un silencio profundo reinaba en torno del poderoso caudillo; grandes y pequeños fijos ahora en él, esperaban con ansiedad oír aquella voz que solía prender fuego en los corazones, dar aliento y sobrado valor para correr en busca de la muerte.

El Temerario alzó la cabeza é hizo como si desechase un estorbo que embargaba sus facultades, tornó á mirar á sus vasallos, y con voz que todos pudieron oír, exclamó:

—Hijos; otra vez al frente de vosotros me veo obligado á combatir contra un poderoso enemigo. Ahora no es la lucha del cristiano contra el enemigo de nuestra santa religión; no son los zegríes, abencerrajes ó aliatas los que tenéis enfrente; la suerte quiere que hoy, ligados á éstos, combatamos contra cristianos, hijos algunos de nuestro mísero país. ¡Dios lo quiere así, cúplase su soberana voluntad!

Lara calló, y tomando su rostro un aspecto amenazador, terrible; despidiendo sus ojos ráfagas de chispeante fuego, añadió:

—Caballeros, montañeses y selvícolas; mis hijos todos, amigos y vasallos, vuestro denuedo y valor van á decidir en breve si ha de continuar reinando el fuerte y justiciero Sancho IV ó un hombre que en alas de torpe ambición, pretende arrebatár el trono á su dueño, y la paz y tranquilidad á nuestra querida patria. ¡En nuestro ardimiento y brío funda su esperanza el monarca y el país que os ha visto nacer; las naciones tienen fijas en vosotros sus miradas; y el mundo que tanto os aplaudió en otras ocasiones, os ve también, y acaso prepara una nueva ovación para mis invencibles vasallos! ¡A las armas, mis leones del Saucejo! ¡El enemigo es mayor en número, pero cada uno de vosotros valéis por veinte de ellos! ¡Recordad las batallas de Mollina y de Osuna, y comprenderéis cuán fácil os es arrollar y destruir esas pobladas, pero débiles filas contrarias! ¡Al oír mi voz, acometed, haciéndolo en esta ocasión con todo el ímpetu de que sois capaces; vencedores en el primer instante, seréis un torrente que devastará esos mal dirigidos escuadrones! ¡Hijos, ya que la suerte lo quiere, luchemos, y siempre adelante, que nada se atreva á detener nuestro arrogante paso! ¡Castilla y León por D. Sancho IV! ¡Pedro os defiende; vuestro padre os ampara; Dios que protege las causas justas, velará por vosotros!

Calló el gigante y se oyó un grito aterrador, confuso, que llenó el espacio y repitieron los cóncavos de los montes.

—¡A vencer ó morir!—exclamaron.— ¡Con Pedro y por Pedro! ¡Ay del que vuelva la espalda!

Y estas nuevas voces de los montañeses se escucharon como un trueno desgarrador; aquellos fieros semblantes demostraban en estos momentos un encono irresistible; las pesadas mazas, las terribles hachas y las formidables lanzas parecían ligeros juncos movidos ó enarbolados por los forzudos, diestros y bra-

vos caballeros, montañeses y selvícolas. Hábiles y prácticos en la guerra, cada hombre de aquéllos, dirigido por el Temerario, era un héroe que con impávida saña caía en medio de sus enemigos, y sin contar el número ni cuidarse de si era ó no secundado por sus compañeros, avanzaba, destruyendo en derredor cuanto se atrevía á estorbarle el paso. Harto conocía D. Sancho IV el poder de tan pequeño ejército mandado por el hércules de los valientes. ¡No en balde reposaba tranquilamente en Sevilla, á pesar de su innegable valor y denuedo. Por eso solía decirle á su varonil esposa:

—Tiene razón el conde de Lara; entre aquellos invencibles soldados yo no sería otra cosa que un hombre más, y á mi caudillo le sobra gente. Déjole toda la gloria, que eso y más merece su lealtad, nobleza de alma é incontrastable espada.

Hemos dicho que calló el Temerario, prorrumpiendo en atronadoras voces sus aguerridas huestes; á aquéllas reemplazó el sonido de las trompas, luego se dieron órdenes y acto continuo, formó el ejército en batalla.

En este instante, rasgó la aurora el tupido y negro manto de la noche, apareciendo con tintes rojizos que imitaban el color de sangre. A la vez se vieron en lontananza, y entre las sombras que todavía luchaban con el crepúsculo matutino, las masas enemigas que se acercaban lentamente en silencio y con el mayor orden.

Las huestes del Conde, ocuparon las posiciones elegidas por el caudillo, callaron las trompetas, atambores y clarines, y con el corazón henchido de fuego, negra el alma y la sonrisa en los labios, esperaban ahora que se aproximase el numeroso ejército contrario.

En tal estado, se oyó la precipitada carrera de un brioso alazán, que imitando el vuelo del águila, cruzó por delante de los montañeses parándose en el centro. Era un guerrero cubierto con armadura de plata, relieves de oro, manto blanco, con la cruz de Santiago, que ostentaba las armas de la casa de Molina, luciendo además, sobre una pequeña corona que llevaba en el extremo de su casco, una



pluma tenida en púrpura. Sobre el fogoso corcel caminaba esbelto, gentil, admirable; parecía que caballo y jinete formaban un solo cuerpo con una voluntad sola.

—¡El caballero de la cruz roja!—exclamaron todos al verle; á estas voces siguió un aplauso, y jefes, caudillo y soldados, contemplaron con júbilo la hermosa y apuesta figura del jefe zegrí. Este, dió la vuelta á las posiciones de Lara, pasándoles una escrupulosa revista, durante la cual movía la cabeza continuamente, como dando asentimiento á las disposiciones adoptadas. Luego quedó parado cerca del Temerario, lanzándole una mirada que penetró hasta el corazón de éste. El Conde entonces le ofreció con un marcado ademán el mando supremo de sus vasallos; pero el de la cruz le contestó con un gracioso movimiento de cabeza, metió espuelas á su caballo, y pasando por delante de él le arrojó una corona de oro, cuyo esmalte y figura imitaban hojas de laurel entretejas; y desapareció como un meteoro, escondiéndolo al poco tiempo la parte Sur de la colina, donde antes estaba situada su tienda.

Pedro contempló la magnífica corona, y entregándosela á un caballero de los que le rodeaban le mandó que la guardase en el hospital de sangre. Seguidamente dirigió la vista al sitio donde se encaminó el de la cruz, mas no le vió ya; ni existían las tiendas musulmanas, ni nada, en fin, que indicase en la colina la permanencia de los hijos de Granada.

A la aurora reemplazó la severa faz del rey de los astros, y á su llegada comenzó á iluminarse la tierra. En este instante vió el Conde las masas enemigas que continuaban acercándose, se paraban y volvían á avanzar de nuevo con algo de irresolución ó con órdenes contrarias á cada momento. De pronto oyó un grito que atronó el espacio, hicieron una nueva evolución, quedando los peones contrarios en el centro, la caballería á los costados, y en tal disposición corrieron desafortadamente con ánimo de caer sobre los montañeses. Estos no se

movieron; pero al llegar aquéllos á trescientas varas se oyó una orden del Conde, repetida en el mismo instante por cien jefes, se abrieron aquéllos y corrieron también á derecha é izquierda, dejando en lo que formaba antes su centro un gran espacio, por el cual se precipitó el ejército del pretendiente. La caballería del Temerario atacó entonces los dos flancos de sus rivales, haciendo con terrible ímpetu dos huecos, por donde se metieron los montañeses, llegando así hasta el corazón de las masas enemigas. Tan rápida y acertada evolución descompuso á éstas, aturdiendo desde el primer instante á los que juzgaron caer como un rayo asolador.

Ya en el centro contrario los montañeses, se corrió la caballería del Conde y atacó el frente y retaguardia, quedando al poco tiempo confundidos unos y otros. Los del Temerario parecían batirse en desorden, pero no era así, pues obedecían un plan admirablemente combinado. Cada montañés ó selvícola era en este momento un león, que solo ó acompañado se batía contra uno, seis, ó cuantos se le presentaban delante. Su noble señor los llevaba forrados desde la cabeza á los pies de jacerina baqueta; y esta defensa, unida al irresistible ataque con que peleaban, producía ya sus naturales consecuencias.

El ejército enemigo, que intentó atacar, se redujo á la defensa; comenzó bien, pero en breve decayó su ardimiento ante aquellos hombres que saltaban, corrían y con fuerzas de leones luchaban como la pantera, con una destreza impropia del soldado raso y un valor digno del renombre con que eran conocidos.

El conde de Lara, rodeado de quinientos caballeros y de su inseparable Ali, quedó sobre una altura mirando con placer lo bien que fué comprendido y la ligereza y brío sorprendente de aquellos vasallos á quienes llamaba y solía tratar como á hijos. No le extrañó que sus contrarios, ante tan poderosos rivales, decayesen tan pronto; pero su experta mirada creyó distinguir sólo unos veinte mil hombres y no los treinta

mil que le habían asegurado tenía la Cerda; por lo cual quedó sobre la altura sin tomar parte en la contienda mucho más tiempo del que le aconsejaban permaneciese su audacia y valor. El negro y los guerreros que tenía en torno le habían invitado ya varias veces á que avanzara, seguros de que, con su poderosa lanza, la maza del negro y las quinientas moharras restantes pronto acabarían de poner las huestes del pretendiente en completa dispersión; mas el entendido caudillo demostraba no oír aquellos ruegos, contrayéndose á observar cuanto pasaba en el campo de batalla, sin dejar de mirar á cada instante á su espalda y costados. Su mirada de águila veía hasta la lucha parcial de un montañés con dos ó tres navarros, aragoneses, italianos ó franceses. De vez en cuando, exclamaba:

—¡A la izquierda, junto á aquella loma, han cortado á un pelotón de selvícolas; corred ochenta en defensa y ayuda de mis hijos!

Y un número igual de sus caballeros partía como una exhalación llegando á tiempo de socorrer á los selvícolas. Luego añadía:

—Se han rehecho ochocientos caballos y se dirigen hacia el ala derecha; partid doscientos y caed á la vez que ellos. Tres pobres montañeses se baten en el centro contra treinta ó cuarenta franceses; marchad quince en su ayuda; volaz, pardiez, que mis hijos no son de bronce.

De este modo fué mandando el noble caudillo á la mayor parte de sus caballeros, dejando reducida su escolta á ochenta hombres y su inseparable leopardo.

Hacía hora y media que había dado principio el sangriento combate; los de Lara, sin volver la espalda uno solo, acometían, mataban, destruían y hacían correr á los más tímidos de sus contrarios; pero el pretendiente la Cerda, su hermano D. Hernando y los restantes caudillos españoles y extranjeros, sin descansar un momento, y hallándose en todas partes, contenían la dispersión, rehacían las masas y se precipitaban con ellas sobre los leones del Saucejo,

los cuales no deseaban otra cosa. El ejemplo de los Cerdas y demás jefes era heroico; gracias al que conseguían que sus soldados se dejaran matar por aquellas feroces panteras del Saucejo; no podían vencer, pero al concluir la batalla tenían el derecho de pregonar que la habían hecho durar tres ó cuatro horas.

Lara no comprendía la obstinación de sus contrarios en obligar á morir á unos soldados que caían á cientos á los rudos golpes de sus invencibles montañeses. Cansado de esperar más, y no pudiendo soportar en la inacción la vista del cuadro de muerte que tenía delante, volvió á mirar en torno y no distinguiendo otra cosa que cielo, tierra y montes, se fijó en un grupo de caballeros contrarios, entre los que creyó, con razón, se hallaban los Cerdas, dió orden de partir y cayó sobre ellos con Alí y los restos de su escolta.

Sembrando la muerte, llegó el Temerario frente á los Cerdas, hirió á varios caballeros de los que los rodeaban, de un bote de lanza sacó de su caballo á D. Hernando, mientras Alí mataba á un príncipe italiano y á cuantos valientes le estorbaban el paso. El incomparable africano se alzó la celada de su casco para que todos le conocieran, y lo más cerca posible de su amo, hacía en estos momentos poco menos que aquél. Pegado á su caballo que mordía y coceaba, ayudando de este modo al negro, movía la maza y rodela de un modo inimitable.

Pronto aquellos ochenta y dos jinetes destruyeron el Estado Mayor del pretendiente, huyendo éste y los pocos que consiguieron librar la vida. La poderosa lanza del Temerario fué para ellos la más espantosa guadaña.

Sin jefes ya el ejército enemigo, y en medio de ellos el temible conde de Lara, dió principio la derrota, y á ésta siguió una completa dispersión, quedando los campos de Cuenca cubiertos de cadáveres y heridos de los parciales del pretendiente.

Al abandonar Pedro la dirección de la batalla para luchar cuerpo á cuerpo y como simple caballero, apareció, sobre el extremo de la colina, el incógnito de



la cruz roja; su ardiente mirada seguía á aquél, sonriendo al distinguir el destrozo que hizo en el Estado Mayor del pretendiente. Estaba solo, al parecer, y con la mayor sangre fría dejaba á su defendido toda la gloria de tan célebre jornada. Lejos de envidiarle, demostraba gozar con la completa victoria que Lara conseguía en aquellos momentos.

—Su poderosa lanza —exclamaba, refiriéndose al caudillo del Saucejo— todo lo arrolla, destruye y aniquila. Mata, hiere y su preclaro nombre aterra, vence, domina; la tierra se humilla á sus plantas, y el genio de la gloria le conduce en su carro triunfal. Sus hijos participan del patrio y ardoroso fuego del Conde, lo miran, lo aplauden y son tan incontrastables como él. Con ese pequeño ejército y su admirable jefe se puede conquistar el mundo entero.

Y continuaba mirando el ardimiento de los unos y la completa dispersión de los otros, apartando la vista en lo posible del terrible cuadro de muerte y desolación que dejaban atrás los vencedores. Su generoso corazón se condolía de tanto herido como no lejos de la colina se revolcaban en su propia sangre, confundidos con los cadáveres, los caballos muertos y los miembros mutilados. Ayes, maldiciones, plegarias, tiernos suspiros, quejidos lastimosos, votos, ternos, y todo esto en confuso vocerío formaba un ruido triste, sentimental, desconsolador, que unido al fragor de la batalla aturdían, lastimaban, atormentando el corazón más duro. ¡Bosquejo pálido de un campo de batalla, silueta exigua del cuadro de dolor que presenciaba en este instante el noble caballero de la cruz roja.

¡Miseras esposas, padres, hijos y hermanos! En poco más de dos horas de combate habéis perdido objetos que tan caros os eran; vedlos en su terrible agonía nadar en un piélago de sangre humana; escuchad sus últimos suspiros; con ellos desaparecen vuestras ilusiones, posición, amparo, guía y sostén. Aquellos labios que os contaron sus penas, sus amores, sus glorias; que endulzaban vuestra existencia, que os acari-

ciaban, requerían y adulaban, se cerraron para siempre. Ya no volveréis á ver la tierna sonrisa que hacía latir vuestros corazones, ni estrecharéis más la mano que os servía de báculo; para vosotros, padres, esposas, hijos y hermanos no hay ya otra cosa que luto, espanto, desolación y miseria. Un ambicioso quería reinar y en su bastardo despecho no tuvo reparo en sacrificar en aras de su inicua pretensión miles de familias que el peor de sus individuos valía más que él. Sin estudiar al poderoso enemigo que tenía delante, sin recordar que su invencible lanza jamás fué abatida; sin importarle la aureola de gloria que brillaba en su frente; sin cuidarse para nada de vosotros, acometió con inaudita saña, y ved ahí el fruto de su loca pasión. Nada tenía, nada podía perder; se cubrió con una fuerte armadura; montó en un ligero caballo y seguro de que el acero de una y la velocidad del otro salvarían su vida, no halló inconveniente alguno en pretender una victoria que la suerte había negado hasta entonces á los enemigos del famoso conde de Lara.

¡Qué lección para los hombres si la mayoría de éstos se tomasen la molestia de estudiar la historia de las naciones y sacase las consecuencias que lógica y naturalmente se desprenden de ciertos hechos! ¡Lejos de hacerlo así vemos en pleno siglo XIX, en la época de los adelantos, en el gran período de la ilustración, que se alza del polvo un *hombre-zuelo*, y en alas de inaudita osadía y desmedida ambición habla de tiranías, de derechos populares, de sacrosanta libertad, dice lo que no cree, piensa lo que le conviene, arrastra incautos, seduce á tontos, engaña á *políticos* y se *pronuncia*... Terrible frase se nos ha escapado de los labios. ¡*Pronunciamientos*!... Esta palabra dice por sí sola más que pudiéramos nosotros escribir en diez tomos. Hace treinta años que reemplazó el pronunciamento al motín; durante ese período hemos presenciado muchos pronunciamientos, cuantos ha habido; corrió la sangre, se inmolaron miles de víctimas; llegó á ser completo el sacri-

ficio; perecieron los incautos y algunos valientes; se enrojeció el suelo y se arruinó el país; vimos subir á pequeños, caer á grandes, adornarse muchas mangas, enriquecerse no pocos tráfugas, ídolos de barro que antes fué cieno, muchas caretas y nada bueno, productivo, ni grande. ¡Patria, libertad, justicia! ¡cómo se abusa de vosotros! ¡Con qué entusiasmo se os enaltece; con qué rigor se os pisotea, encadena y arruina; en la boca el vítor, en la mano el puñal! Insensatos, si al exponer unos cuantos maravédises torturáis tanto vuestro entendimiento para no perderlos, ¿por qué no discurrís así antes de exponer vuestra vida, que es el verdadero tesoro que el Cielo os concedió? ¿Cuándo aprenderá el hombre á distinguir el axioma de la mentira, la lógica del sofisma, la verdad de la falacia? Nunca; el corazón humano será siempre el mismo y de torpeza en torpeza, de debilidad en debilidad, continuarán caminando los seres á un fin que es el principio de su verdadera existencia; ¡ay de los que encuentren cerrada la puerta de un paraíso que algunos niegan, del que otros dudan, y en el que muchos creen, pero en el que todos piensan menos de lo que conviene al mísero mortal!

¡Pobre condición humana! ¡con qué afán procuramos dirigir, encaminar hacia una perfección ilusoria! ¿No fué siempre lo mismo el corazón humano? ¿No cuenta el mundo 5862 años de existencia? ¿Y no somos hoy, por lo menos, tan débiles como Adán y Eva? ¿No vemos cada día un nuevo Caín y apenas se halla un Abel?

Llegamos al mundo, paseamos por el jardín de la inocencia, cerramos los ojos y nos precipitamos por el torrente de las pasiones para penetrar en el páramo de la vejez que nos arroja al abismo. La Providencia prende fuego á la luz de nuestra razón, cuya llama va creciendo hasta que el hombre la apaga con delirante soplo y continúa caminando á oscuras hacia una eternidad clara, diáfana, sublime, pero donde no entran los ciegos; para esos hay otra eternidad, la de las tinieblas.

Estudiad el paréntesis que de algo más os puede servir que la novela.

Continúa ésta: el caballero de la cruz roja vió luego la precipitada carrera de un enviado de Lara, el cual por orden de su amo, llegó al hospital de sangre é inmediatamente salieron todos los sacerdotes, médicos, mujeres y hombres con camillas, botiquines y cuanto podían necesitar para curar á los heridos. La religión, la caridad y la ciencia penetraron en el campo de batalla y sin distinción alguna comenzaron á ejercer su benéfica misión; muchos eran, pero no podían atender á tantas voces como les llamaban doquier. «Confesión—pedían unos—cortadme esta pierna—decían otros—acabadme de matar—exclamaban algunos;» y cada vez horrorizaba más el espantoso cuadro que dejaron en pos de sí los fieros hijos del Saucejo.

Solo, en su bravo alazán tostado y sobre la colina, todo lo veía y escuchaba el de la cruz encarnada. De pronto se estremeció y con gran ligereza se alzó la celada como para ver mejor. Luego dió un grito agudo y sonoro, empuñó una corta bocina que llevaba pendiente de un cordón de oro y la tocó sin dejar de mirar al sitio ú objetos que motivaron la impresión que acababa de sentir.

Los mágicos sonidos de su bocina corrieron por el espacio, é instantáneamente se vió rodeado de su escudero, del príncipe Muza, cuatro jefes de tribu, trescientos caballeros cristianos y hasta ocho mil valerosos musulmanes.

—Mirad—exclamó—los traidores tenían escondidos parte de sus soldados detrás de aquel monte y ved cómo intentan atacar la retaguardia de Lara, cayendo de improviso por la espalda.

¡A las armas; á escape, y seguidme todos!

Y se precipitó con los suyos como un meteoro.

Expliquemos la causa del nuevo acontecimiento que obligó al desconocido de la cruz á tomar parte en la contienda, no obstante su deseo de dejar al Temerario toda la gloria de aquella jornada.

A la izquierda del campamento de Lara, y á la distancia de un cuarto de legua,

existía una cordillera que se extendía de Levante á Poniente. El pretendiente la Cerda y sus aliados estudiaron perfectamente el terreno, y después de una cuestión acalorada, convinieron en que, durante la noche, esconderían entre los montes citados la tercera parte del ejército al mando del rey de Aragón. Verificado esto y llegado el momento, presentaría la batalla con veinte mil hombres D. Alonso la Cerda; y de triunfar éste, servirían los emboscados para cortar la retirada al Temerario y no dejar que se escapase uno solo; pero de suceder lo contrario caería el de Aragón de improviso por la espalda de sus contrarios; esto reanimaría á los de la Cerda, y rehechos conseguirían coger en medio al enemigo, haciéndole pagar muy cara la victoria que creía tener asegurada. Este era el todo del plan que en aquel momento llevaban á cabo, si bien algo variado de lo que al principio creyeron. El cambio consistía en que diez mil hombres no pudieron esconderse detrás de los pinos del monte ni á corta distancia del campamento; por consiguiente, se situaron á más de una legua de la acción, y por pronto que recibieron el aviso y llegaron, ya el pretendiente y sus vencidas huestes estaban aniquiladas, vencidas y pronunciadas en una dispersión muy difícil de contener; sin embargo de lo cual, el intrépido rey de Aragón cargó con los suyos, según había ofrecido, y con el valor de la desesperación, como vamos á demostrar.

Los montañeses del conde de Lara, con su jefe á la cabeza, corrían haciendo prisioneros y acabando de destruir á su ya derrotado enemigo, cuando el negro Alí hizo dar á su caballo un salto terrible y acercándose á su amo, le gritó:

—¡Señor, enemigos por la espalda!

El Conde volvió la cabeza, y al primer golpe de vista comprendió el pensamiento de sus rivales, y cogiendo su bocina la tocó él mismo, reunió á la mayor parte de sus montañeses, é hizo frente con ellos al de Aragón, que intentaba cogerlo de improviso, mientras varios de sus caballeros corrían en bus-

ca del resto de las fuerzas que, no escuchando la bocina de Lara, continuaban persiguiendo á los que huían.

El caudillo aragonés cargó con tal ímpetu y rapidez, que no les dió tiempo á los del Temerario para maniobrar, según la orden que acababan de comunicarle; no obstante lo cual, recibieron el ataque con la impavidez y valor de tan indomables leones. En esta ocasión la lanza del Conde y las de sus caballeros fueron las primeras que se embotaron en los pechos contrarios. Conociendo el noble adalid la intención del aragonés, y encendida su sangre con tan atroz villanía, se convirtió en el Temerario de antes, corrió más que Alí, que los individuos de su escolta, montañeses y selvícolas, y adelantándose mucho á todos ellos, penetró solo hasta el centro de sus contrarios. Estos, reconociéndole, le cerraron el paso, y con su rey á la cabeza, le rodearon, embistiéndole cien valerosos guerreros. No se aturdió ni debilitó por eso el invencible Conde; solo y contra todos, mataba, hería, obligaba á su potro á practicar el inimitable remolino que tanta celebridad le había dado; saltaba á la vez, corría, de cada bote derribaba á uno, se abría paso y escapaba; mas otros tantos combatientes le salían al encuentro, hasta que, rodeado por muchas filas de enemigos, se redujo á matar, sin intentar una huída imposible. Su destreza, fuerzas hercúleas, gruesa armadura y demasiado valor aturdían á sus contrarios y le libraban de morir, mientras él sembraba el suelo de cadáveres, regando la tierra con un mar de sangre contraria. De este modo continuaba tiempo ha, venciendo siempre, matando sin cuento y sin que los suyos pudieran llegar hasta allí, cuando se vió obligado á encabritar su potro, en cuyo instante recibió éste un bote de lanza que le hizo caer exánime. Su amo quedó en pie, y con la rodela en su mano izquierda y la mortífera arma en la derecha, continuó defendiéndose de un modo heroico, pero insostenible mucho tiempo. Su armadura estaba ya rota; las fuerzas le iban faltando, y á pesar de esto, no desfallecía su ánimo ni amen-

guaba su brío; pero el círculo enemigo se estrechaba cada vez más, los muchos cadáveres que tendió su poderosa lanza le impedían moverse, y el rey de Aragón, contraído únicamente á dar fin de Lara, prestaba ánimo con sus voces á todo su Estado Mayor que circunvalaba al Temerario, dejando, á trueque de vencerá éste, que pereciese el resto de su ejército á manos de los fieros montañeses y selvícolas; los cuales ínterin su señor iba á perecer, ellos estaban vendiendo en los diez mil aragoneses las pocas gotas de sangre que aquél vertía ya por una herida que consiguieron hacerle.

En este momento recibió Lara un mazazo que deshizo su rodela, y á la vez cayeron cuarenta sobre él seguros de confundirlo. Llegó, pues, su postrimero instante; le intimaron la rendición, mató al que le ofrecía la vida y se dispuso á morir como un héroe, cuando de pronto se oyó un grito espantoso; el círculo que rodeaba al Conde fué roto, penetrando el caballero de la cruz roja, su escudero, el príncipe Muza, los cuatro jefes de Tribu y en pos los trescientos cristianos y ocho mil musulmanes. Unos cuantos instantes más y el arrogante Lara sería cadáver. Al ver el estado en que se hallaba y los heroicos esfuerzos que debió hacer para matar tantos hombres como había en tierra, defendiéndose á la vez de cien guerreros que se renovaban á cada momento, exhalaban un grito de horror el incógnito y cuantos le contemplaron. El príncipe Muza le cedió su caballo, montó en el de un caballero aragonés que acababa de herir el escudero, el de la cruz dió varias órdenes, y cargando sobre las ya dispersas huestes contrarias, comenzaron á matar de una manera asombrosa.

Cinco minutos después, confundidos los de Lara con los del incógnito, destruían y aniquilaban sin compasión á aquella reserva de valientes aragoneses.

Ya no había defensa posible por parte de éstos; el Rey, su Estado Mayor y sus escuderos, se desbandaron confiando la salvación de sus vidas á la velocidad de

la carrera que emprendieron; pero ¡oh fatalidad! los zegríes montaban mejores caballos, eran más hábiles jinetes, como no usaban armaduras iban más ligeros, por todo lo cual corrían mucho más, se adelantaron y con su jefe á la cabeza les cortaron la retirada, encerrándolos en un círculo de hierro dentro del cual sólo la muerte ó la rendición les aguardaba. Los ocho mil restantes musulmanes siguieron con Muza y sus jefes á los zegríes; los montañeses y selvícolas no contentos con lo mucho que habían peleado corrieron también en busca de los fugitivos y de los diez mil enemigos que componían la reserva, resultó que sólo pudieron salvarse unos mil; los demás cayeron muertos, heridos ó prisioneros, gracias á la generosidad del Conde que prohibió varias veces ofender al que se rindiera.

—Señor—exclamó Alí incorporándose al fin con su amo,—¡buenos vamos los dos! ¡Los aragoneses se baten bien!

—¿Cómo no me seguistes, negro?—le preguntó el Conde.

—Entretenido en descargar mazazos te perdí de vista; corrí luego en busca tuya, mas me cortaron el paso doseientos aragoneses y tuve que batirme con todos hasta que muerto mi corcel, tiré la maza y empuñando la daga me metí por entre las piernas de los caballos contrarios, herí varios de éstos, introduje el desórden consiguiente y de este modo pude escapar de una muerte segura.

—Veo que tú también estás herido.

—Tiraban á matar, señor, pero dejé veinte hombres en tierra y ellos sólo pudieron causarme tres heridas que no valen lo que uno de mis mazazos; más daño me han hecho sus caballos.

—Explicáte, africano.

—Cuando pasaba por entre sus piernas los hería en el vientre y en los saltos y coces que daban me alcanzaron algunas de éstas. ¡De no ser tan gruesa mi armadura...!

—¿Pero te la han roto?

—Como á ti; te repito que tiraban á matar.

—¿Son graves las lesiones que llevas?

—No. ¿Y las tuyas?

—Por las mías no pases cuidado, Alí.

—Bien lo hemos hecho, amo mío; hoy he ganado mi título de caballero.

Y el Conde, después de ordenar que se corrieran los del hospital de sangre hacia aquel nuevo campo de batalla, avanzó con Alí y ochocientos caballeros que le rodeaban en busca del resto de su ejército, que aún seguía haciendo prisioneros, ya que no hallaba con quién batirse.

Una hora después entraron en Cuenca, se establecieron varios hospitales y se obligó á los paisanos á que ayudasen á conducir el sinnúmero de heridos que dejaron atrás.

La victoria no podía ser más completa, pues el ejército de la Cerda fué vencido y destrozado de un modo que asustaba. Entre muertos y heridos dejaron más de ocho mil hombres, y llegaban á diez mil los prisioneros, huyendo los restantes por diferentes caminos.

La acción dió principio á las cinco de la mañana y concluyó cerca de las doce. Lara tuvo unas setecientas bajas, siendo la mayor parte heridos, á los que en este instante se les prodigaban los cuidados más exquisitos.

Entre los heridos contrarios se hallaban D. Hernando la Cerda y más de trescientos jefes; y entre los cadáveres había un príncipe italiano que mató Alí, y sobre cuatrocientos caballeros.

El pretendiente y el rey de Aragón, seguido cada cual de unos cuantos caballeros, huyeron sin detenerse y por diferentes caminos hasta que penetraron en el reino del segundo. La lección que acababan de llevar no podía ser más terrible; el uno juraba no volver á pretender el trono de Sancho IV mientras viviese Lara, y el otro temía en estos momentos que le arrebatasen su corona, maldecía á la Cerda é iba entregado al más acerbo dolor. El representante de Francia corría más que un corzo, exclamando:

—No podemos con ellos; son tigres; saltan como la pantera y matan como Lucifer. ¡Qué hombre ese Temerario! ¡Qué maza la de su negro! ¡Me voy á Francia; sálvese el que pueda!

Y oprimía los ijares de su potro de una manera asombrosa, haciendo volar al poderoso cuadrúpedo en dirección de los Pirineos.

Los caballeros, jinetes y peones franceses, castellanos, aragoneses, navarros é italianos que pudieron escapar de los campos de batalla, huían sin orden, concierto ni dirección, cada uno por su lado, sin armas y en un estado pasmoso de terror: las figuras atléticas, rostros curtidos, pujanza y fiera de los montañeses de Lara, les imponía ya cerca y lejos de ellos.

—¡El Temerario—exclamaban con pavor—y esos demonios que le siguen invocando siempre su nombre, llevan la muerte en las armas y el diablo en sus cuerpos! ¡Los golpes que tiran matan, los que reciben no los sienten! ¡No son hombres; su destreza, rapidez y bravura son satánicas!

Y corrían desaforadamente aturdidos, confusos y sin aliento.

¡Necios! los montañeses y selvícolas del Conde eran más humanos que ellos, más nobles, más religiosos, más leales, más sumisos, más hombres. Allí no existía un solo criminal; amaban á su señor, que era el padre común, el cual les enseñó á batirse como él lo hacía, y el rebaño de ovejas del Saucejo se volvía manada de leones en el instante que el cariñoso padre necesitaba del valor de sus queridos hijos. No había ningún cobarde, porque desde la infancia estuvieron en lucha con las tribus más valerosas de Granada; se habían connaturalizado con el peligro y les era imposible retroceder ante el enemigo, porque al verificarlo sus mismos hermanos darían la muerte al desgraciado que lo intentase. Comprendían al Conde hasta por instinto, y el temor de que peligrase la vida de su señor, al que amaban más que á sus padres, los convertía en héroes. Por eso Lara, con sus catorce mil hombres, vencería lo mismo á treinta que á sesenta mil; todo era cuestión de tardar más. Aquellos soldados, que seguían á un padre y no á un jefe, debían ser invencibles necesariamente. En medio de ellos el poderoso Conde, bien puede ase-

gurarse que no existía en la tierra monarca más fuerte ni mejor obedecido.

Del modo que hemos expuesto anteriormente dió fin una batalla, que aseguró hasta su muerte en las sienes de Sancho el Bravo la corona de Castilla y de León.

CAPITULO XXVIII

Deseanso. — El príncipe Muza. — El rey moro de Granada y el conde de Haro.

El conde de Lara entró en Cuenca, siendo recibido por las autoridades y nobles de la población como el venturoso libertador que los sacaba de la terrible esclavitud á que fueron condenados por el pretendiente la Cerda, en vista de su lealtad á D. Sancho IV. Hubo repique de campanas, se llenaron los balcones de colgaduras y el nombre del Temerario fué aclamado y hasta bendecido por los naturales de aquella población, grandes y chicos. En el acto hospedaron al Conde en el mejor palacio que existía, proporcionando á sus caballeros y tropa cuanto podían necesitar. Inmediatamente se habilitaron hospitales y todo el pueblo corrió en busca de los heridos que debían ser transportados á las casas. En el mismo edificio que habitaba ya el Conde se dispusieron camas para los montañeses heridos, los cuales fueron trasladados allí por sus propios hermanos y curados por los médicos del Temerario y los mejores que residían en Cuenca. El cuidado y las atenciones que se usaban con los vasallos de Lara excedían á toda exageración; aquellos hombres, caballeros y soldados, eran tratados en su lecho de dolor lo mismo que pudiera serlo su elevado caudillo, pues éste presenciaba las curas, vigilaba á los encargados, probaba los alimentos, y cuando á él no le era posible, dejaba en representación suya al individuo de su comitiva que más confianza le inspiraba.

Luego que el Temerario entró en su espléndido alojamiento se hizo curar, se cubrió con un ligero traje de seda y obligó á su negro á que buscara el lecho y se dejase reconocer por un mago; el

infeliz tenía hasta un pedazo de armadura metido en la carne, pero su naturaleza de hierro era tan fuerte como su inabatable espíritu. Cuando terminó la operación practicada con Ali y el sabio aseguró al Conde que no ofrecía cuidado, bajó éste y pasó el resto del día entre sus caballeros y vasallos heridos, no retirándose á sus salones hasta que entrada ya la noche y quedando todos perfectamente asistidos se fué á comer en compañía de D. Ricardo y de varios individuos de su comitiva. Sólo dos tazas de caldo que su mago le hizo tomar en las enfermerías componían el todo del alimento probado por él en veinticuatro horas, durante las cuales sostuvo el terrible combate que acabamos de presentar.

—Sentaos—exclamó entrando en el comedor—y cenemos, señores, ya que nos fué imposible almorzar y comer.

—¿No os molesta la herida?—lo preguntó D. Ricardo.

—No amigo mío; ni aun he tenido fiebre. Esos aragoneses no eran cobardes ni les faltaba intención, pero carecían de práctica y de destreza.

—Pardiez, no pueden decir ellos lo mismo de vos; cincuenta hombres derribasteis mientras os hallabais solo.

—Pues creí haber dado más golpes, Ricardo.

—Eso número de muertos y heridos teniais en torno, mas á algunos otros les quedaría fuerza para huir de aquel sitio.

—¡Buen día estuvo!

—Victoria más completa no cabe en lo posible, señor Conde.

—Sí; os portasteis todos admirablemente.

—Cerca de vos no es dable otra cosa.

—¿Qué dice el herido D. Hernando la Cerda?

—Que quiere hablar con vos.

—¿Está mal tratado?

—Como un príncipe.

—Entonces que prescinda de mí; antes son mis hijos.

—También preguntó por su hermano.

—¿Le dijeron la verdad?

—Sí, señor.



El conde de Lara entró en Cuenca.

—¿Qué opina?

—Dice que presentía la catástrofe.

—Pues anoche se lo calló.

—Teme que lo mandéis ahorcar.

—Me juzga mal ó es muy cobarde.

—Quiso heriros.

—Caro le costó.

—La lesión es grave.

—Lo supongo; le dirigí el bote al corazón. ¿Qué dicen los restantes jefes?

—Unos, que fueron engañados; otros maldicen el momento en que se acogieron á esas banderas, y la mayor parte admira la bizarría de vuestros montañeses y el heroísmo de su incomparable jefe.

—Tarde pretenden conocernos.

—Se lamentan, señor, de esa verdad. Los castellanos suponen que se les va á aplicar el bando de D. Sancho.

—Mal opinan. Cuando concluyáis de comer decid en mi nombre á esos desgraciados, que en el instante que se curen partirán á sus casas. Añadidles que el conde de Lara sólo hiere en el campo; fuera de él, perdona.

—De lo cual deben deducir, que si durante la pelea nadie se puede igualar á vos, fuera de ella sois inimitable.

—Eso creéis, D. Ricardo, porque los hombres son, en general, malos, muy malos; si todos cumpliesen con su deber á nadie llamaría la atención la conducta del conde de Lara.

—Señor, buenos son vuestros montañeses; cuantos os rodeamos cumplimos con nuestro deber, y sin embargo, nos separa de vos una distancia enorme.

—Pensáis de ese modo porque no hay uno de vosotros que deje de amarme. Cuántas veces, amigo mío, me juzgo yo más chico que el peor de mis vasallos; os amo también y os veo más grande de lo que en realidad sois. He aquí otra prueba: el pobre da una moneda de cobre de limosna; el rico de oro; nadie repara en el sacrificio del primero; todos aplauden la esplendidez del segundo, sin hacerse cargo que aquél dió lo que necesitaba para comer, y que éste regaló un átomo de lo mucho que le sobraba. Esta razón incontestable, unida á vuestro cariño hacia mí, os obliga á

verme de un modo diferente del que en realidad soy.

—Lo primero es verdad, señor Conde; respecto de lo segundo, me habréis de permitir que tenga una opinión enteramente contraria y que me la calle; porque ni debo herir vuestra modestia ni puedo cuestionar con vos, que me vencéis también en talento. ¡Cómo se va creciendo Alí, gran señor!

—Ciertamente; el paje de doña Blanca es un héroe, D. Ricardo.

—A excepción de vos, nadie ha podido igualarse á él en este día.

—Es un tesoro en valor, fuerza y destreza; y habéis de saber que discurre admirablemente. Tiene, sí, sus defectillos; me ama y respeta, pero no siempre cumple mi voluntad.

—Creerá que os conviene lo contrario, y como él juzgue que no debe hacer una cosa...

En este instante se presentó un caballero á la puerta del comedor, exclamando:

—Señor Conde, el hermano de Su Alteza Mahomad II, príncipe Muza, os espera en el salón principal; viene solo y desea que no os violentéis.

—Rogadle de mi parte, tome asiento, que en breve correré á su lado. Añadidle que estoy concluyendo.

El caballero salió y el Temerario dejó de comer para meditar algunos instantes. Luego se levantó, encargó á los de su comitiva que continuasen tranquilos, y partió en busca del musulmán. Este, al verlo, le abrió los brazos y estrechándole con efusión, le dijo.

—Tu destino, amigo mío, te conduce todos los días junto á la muerte, pero es lo cierto que no puedo contigo.

—Pues debió haber acabado ya; mas tu cariño me libró hoy de perecer, y no ha mucho ayudó á lo mismo en Ecija. ¿Te sientas?

—Sí, que deseo hablarte detenidamente, si me lo concedes.

—¿Qué podría yo negar al hombre á quien dí toda mi amistad? Temí que se hubiese enfriado la tuya, príncipe Muza.

—Si fuera cierto, no te permitiría que dudases de mí, cristiano.

—Tan en estima la tengo, que sentiría perderla.

—¿Qué poder en el mundo me obligaría á retirártela? ¡Si estoy en Castilla y no vivo á tu lado, no como en tu mesa y duermo lejos de ti, bien sabe Alí cuánto me pesa! Un día, no lejano, sabrás la causa, tus brazos rodearán mi cuello y declararás la injusticia de tus dudas.

—Gracias, noble Muza; vive donde tú quieras; haz lo que debas, que yo sólo anhelo tu amistad, tu cariño, el cumplimiento de una fe empeñada en días más aciagos; en esos momentos en que el hombre comprende lo que vale la amistad de otro. ¡Celos mis dudas han sido, como los del enamorado que teme le arribaten la felicidad que tanto ama su corazón!

—Acaso haya venido yo de Granada á hacer méritos como el novel apasionado, temeroso de que su dulce bien se olvide de él.

—Algo enigmática presentas la idea; aclárala un poco más, que me place comprenderla.

—Ambos tenemos el mismo deseo; pero hay entre los dos un juramento.

—Cállalo entonces; que á romper tal compromiso la amistad no alcanza.

—Lo ocultaré, por más que la pena me aconseje lo contrario.

—¿Cómo abandonaste á tu amigo, el caballero de la cruz roja?

—Ve al palacio de Lara, me dijo entre otras cosas, —y cuéntale la historia de esa conferencia que hubo entre tu señor, el rey de Granada y el temible conde de Haro.

—¿Por Granada camina el rebelde don Lope?

—Y no en buenos pasos; que á no ser mi hermano tan leal y caballero, Castilla y León hubieran padecido mucho.

—Todo es posible en el fementido que has nombrado; pero el Rey que lleva tu apellido no podía escuchar las palabras que dicta la villanía.

—Así fué.

—De eso estoy seguro, Príncipe amigo. Cuéntame la historia.

—Hela aquí: descansaba Mahomad II sobre mullidos cojines, aspirando los

aromas de Oriente, contemplando los jardines de Granada, platicando sobre el torneo de Sevilla, y quince caballeros principales de su corte escuchaban los elogios que hacía de tu maza, la justicia que tributaba á tu lealtad, el aplauso que prodigaba á tu heroísmo.

—Tanto me quieres, Muza, que hiciste ver á tu hermano en mí, un hombre diferente del que soy.

—Tú no eres voto sobre ti mismo, Conde amigo. Mi soberano y yo te conocemos mejor, te juzgamos con más imparcialidad.

—Prosigue.

—Prosigo: apoyados sobre las columnas de jaspe, alabastro y mármol del salón, donde se hallaba recostado el hijo mayor de mi padre, continuaban los quince grandes de su corte, ayudándole á elogiarte y á ensalzar al caballero de la cruz roja. Concluyó la historia del torneo y comenzó mi hermano á referirles la de Ecija.

—Pronto ha llegado á su noticia, Príncipe.

—Horas después de acontecer, Conde, que como yo presencié la escena lo enteré al momento, por conducto de uno de los caballeros zegríes que me acompañaban.

—Decías...

—Digo, que Mahomad II detallaba tan admirablemente las villanías cometidas contigo, que el llanto surcó las mejillas de sus hidalgos oyentes. Sufrían al escuchar tan triste relato, y á la vez se indignaban, asomando á sus rostros la ira y el coraje. No hallaban dicterios bastantes contra el infante D. Juan y su suegro el conde de Haro. Y creció, Lara, su noble despecho al saber que ambos escaparon con vida en una jornada donde todos debieron perecer, y muy principalmente esos dos. En este instante penetraron dos pajes en el regio salón, besaron la alfombra donde mi hermano pisaba, exclamando uno de ellos:

—Poderoso, señor, un caballero cristiano, que dice ser conde de Haro y señor de Vizcaya, quiere la inmerecida honra de llegar hasta ti, gran rey.

Calló el paje mientras que Mahomad y sus cortesanos se miraban sorprendidos, sin acertar á creer en la osadía del malvado. Meditó el primero é hizo una seña á los pajes para que acompañasen al recién venido. Estos le obedecieron y regresaron inmediatamente, tornaron á inclinarse en señal de haber sido acatada la regia voluntad. A la vez se presentó entre las columnas y los palacios el atrevido cristiano.

—¡Que pase ese temerario Conde!— exclamó mi hermano con ironía; se le acercó aquél y le dijo:

—Perdona mi atrevimiento, Alteza, que me obligan á venir á verte asuntos de mucha cuenta; de tanta, que tú sólo debes oírlos.

Mi hermano lo miró con el desdén que lo hace el grande al chico; el águila al milano; el león á la culebra.

—Tan bueno soy y tan leales los que me rodean—le replicó—que nada ignoran de todo cuanto yo sé. Habla si quieres; pero ten en cuenta que ni te he llamado ni tengo empeño en escuchar tus noticias.

—Después de relatadas acaso varíes de opinión, califa.

—Lo dudo; sólo da aceite la oliva; perlas, el agua; fruto, los árboles; escoria, el hierro.

—Si no quieres oírme me retiraré, Alteza.

—Si dices, tendré la paciencia de escucharte; si callas, nada habré perdido, á mi entender.

—Te traigo un trono, señor.

—Para ti lo quisieras, Conde.

—Yo no puedo ceñir corona.

—Porque no la tienes ni te la dan.

—¿Deseas otra Granada tan florida como ésta?

—¿En dónde se encuentra, que yo no la conozco?

—A orillas del Guadalquivir.

—¿Cómo se llama?

—Sevilla.

—¿No es de mi amigo Sancho IV?

—Sí.

—¿No eres tú su vasallo?

—Lo era.

—¿Te rebelaste contra tu señor?

—Sirvo á su hermano D. Juan.

—Ese debía ser esclavo de su rey.

—Pues ese te ofrece un trono, califa.

—¡Un mendigo de honra ofreciendo púrpura real! Cuento es ese que te puede costar la vida.

—Entré en tus reinos en paz.

—¿Quién eres tú para entrar en guerra, miserable gusano?

—Traigo una embajada del rey de Marruecos y del infante D. Juan.

—¿Y qué quieren de mí?

—Que les ayudes á destronar á D. Sancho IV, y con tal que D. Juan cina la corona de León, partiréis Jacob y tú todo el reino de Castilla.

—¿Con qué medios cuenta?

—El monarca marroquí desembarcará en Tarifa veinte mil jinetes.

—Con el conde de Lara y los suyos tiene D. Sancho bastante para dar fin de ellos en media hora. ¿Y el Infante, de cuántos dispone?

—Hoy de pocos; pero más adelante... Y si á los veinte mil rifeños, unes tus poderosas tribus en los momentos en que el Temerario está ocupado en pelear contra la Cerda...

—Comprendo. ¿Dónde se halla don Juan?

—En Tarifa.

—Por lo visto, pretende que el rey de Granada le robe á D. Sancho un trono para dárselo á él. No veo injusta la demanda. Haro, ¿no oíste decir que Mahomad II fué siempre leal, caballero y noble?

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—En ese caso me habrás hecho tal proposición por creerla tú arreglada á justicia.

—No lo dudes.

—Pues bien; en obsequio al hermano de mi amigo Sancho, te voy á recomendar al rey de Sevilla, para que atienda tan justa pretensión. No muevas la cabeza, que vas á salir ahora mismo.

—¡Eso es una traición, una villanía!

—Desarmad á ese hombre, y si vuelve á hablar ponerle una mordaza. La resistencia es inútil, cristiano; vas á Sevilla á dar cuenta á tu rey de los acontecimientos de Ecija y de tu pretensión en

Granada. Sé lo que hiciste con mi amigo el incomparable conde de Lara; dos lobos se escaparon, pero uno cayó ya en el cepo, y no saldrá. Así, Vanegas, bien atado y á Sevilla con él.

Calló el príncipe Muza y miró al conde de Lara, el cual le dijo:

—Aun cuando moro, tu hermano está bien sentado en el trono de Granada.

—Es leal y caballero; me encarga que te participe la historia que has oído y te reitere su amistad, aprecio y consideración.

—Gracias, noble Muza. ¿Qué fué después de D. Lope?

—Lo llevaron á Sevilla y ya estará en poder de D. Sancho.

—¿Y de D. Juan sabes algo?

—Sí, continúa en Tarifa, al servicio del rey de Marruecos. No hallando Jacob otra persona real que quisiera aliarse con él y que le ayudara á ensanchar su conquista en esa costa de España, ha aceptado la amistad de D. Juan nombrándole general de sus tropas.

—Buen caudillo tiene; veremos cómo defiende á Tarifa el día que la sitien mis montañeses.

—¿Intentas arrancársela?

—Al desembarcar cerca de sus murallas, después de mi naufragio, ofrecí arrancar de sus torres el estandarte marroquí; y antes de un mes, si Dios me ayuda, cumpliré mi palabra.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Dar un paseo hasta Zaragoza, si antes el rey de Aragón no accede á inutilizar para siempre á los Cerdas.

—Bien ideado; te seguiremos. ¿Y de los prisioneros, qué dispones?

—Por ahora nada; después que el de Aragón me haya dado las seguridades que necesito, se los entregaré sin condición.

—Generoso estás, Conde.

—Primero me dejaría cortar la mano derecha que firmar la sentencia de muerte contra un desgraciado prisionero.

—Es decir, que cuando concluyamos en Aragón iremos á Tarifa; ¿es cierto?

—¿No se ofenderá tu hermano si haces armas contra el marroquí?

—Le conoce y aborrece más que tú.

—Me alegro; que es grata la compañía del príncipe Muza; y su lealtad y bizarría dignas del nombre que lleva.

—Me aguarda el caballero de la cruz roja.

—No le hagas esperar, que aun cuando sea tan reservado conmigo, le debo mucho, le estoy muy obligado y quisiera pagarle sus favores.

—Pronto le verás el rostro y oprimirás su mano.

—Interin, demuéstrole mi gratitud.

Los dos amigos se estrecharon cariñosamente, partiendo el Príncipe.

El Conde escribió después á su soberano, participándole el éxito de la batalla y remitiéndole los estandartes, trofeos y todo el botín cogido al enemigo. Luego dictó varias órdenes relativas al abasto de provisiones para la próxima partida, á la comodidad y bienestar de sus montañeses, le hizo otra visita á los heridos, y por último, penetró en la estancia de Alí; pero vió con sorpresa, que el negro había desaparecido. Con cariñoso afán, preguntó por él, contándole uno de sus caballeros:

—Alí, gran señor, no ha dejado en paz al mago hasta que consiguió diese la orden de que lo trasladasen á vuestra alcoba, y allí está sobre un colchón, tendido á los pies de vuestro lecho.

Lara sonrió al escuchar la pretensión de su africano encaminándose á su dormitorio, donde halló á aquél, según le habían dicho, pero entregado á un profundo sueño. Con ternura paternal le contempló su amo, se hizo desnudar luego, y cuando estuvo acostado, despidió á los sirvientes y llamó á Alí.

—Qué bien dormía, señor—le dijo el leopardo levantando la cabeza.

—¿Cómo están tus heridas?

—Muy bien; no siento dolores ni molestia alguna; sueño, he aquí lo único que me abruma.

—Te vas haciendo de hierro.

—Siempre he sido lo mismo, amo mío; mis lesiones se curan solas, sin ayuda de magos ni otro remedio que mi voluntad, á la que parecen obedecer.

—No abuses, Alí.

—Me he acostumbrado á eso y aun

cuando deje que me curen, creo que es inútil. Viste la fiebre que sufría esta tarde, pues ya tengo la piel tan fresca como tú.

—Me alegro. ¿Podrás montar á caballo mañana, ó te quieres quedar en Cuenca?

—¿Y qué he de hacer yo aquí? A tu lado, amo mío. ¿Vamos á Aragón?

—Al ser de día.

—Luego á Tarifa, después á Sevilla y últimamente al Saucejo, ¿es cierto?

—Sí.

—También á ti te quiere dominar el sueño.

—Sí.

—Pues durmamos, señor, durmamos; ¡Es tan dulce hallar el lecho y entregarse al descanso cuando tanto se ha corrido; cuando tales golpes nos dieron; cuando tantos dimos...! En el campo de batalla se cruza la tierra sufriendo un movimiento rápido, molesto, cansado; los brazos no paran un solo instante; tampoco las rodillas; la inteligencia trabaja; la mirada profundiza; el cuerpo halla castigo; pero ese afán é incomodidades tienen una verdadera recompensa, el lecho; sobre él se encuentra el anhelado descanso y cuando comienza uno á sentir su dulzura, llega el sueño, y poco á poco va paralizando todas las facultades del hombre; se cierran los ojos... ¿Te has dormido ya...? ¡También yo me entrego... me rindo á ese oculto poder que se desconoce, pero que se siente... vaya si se siente, domina y vence...!

Amo y criado quedaron sumidos en el sueño más tranquilo. Ni la gloria ni dicha alguna conseguía estorbarles el sosiego y calma que la Providencia otorga á sus hijos, cuando la conciencia de éstos no tiene ese terrible peso que la abruma.

¡Felices ellos que en lucha por el día hallan durante la noche la tranquilidad y reposo apetecidos en este valle de dolor!

Pelean, vencen, exponen sus vidas y trabajan con incansable ardor, es cierto, mas llega el crepúsculo vespertino y en su espléndido palacio, en una posada ó

en la tienda de campaña encuentran solaz, calma y sosiego. ¿A qué otra cosa se puede aspirar en este mundo? ¡Dichoso el que ve á sus contrarios enfrente, á la espalda ó á los costados! ¡Ay del hombre que siente á su enemigo en su propio ser abalanzado á su conciencia, dando vida á ese roedor gusano que llaman remordimiento! Para ese no existe durante el día ni la noche tranquilidad, calma, reposo ni sosiego.

CAPITULO XXIX

*De Cuenca á Albarracín. — Una dama.
Lealtad de Lara.*

A la mañana siguiente pasó el conde de Lara una revista á su ejército, el cual se hallaba dispuesto á partir; reconoció luego los heridos que tenía en su palacio, despidiéndose de ellos, dejó en Cuenca la correspondiente guarnición, y al frente de sus huestes se encaminó hacia Albarracín, ciudad del reino de Aragón, y la que había pertenecido á su tío hasta no ha mucho, que se la arrancó el monarca de dicho país.

Al salir de Castilla el Temerario y pisar el suelo aragonés, dejaba ya en tranquila calma y sosiego los reinos que gobernaba D. Sancho IV. Ni los revolucionarios, secuaces del infante D. Juan, ni los partidarios de la Cerda, que salvaron sus vidas, habían quedado con ganas de volver á empuñar las armas. El afortunado caudillo, si bien sufrió mucho, dejó en poco tiempo á su país libre de enemigos, honrado su nombre con nuevas é inmarcesibles glorias y en posición de dictar la ley á extraños poderosos que no ha mucho intentaban arrebatarse al monarca de Castilla y de León su envidiable cetro. No obstante la gran batalla que acababa de ganar, sus repetidos triunfos, la gloria conquistada y las continuas ovaciones consiguientes, la idea de Lara estaba fija en los montes del Saucejo, dentro de su castillo feudal, entre sus valerosos montañeses, y en una palabra, en aquel escondido retiro donde anhelaba encontrar las tiernas caricias de su inolvidable esposa, las dulces

frases de su padre y suegro y el cariño y virtud de cuantos le rodeaban. Lara, como todos los hombres verdaderamente grandes, no era aficionado á la pompa mundanal. El lujo, el orgullo, la vanidad, el deseo de ostentación, la pretensión de figurar, se hallan siempre en seres que valen bien poco; en *pequeñuelos* que no pudiendo alzarse del ruin lugar en que les colocó su insuficiencia, intentan demostrar que se encuentran á una altura con la cual sueñan día y noche, pero á la que nunca llegan. Buscad cerca de esos sitios donde la suerte coloca á algunos poderosos, un sabio ó un hombre grande, y como sepáis distinguir estad ciertos de que no los hallaréis: éstos se acercan á aquellos lugares obligados por un poder irresistible que los conduce allí, pero bien pronto vuelven á esconderse huyendo del dorado alcázar que fué para ellos lo que la atmósfera de la tierra para el pez. Y es natural; pues ni gustan de lisonjas cortesanas ni saben adular á nadie, y en tal paraje es indispensable el comercio de la mentira.

Por eso el caudillo del Saucejo camina ahora seguro de imponer su voluntad á un poderoso de la tierra, sin que le halague otra cosa que la idea de terminar pronto su misión y retirarse á vivir entre sus agrestes breñas.

Sus caballeros le seguían alegres y satisfechos, y los montañeses, mezclados con los zegríes, abencerrajes y restantes tribus que acompañaban al caballero de la cruz roja y al príncipe Muza, formando en este momento la retaguardia del ejército, hablaban con ellos y joviales y contentos les recordaban las muchas ocasiones en que se habían batido de un modo diferente al en que lo verificaban ahora.

De este modo pisaron el suelo aragonés, sin ser molestados por nadie ni asustar su llegada á los habitantes de la nueva comarca donde acababan de entrar. Hombres y mujeres, caballeros y damas, conocían el nombre de Lara y habían oído hablar de la disciplina, respeto y consideración con que obraban sus vasallos fuera del campo de bata-

lla. Vieron pasar, en completa desbandada, los restos del ejército de la Cerda, escucharon relatar su terrible derrota, y admiraron la marcialidad y hasta modestia con que avanzaban las uniformadas huestes del Temerario. No los aplaudían porque en aquella época los consideraban extranjeros; pero en su interior elogiaban sus hechos, gentileza y brío.

Cerca de anochecer entró el Conde sin hallar resistencia alguna, en Albarraicín; se alojó á la tropa, y sin otras precauciones que las tomadas ordinariamente, comieron, descansando toda aquella noche, para continuar avanzando al siguiente día. Al penetrar en la ciudad, dió orden Pedro de renovar las provisiones necesarias hasta llegar á Zaragoza, cuya noticia corrió de boca en boca, juzgando todos que el caudillo castellano intentaba conquistar el reino de Aragón. Las autoridades y guarnición de la plaza habían desaparecido al aproximarse el Conde; pero no faltó quien corriera á noticiar á su soberano, que se hallaba á pocas leguas de allí, la grave nueva que concluía de oír.

Eran las nueve de la noche y la ciudad estaba completamente tranquila y solitaria. Los caballeros y soldados del Conde en unión de los musulmanes, descansaban de las fatigas del día en sus respectivos alojamientos.

Como la tropa de Lara no entraba en los figones, tabernas ni en esos establecimientos consagrados al vicio y la molicie, ni eran aficionados á ostentar sus curtidos rostros, no se les veía ya por las calles y plazas, ni se hubiera dicho tampoco que tal ejército existían en Albarraicín; por esta razón la población entera comprendía ahora la verdad con que eran elogiadas en todas partes las valerosas y bien regimentadas huestes que encerraban en este instante los muros de la ciudad.

Eran efectivamente admirables, no sólo la tranquilidad de aquellos hombres, sí que también el abandono con que reposaban; apenas llegarían á veinte los centinelas que tenían puestos, sin cuidarse de que saliesen avanzadas ni de rodear las murallas; antes por el con-

trario, y á excepci3n de unos cuantos jefes principales, los dem3s se hallaban entregados al m3s profundo sueño.

El caudillo, 3 sea el conde de Lara, recibió á varios caballeros de la plaza, que estuvieron á felicitarle, dict3 despu3s algunas medidas, habl3 hasta las nueve con D. Ricardo y seis m3s de su comitiva, y en este instante se encontraba arrellenado en un blando sill3n, frente al intrépido Alí.

Le cubría en tales momentos una túnica de terciopelo morado, ceñida á la cintura con cordones de oro, de cuyos extremos pendían dos borlas del mismo metal. Su hermosa cabellera negra le caía sobre los hombros, y un tinte p3lido, causado por las lesiones que sufría, daba á su bello y varonil rostro una majestad que imponía y admiraba. Sus grandes y rasgados ojos no despedían esta noche el irresistible fuego que en el campo de batalla; parecían ahora abri-llantados y miraban con dulzura. Todo lo cual, unido á su arrogante y gentil figura, finos modales y negligencia extremada, formaban en 3l ese conjunto del apuesto y verdadero doncel.

Su negro le contemplaba en este instante con los brazos cruzados, la vista fija y la sonrisa en los labios.

—¿Qué piensas?—le pregunt3 al africano—¿qué te extasía de ese modo, hijo del Desierto?

—Miro tu majestuosa faz, y medito sobre si eres 3 no digno de mi señoa la Condesa.

—Poco tiene que discurrir; doña Blanca vale m3s que yo. Su hermosura no tiene igual en la tierra; su talento supera al mío y su grandeza de alma es incomparable.

—Todo eso es cierto, señoa; mas su marido no halla quien se le parezca.

—Me est3s adulando, Alí.

—¿Te extraña, amo mío?

—Sí, por Dios; creí que tú no eras cortesano.

—¿Te gustan las lisonjas?

—Lo mismo exactamente que las mentiras; son hijas de idéntico padre.

—Señoa, tú no has nacido para llegar á monarca.

—Seré rudo montañés, fiero selvícola.

—Pues si los que est3n sobre ti obraran como tú, mejor andaría el mundo.

—Negro, desde que Adán fué arrojado del Paraíso, domin3 la serpiente en el corazón del hombre.

—No te eleves tanto, señoa, que nací en el Desierto de Sahara.

—Quiero decir, que al primer pecado debían seguir muchísimos m3s.

—Ya que tienes m3s talento que yo, veamos si me explicas lo siguiente: hay en Castilla, me contraigo sólo á tu país, grandes, nobles y plebeyos, y aun no he podido comprender por qué suelen ser los segundos m3s malos que los terceros y los primeros peores que los segundos. ¿Quieres resolverme este problema?

—Bien sencillo es, Alí.

—Sepamos.

—El poderoso est3 en posici3n de ser mucho m3s malo que el pobre 3 infinitamente mejor, siendo así que dispone de grandes recursos que pueden emplearse lo mismo para lo uno que para lo otro.

—Entonces, ¿por qué la ley es menos severa con el rico que con el pobre?

—Mucho vas profundizando, negro, para ser hijo del Desierto de Sahara. El mal no est3 en la ley sino en el modo de aplicarla.

En este instante fueron interrumpidos amo y criado por la llegada de un paje que, acercándose mucho al primero, le dijo:

—Señoa, una dama de gran porte, cubierta con un espeso velo, desea hablar con vos, si se lo permitís.

—Que pase al instante.

Sali3 el recién venido, mientras Alí exclamaba:

—Me retiro, amo mío, que esta clase de enemigos no pueden ofenderte á tí; ten cuidado no perjudiquen á mi señoa.

—La advertencia era inútil, africano.

—Lo creo, mas... Cerca me tienes, señoa.

—¿Para qué?

—Por si algo te ocurre.

—Sal y cuidado con escuchar, que es una dama y yo nací caballero.

Partió el negro, y un momento después apareció una encubierta, saludó á Pedro quedando parada. Aquél se levantó y la dijo:

—Entrad, señora, honrad este sillón y mandad al conde de Lara.

Era la dama, joven, hermosa y llegaba vestida con un elegante traje negro, el cual realzaba mucho más la blancura

—Señor Conde, estáis de pie y acaso os moleste la fatiga que habéis sufrido...

—Me hallo bien así; mas por daros gusto me siento.

—Os vengo sólo á molestar, y deseo que llegue á lo puramente indispensable.

—Pudiera ser una molestia si no la envolviese una honra que anhela el que, como yo nació hidalgo.

—Cortés y afable como pocos, es el hijo del Saucejo.

—Mísero montañés, os he dicho la verdad; que entre las rocas de mi país no tiene asiento la lisonja.

—Poderoso señor, sois el más fuerte



Era la dama joven, hermosa...

de su bella epidermis. Empezó por retirar el velo, dejando descubierto su perfecto rostro; luego se sentó, coloreándose un poco su semblante, efecto, sin duda, del rubor que sentía al hallarse sola con el Temerario.

—Gracias, señor—le dijo—vuestra bondad excede á lo que de ella se cuenta.

—Gran favor me hacéis, que sólo cumplo con mi deber de caballero al ofrecerme á una dama de vuestro porte.

que conozco, el más atento que he tratado; y no me extraña, pues vi sacar de entre las rocas el oro, habitar en ellas el águila y aposentarse el león.

—Talento tenéis que nadie os podrá negar.

—Pobre, huérfana y viuda á los veintún años de edad, quedé sola en el mundo, sin otro patrimonio que mi desgracia.

—¿Fuisteis rica?

—Mucho.

—¿Quién os arrebató vuestra fortuna?

—La suerte.

—¿Tan mala es para vos?

—Más negra que el traje que me cubre.

—Tan bella, si os persigue la desgracia será porque os ampare la virtud.

—Así es.

—Entonces nada temed, qué tendréis al conde de Lara dispuesto á obedeceros. ¿Sois de esta tierra?

—En ella nací.

—Perdonadme si he sido indiscreto.

—Favor me hacéis, señor, que noble interés os inspira.

—Por Dios, que lo acertasteis.

—Me lo dijo vuestro noble semblante.

—Bien comprendéis. No ocultadme nada, que soy aficionado á curar la llaga si la causaron el encono ó maldad de los hombres.

—¡Pobre me dejó la venganza de un poderoso!

—¡Rica os hará la nobleza de un caballero!

—Hallé entonces, señor, al hombre que vine á buscar.

—Sepa lo que pretendéis, y el conde de Lara os agradecerá el bien que le proporcionéis hacer.

—Tened un poco de paciencia y oidme: murieron mis padres y heredé muchos blasones, mas tan poca hacienda, que apenas me bastaba para sostenerme en el puesto en que la Providencia se dignó colocarme. Cumplí veinte años, y un caballero principal de Albarracín me llevó al altar, me dió su apellido y partí con él pesares y venturas. Se llamaba mi esposo D. Diego de Mendoza, amigo y partidario de vuestro tío D. Juan, señor de Albarracín. Sitió el rey de Aragón la ciudad del hermano de vuestro padre, siendo mi esposo el primero que corrió á sus muros, y en ellos defendió los derechos de su amigo, vuestro tío. Era valiente, avanzó más de lo que debía, quedando muerto en el campo de batalla. La plaza resistió poco tiempo; la abandonó su dueño, y poco después entró en ella el afortunado sitiador.

La dama exhaló un suspiro que pare-

cía salir de su corazón, continuando:

—Don Diego de Mendoza, mi marido, hizo testamento durante su corta agonía, dejándome por heredera de la mayor parte de sus bienes; pero su última voluntad no pudo cumplirse; el generoso vencedor, no satisfecho con haberle arrebatado la vida, confiscó todos sus bienes, condenándome á la viudez, desamparo y pobreza. Por lo visto supuso que yo no podía hacerle daño y por eso no le entregó al verdugo mi débil garganta. He aquí, señor, la historia de mi infortunio; una voz secreta me aconsejaba que os molestase refiriéndoosla; si abusé de vuestra paciencia, si os robé un tiempo que pudisteis emplear en asuntos de gran valía, dispensad, permitiéndome que me retire.

La dama se puso en pie, mientras el conde de Lara la dirigía una penetrante mirada; mas su hermosa y sonrosada faz sólo demostraba pesar, únicamente inspiraba compasión.

—Sentaos—la dijo el Conde.—Siento mucho vuestro dolor, y aun cuando me es imposible desterrarlo, os ofrezco remediar en cuanto sea dable el daño que os han causado mis enemigos. No está en mi mano devolver la vida á vuestro esposo, pero su testamento se cumplirá en todas sus partes. Habéis llegado á mí y no en balde os tomasteis la molestia de relatarme vuestros pesares; desde hoy contad con mi apoyo y protección.

—Ahora comprendo la causa que instintivamente me ha conducido aquí—replicó la viuda con resolución.—Mucho se habla de vos; se os elogia hasta lo infinito; vuestro nombre asusta á unos y enorgullece á otros; pero todo lo merece la hidalguía de vuestras acciones, la nobleza de vuestra alma.

—¿Y por qué? ¿No es obligación de todo buen caballero amparar la inocencia, proteger la virtud y alargar su mano á la desgracia? Pues si esto es así, yo sólo acabo de cumplir el deber que me impone la clase á que pertenezco.

La joven y bella viuda de Mendoza, dirigió á Lara una mirada ardiente, significativa, y con voz afectada, replicó:



—Sois admirable, poderoso señor; debéis tanto á la suerte que acaso no haya un hombre que se os pueda igualar.

El Temerario hubo de comprender algo más de lo que había creído hasta entonces, inclinó la frente y quedó meditando; luego la alzó, y fijándose en la dama, la dijo con doble intención:

—Gracias por la lisonja. ¿En qué fundáis vuestra opinión para creer eso de mí?

—En lo que dicen las cien trompetas que pregonan vuestra fama; en lo que veo, en lo que acabo de oír.

—Olvidad lo que el vulgo cuenta, lo que yo os he ofrecido; ¿qué pensáis ahora?

—Que sois un hombre incomparable; ¡ay de la dama que os dirija una mirada, que se acerque á vos!

—Continuad.

—¡Qué más os puedo decir! Estoy tan obligada, que cierra mis labios el agradecimiento.

—Proseguid sin temor; sed conmigo todo lo explícita que gustéis.

—¿Tenéis noticias de vuestra esposa? Si he sido indiscreta...

—No; vuestra argentina voz es siempre grata, pero doblemente cuando el guerrero se halla rodeado de hombres que únicamente le hablan de combates, lucha y exterminio. En tal situación, que es la mía, forma vuestro acento un contraste que halaga. La condesa de Lara se halla en Jerusalén y ha tiempo que no tengo noticias de ella.

El Conde no perdía en este instante, un solo movimiento de la enlutada, intentando profundizar lo que pasaba en su corazón.

—Dicen que amáis á la zegrí extraordinariamente, y cuentan que es muy bella.

—Permitidme que nada os conteste; ni de ella ni de mí puedo yo hablar.

—Lo comprendo; mas cuando todos refieren lo mismo...

—Dirán la verdad ó mentirán. El vulgo no es siempre exacto en sus apreciaciones.

—¿Qué tiene mi voz para que tanto os agrade?

—Un timbre grato, una dulzura extremada y un encanto que seduce.

—¿Cómo os podría pagar el gran beneficio que me vais á hacer?

Ahora fué la enlutada la que clavó en Pedro una mirada profunda, pero voluptuosa, sensual y hasta pudiera decirse, liviana. Aquél la contestó:

—Nada os exijo; que en rigor un buen caballero no debe cobrar los favores que otorga; mas estáis en vuestro derecho ofreciendo cuanto gustéis.

—¿Creéis que os pueda complacer en algo?

—Acaso.

—No adivinándolo yo y estándos tan obligada, ¿por qué he de ofreceros pudiéndome equivocar?

—Tenéis talento, comprendéis admirablemente y no os será difícil...

La dama se levantó, y lanzándole otra mirada igual á la anterior, le replicó:

—Si el poderoso señor conde de Lara se digna honrar mi humilde morada, puede que en ella adivine.

Lara había comprendido ya cuanto necesitaba; cruzó por su noble frente una idea amarga y desdenosa, y replicó:

—Esperad un poco; sentaos. ¿Tenéis empeño en que os exija?

—Sí, señor.

—¿No os pesará?

—Os juro que no.

—Está bien; voy á complaceros; pero antes me vais á contestar á dos preguntas. ¿Cuánto tiempo hace que murió vuestro esposo?

—Un mes.

—¿Le amabais?

—El vulgo dice que sí; pero yo no debo hablar de él ni de mí.

—Cuando todos refieren una misma cosa...

—Todos dicen verdad, ó todos mienten.

—Sed amable conmigo: en esta ocasión, ¿se han equivocado ó no?

—Tenéis gran talento, señor Conde; acertadlo vos: lo que deis por hecho eso es.

—Me ponéis en un conflicto.

—No lo creáis; ¿qué es eso para el genio del héroe?

Lara cambió de aspecto, y trocando su acción cortesana por otra grave, la contestó:

—No quiero contradeciros, y teniendo en cuenta antecedentes, voy á sentar una absoluta. Vuestro esposo era valiente, caballero y rico; vos pobre, pero virtuosa y de buen linaje; debisteis, pues, á vuestro marido riquezas, nombre y jerarquía; os unisteis á él sin que os impusieran la boda; claro es que le amabais por lo que era, por lo que valía, por lo mucho que os daba; porque erais noble...

—Sí; mas...

—Perdonad: no he concluído. Siendo honrada, virtuosa é hija de buenos padres, es indudable que le amabais; doy por hecho que vuestro corazón erasuyo; y como éste sólo se puede dar una vez, para evitaros el que en lo sucesivo pretenda el demonio lo contrario, espero de vos que, en el momento que el rey de Aragón os devuelva los bienes que heredasteis de D. Diego de Mendoza, os encerréis en un convento por el resto de vuestra vida.

La dama tembló, palideció su semblante, y empezó á comprender. Con voz entrecortada le dijo:

—Eso es imposible, señor Conde; no tengo vocación.

—La memoria de vuestro marido merece ese sacrificio; jurasteis ser suya, y en el claustro no hay miedo de que faltéis á promesa tan sagrada, mientras en el mundo somos tan débiles que...

—Tendré valor...

—Por si acaso. Esposa de Jesucristo viviréis tranquila, feliz, teniendo el placer de ahuyentar con los bienes que deberéis al vencedor de Cuenca, la miseria de una humilde comunidad; pues os voy á elegir para vuestro encierro el convento más pobre que haya en Albarracín.

—¿Es un favor que me pedís, ó una condición que me imponéis?

—Lo que vos queráis.

—Elijo lo primero, sintiendo mucho no poderos complacer.

—En ese caso me será imposible obligar al rey de Aragón á que os devuelva la herencia que os secuestró.

—Mi marido murió en defensa de vuestro tío; éste abandonó cobardemente la plaza que debía defender; resultando, que por su causa pereció D. Diego, y por su menguada huída confiscaron mis bienes.

—Todo eso será cierto; mas no hay familia en la tierra, en la que no haya un individuo indigno del ilustre nombre que heredó.

—¿No estáis vos en la obligación de remediar en parte el daño causado por uno que lleva vuestro apellido?

—Desde que tengo uso de razón me ocupo en destruir el mal dondequiera que lo hallo, sin indagar nunca quién ha sido el autor.

—¿Por qué me abandonáis entonces á la desgracia?

—Encerraos en el claustro, honrad la memoria de vuestro marido, y al momento os devolveré vuestra herencia; que si el rey de Aragón no quisiere dároslo, me sobran bienes y voluntad para regalaros el equivalente. El conde de Lara, protege siempre la virtud; jamás el vicio ó la maldad.

—Siento haberos molestado tanto.

—Me duele conoceros tan bien.

—Nada se ha perdido.

—¡Mucho pudisteis ganar!

—Sola, en mi altiva arrogancia, lo quiero todo ó nada.

—Si hubierais pedido lo que os pertenecía, no saldríais de ese modo; mas sola, con vuestra delirante arrogancia, pretendisteis el bien ajeno, sin mirar que su dueño puede sobre mí más que el Universo entero.

—¿Conque el vulgo no se equivocó, á pesar de no decir siempre la verdad?

—Suele mentir cuando juzga al hipócrita; pero acierta cuando falla respecto de un ángel, cuyo hermoso rostro dice la verdad con su sonrisa de querube, su mirada de fuego, su faz incomparable, su conjunto sin igual.

—¿Intentáis retratar á la hija de Mahomad Zegrí?

—No, es un mal bosquejo; ella vale mucho más que cuanto pudiera decir un hombre.

—El marido no debe hablar de sí mismo ni de su esposa.

—Razón por la cual me ocupé de su sombra

—Muy lejos la tiene el enamorado caballero.

—Por eso honra, bendice, enaltece su memoria, que sólo el recuerdo de ella lo prefiere al resto de las mujeres que existen en la tierra.

—Vuestra grandeza de alma, señor Conde, me obliga á perdonaros la lección que habéis dado á una dama.

—Gracias por vuestra indulgencia; yo nada os puedo perdonar, porque vos sola sois la ofendida y á la vez la ofensora.

—Que el cielo os guarde.

—Y á vos.

Y con un cortés movimiento de cabeza terminó el Conde una despedida, fácil para él, embarazosa para ella.

Cruzado de brazos, con intención y algo de malicia, le preguntó Alí, el cual se presentó en el momento que la dama partió:

—Amo mío, ¿por qué sale tan disgustada esa señora?

—Porque me creyó tan débil como ella.

—Es hermosa como pocas.

—Tigres he visto preciosos, negro.

—¿Y diablos con cara de ángeles?

—También. ¿Escuchastes?

—¿Qué había de hacer! Lo quiere así mi señora...

—Cállala lo que has oído, que ningún favor la hice.

—¿Ya lo creo! Pero he jurado no ocultarle nada.

—¿Y si mi conducta hubiera sido contraria?

—Os mataría á los dos y después al africano Alí.

—¡Miserable...!

—No tengo yo la culpa; nací hijo de un esclavo, y para el mismo negro no hay en Castilla otra palabra más propia con qué calificarlo.

—¿La mano salvaje osaría alzarse contra su señor?

—No; contra el criminal.

—¿Y se atrevería á herirle?

—En el corazón.

—¡Villano!

Y el Conde cogió á Alí, lo levantó en alto como á ligera pluma é hizo el ademán de arrojarlo contra el pavimento; pero á la vez se contuvo, sonrió con placer, lo dejó, y estrechándole una mano, que el negro intentó retirar, le dijo:

—¡Tienes el corazón de roca! Bien, africano, me gusta esa entereza, el amor que profesas á tus amos y el encono que sientes contra los malvados, para los que no debe exceptuarse clase ni condición.

Alí quedó con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y sin movimiento alguno. Poco á poco fué alzando la frente, miró á Pedro y le preguntó:

—Si te he ofendido ¿por qué no me has muerto?

—¡A tí! ¡A mi incomparable y leal africano! Tú deliras, leopardo. He querido únicamente probar la fortaleza de tu alma, la entereza de tu corazón. Deserrado de Sahara, si un día tu amo y señor falta á sabiendas á tu señora, ó á algunos de sus deberes como caballero, clávale tu daga hasta el pomo. Yo te faculto, te anticipo el perdón y te encargo que no te hieras tú. Un infame no merece criado tan leal y valiente.

Alí entreabrió sus delgados labios, dejando ver parte de las dos hileras que formaban sus blanquísimos dientes.

—Pienso, gran señor—le contestó con placer,—que vales tanto como mi señora; pues aun cuando ella pudiera elevarse algo más que tú, no hay en la tierra hombre alguno tan digno de llamarse su esposo.

—¿Otra vez me adulas?

—No, es que cada día te voy conociendo mejor.

—Gracias, negro. ¿Qué hora será?

—Entiendo que se acerca la media noche.

—¿Me desnudas?

—Con mucho gusto. ¿Vamos mañana hacia á Zaragoza?

—Y muy deprisa, que quiero acabar pronto la presente jornada.

Amo y criado se dirigieron al dormitorio donde ambos debían descansar.

La ciudad continuaba tranquila y silenciosa; conquistadores y conquistados dormían sin temor alguno, fiados, unos en su propio valor y otros en la generosidad é hidalguía de los bravos vencedores. Todos los establecimientos se hallaban ya cerrados, nadie transitaba por las calles y una oscuridad completa reinaba doquier. Pronto, no obstante, deberá ser interrumpido tan sepulcral silencio, por cuatro caudillos contrarios, según veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXX

Otro encubierta.—Regia visita.—La voluntad de Lara.—El convenio de Albarracín.

La noticia de la gran victoria conseguida por el conde de Lara, y la derrota de los partidarios de la Cerda y de sus aliados, corrió como un chispazo eléctrico por la entonces dividida España, llenando á unos de alegría y contento y á otros de temor. El rey D. Sancho, sus amigos y casi todos los castellanos sintieron un júbilo que rayaba en delirio, mientras que en Aragón temblaron hasta los más valientes. Perdida la batalla de Cuenca y en una dispersión tan completa los ejércitos aliados, temían con fundamento, que nadie osaría contener el arrogante paso del venturoso caudillo. Muy conocidas eran su hidalguía y generosidad; mas sostener una guerra contra tan victorioso y afortunado general no le convenía al pueblo aragonés; pues suponía, con razón, que su valeroso esfuerzo no podría detener el torrente de los leones del Saucejo. Por eso grandes y chicos se condolían del presente, que miraban con algo de terror, fundando su única esperanza en una honrosa transacción que los librara de la guerra que tan cerca veían.

El joven monarca pensaba lo mismo que su amado pueblo, y en estos instantes meditaba en una solución pacífica, pero que no llevase consigo la deshonor. Oyó primero á sus más leales consejeros; después á algunos nobles que no eran cortesanos, y últimamente es-

cuchó la opinión pública que era la que más abiertamente exhalaba el grito de temor. Cuando todos emitieron su parecer, reflexionó detenidamente, concluyendo por tomar en tan críticas y azarosas circunstancias, una resolución extrema, única en su concepto, que podía salvar el honor y asegurarle la vacilante corona que oscilaba sobre sus sienes. Era joven, emprendedor, osado, y aun cuando le faltaba experiencia no carecía de talento. La causa de D. Alonso la Cerda le cegó, pero la derrota sufrida, abrió sus ojos, y en este momento veía más claro que nunca.

Era, según indicación de Alí, muy cerca de la media noche cuando llegaron á una de las puertas de la ciudad de Albarracín cuatro caballeros, cubiertos desde los pies á la cabeza con férreas armaduras: llamaron, les preguntaron quiénes eran y qué querían, contestó uno de ellos que deseaban ver al conde de Lara y les abrieron la puerta, penetrando sin impedimento alguno; pues los guardas no tenían orden de detener á nadie; antes al contrario, se prestó uno de ellos á acompañarlos hasta el palacio del caudillo á quien intentaban visitar.

De este modo atravesaron calles y plazas, quedando admirados del silencio que reinaba en Albarracín, y del sosiego y recogimiento de los soldados del Conde; sólo ellos interrumpían ahora aquí con las pisadas de sus potros y el choque de las armaduras. Ni una sola frase se dirigían, miradas ni movimiento alguno que pudiera indicar la clase á que pertenecían ó el objeto que les llevaba ante el poderoso vencedor de Cuenca.

De este modo, con la cabeza inclinada y siguiendo á su guía, llegaron al alojamiento del Conde, el cual se hallaba cerrado, sin centinelas ni aparato que demostrase habitar en él el famoso caudillo castellano.

Uno de los cuatro llamó, abriéndose la puerta y preguntándole uno de los caballeros de Lara:

—¿Quién sois y qué queréis?

El interpelado echó pie á tierra, se

acercó al otro cuanto pudo, y sin alzar-se la celada, le dijo:

—Somos aragoneses, nacimos en ilustre cuna y el más elevado de los cuatro que veis, trae una misión secreta cerca del señor conde de Lara. Si éste puede recibirle y respetar el incógnito, se lo agradeceremos mucho y nada en ello perderá.

—La hora no es á propósito para tal embajada; mas sois enemigos nuestros y el Conde recibe á sus contrarios á todas horas, en todas partes, solo y como

unos cogieron los potros de los recién venidos y otros con hachas encendidas acompañaron al jefe castellano y á los cuatro incógnitos, subiendo así al piso principal.

—Esperad aquí—dijo el caballero—los tres que acompañáis al que desea hablar con el señor Conde, y el cuarto que me siga.

Y se internó con uno de ellos en las habitaciones del alcázar, mientras sus compañeros se arrellanaban en blandos divanes de que estaba rodeado el gabinete donde se hallaban.

Los otros dos entraron en el salón principal, y cuando estuvo éste perfectamente alumbrado, salió el caballero de Lara, diciéndole al encubierto:

—Tened la bondad de aguardar aquí que aun cuando el señor Conde debe estar descansando, no dudo que os recibirá.

Nada contestó aquél, le hizo un movimiento de cabeza como dándole las gracias, y comenzó á pasear por la estancia, triste al parecer, con la cabeza inclinada y entregado á profundas meditaciones.

Un cuarto de hora estaría esperando cuando vió abrirse una puerta, asomando á la vez la arrogante figura del Temerario. Llevaba la túnica de terciopelo

morado, pantuflas bordadas de oro y la cabeza descubierta; no ostentaba espada ni daga; avanzó diez pasos, saludó al incógnito y quedó parado. Este le contestó con otra reverencia, se acercó lentamente y le dijo:

—Perdonad, señor Conde, la hora en que vengo á molestaros; de no obligarme una causa poderosa no hubiera in-



Asomando á la vez la arrogante figura del Temerario.

queráis. Pasad, que en vuestra casa os halláis y mientras llevéis guardados los aceros nada os faltará en este palacio.

Los tres restantes dieron gracias al caballero que les dirigía la palabra, se bajaron de los caballos y penetraron en el zaguán del edificio. Inmediatamente salieron varios criados del Temerario,

terrumpido vuestro tranquilo sueño.

Y el encubierto, al través de su celada dirigió una mirada ansiosa al envidiable y varonil caudillo. Pedro contempló á su huésped, replicándole:

—No me violento al dejar el lecho; no dormía cuando llegasteis, ni el cansancio y sueño consiguieron rendirme. Acudo á vuestro llamamiento porque el deber me lo impone y nada hallo en vuestra visita que necesite perdón, ni en mí que merezca agradecimiento.

—Soy aragonés, y vuestro enemigo.

—Ahora sois mi huésped y estáis en vuestra casa. Honrad ese asiento, que nada perderéis en ello y yo ganaré.

El incógnito le hizo otra reverencia demostrando con ella su gratitud y ambos se sentaron.

—Mucho cuenta la fama de vos, noble Conde—le dijo aquél—mas no veo injustas las alabanzas que os tributan.

—Dicen que soy afortunado, y acaso llegue mi suerte hasta el punto de presentarme ante los hombres, menos imperfecto de lo que en realidad soy.

—A pesar de lo que todos hablan de vos, pensé no hallaros tan cortés con un poderoso rival.

—Sólo veo á mis enemigos en el campo de batalla.

—¿Luego respetaréis mi incógnito?

—¿Por qué no?

—¿Y si el asunto que vengo á tratar con vos fuese de suma importancia?

—Lo mismo.

—¿Me creeréis bajo la palabra de caballero?

—Sí.

—Represento al rey de Aragón, y deseo hablaros en su nombre. ¿Queréis pruebas?

—No.

—¿Seréis explícito?

—Hasta donde pueda.

—Quiero entonces abreviar para no turbar mucho tiempo vuestro reposo.

—Tiempo me quedará para dormir. Hablad cuanto gustéis; con rodeos ó sin ellos; con franqueza ó sin franqueza; de todos modos os he de oír comprendiendo lo que vos queráis, y acaso un poco más de lo que expresen vuestros labios.

—Puede que no, que anhelo contaros cuanto yo sé, sin ocultar nada; que no aprendí á fingir ni á caminar dando rodeos por senderos ocultos y escabrosos.

—Véamoslo.

—Escuchad.

El encubierto exhaló un suspiro, é inclinando la cabeza meditó algunos instantes, añadiendo después:

—El rey de Aragón, vencido en Cuenca por vos, os ha visto penetrar en su reino y piensa que llegáis como conquistador.

Calló, fijándose en Lara. Este le contestó:

—El monarca aragonés, penetró no ha mucho en Castilla y juzgo que iba como usurpador.

—No, por Dios, que nada pretendía para él; protegía simplemente las aspiraciones de un desgraciado huérfano, su pariente y amigo.

—Le hallé en casa ajena, sin permiso de su dueño, lo eché de ella y entré en la suya; eso es todo.

—¿Venís á quitársela?

—¿Os interesa mucho saberlo?

—Tanto como á su dueño.

—Pues más adelante lo veréis.

—¿Quién me lo dirá?

—Los acontecimientos.

—Sois noble, valiente; vuestra fama de hidalgo corre por el mundo, y no es posible que pretendáis lo que no es vuestro sin prevenir al que se halla en tranquila posesión de lo que le pertenece.

—Preguntad de un modo más terminante.

—El rey de este país os ruega me digáis si venís con ánimo de arrebatarle su trono.

—¿A qué pensáis que haya entrado en él?

—Pudiera bastaros con reconquistar la ciudad de vuestro tío.

—No me traen asuntos propios ni de familia, ni me importa de quién era ni de quién es esta plaza; descansé en ella como en otro punto cualquiera del reino; voy mucho más allá.

—¿Llegaréis á Zaragoza?

—Y seguiré adelante.

—¿Qué podrá detener vuestro paso sin

más deshonra para el rey ni otra sangre que la ya vertida?

—Me preguntáis lo que no puedo decir.

—¿Hay algo que sea suficiente á impedir vuestra marcha?

—Dos cosas: un ejército capaz de vencer al mío, ú otra que me reserve.

—¿Y podría aceptar la otra un poderoso monarca, sin mancillar su honor ni menoscabar su poder?

—Creo que sí.

—Y para tal extremo, ¿qué sería preciso?

—Que el rey me lo preguntase.

El incógnito se alzó la celada, contestándole:

—El Rey os lo pregunta, noble Conde.

Lara se puso en pie, añadiendo:

—Gran honra me otorgáis, pero no me hacéis favor alguno; que estando en mi poder os halláis libre y tan bien defendido como encontrándoos entre los vuestros.

—Sentaos, ó me obligaréis á que me levante, y os advierto que he corrido mucho esta noche.

—Gracias; siento no haber conocido antes á V. A.

—¿Tenéis amplios poderes de D. Sancho?

—¿Para qué los necesito?

—¡Es verdad! ¿Qué medio es ese que podrá detener vuestro paso?

—Una alianza leal, íntima, entre los reyes de Castilla, Aragón, Francia y Navarra; un completo olvido de lo pasado y el merecido castigo á los Cerdas, autores del conflicto, por su sangrienta rebelión.

—¿Quién los ha de juzgar?

—Vos y yo.

—¿A qué debemos condenarlos?

—A vivir en un castillo, donde no puedan prender de nuevo la tea de la discordia.

—¿Qué más?

—Eso sólo.

—Lara, ¿nada más quiere Sancho IV?

—Nada más; tiene bastante con Castilla y León.

—Y vos, ¿qué pretendéis? Pedid cuanto os plazca, todo os lo concedo.

—Únicamente os exijo que me permitáis volver á Castilla al ser de día.

—Conde de Lara, en el campo de batalla nadie os puede igualar; fuera de él sois inimitable.

—Bondadoso encuentro ahora á mi descubierto enemigo.

—Callad esa palabra; vuestro amigo. He aquí mi mano, estrechadla, así. ¿Qué seguridades queréis antes de partir?

—Ninguna. Mañana dejaré en libertad á todos los prisioneros; después os mandaré á D. Hernando la Cerda; encerrad á los dos hermanos, ahogando de ese modo su loca ambición; haceos después amigos los soberanos de Aragón, Navarra y Francia, del de Castilla y León, no turbéis nuestra tranquilidad, y mis leones del Saucejo no saldrán más de sus agrestes breñas.

—Mañana solicitaré, en mi nombre y en el de mis aliados, la amistad de Don Sancho IV, y en breve quedarán en su encierro D. Alonso y D. Hernando la Cerda. Si deseáis que se extienda un convenio...

—¿Hay algo en el mundo que valga para V. A. más que su palabra?

—Nada.

—Entonces, ¿para qué lo quiero?

—Conde, pedidme algo.

—Os hallo tan afable y cortés que me atrevo á demandaros un favor.

—¡Con cuánto gusto os lo voy á hacer!

—Es una gracia que estaréis en vuestro derecho si me la negáis.

—Hablad, amigo mío.

—Al conquistar la ciudad de Albaracín...

—Se la devuelvo á vuestro tío con mucho gusto.

—Perdonad, señor, pero no es eso lo que quiero. Mi tío se la dejó quitar, y bien está sin ella; ¡quien no supo defenderla, no sabrá gobernarla! Si en lo sucesivo desea obtenerla, que venga por ella y os la arranque del modo que vos lo hicisteis no ha mucho. Lo único que pretendo de vos es que devolváis los bienes confiscados á las familias de los valientes que murieron defendiendo la plaza; pero como un acto de vuestra re-

gia bondad, y sin que nadie sepa que yo lo he solicitado de vos.

—Lo haré; mas no veo en eso ningún bien para el conde de Lara.

—Gran señor, me dió la suerte más de lo que necesito. Os pido esa gracia porque no ha mucho vi á una pobre viuda que, aunque indigna del apellido de su esposo, imploró merced y la hallé desamparada.

—Mañana mismo firmaré el decreto, devolviendo todo lo secuestrado en Albarracín.

—Os quedo reconocido y obligado.

—¡Bien sabe Dios cuánto me pesa que nada necesitéis!

—Yo me alegro, Alteza, que es enojoso verse precisado á mendigar beneficios.

—Os regalaría gustoso un condado en Aragón.

—Gracias, señor; ni el de Castilla, que heredé de mis abuelos, me hace falta para nada. Perdonadme si no lo acepto, pues si obrase en contrario, se ofendería mi Rey al verme admitir de otro lo que rehusé de él.

—¿Nada os otorgó D. Sancho?

—Sólo su amistad; pero á mi ver, vale más que sus estados.

—También os he dado yo la mía, Conde.

—En prueba de que la creí sincera, os he pedido un favor.

—Sí, me demandasteis una gracia, y en verdad que quedé sorprendido al escucharos; el vencedor de Cuenca podía imponer, mandar, y yo no le hubiera negado nada.

—Tenéis razón, gran señor, eso se acostumbra en tales casos; pero el conde de Lara no abusa jamás de nadie, y menos de aquel á quien tuvo la suerte de vencer. Nada necesito, mas aun cuando sucediera lo contrario, no por eso os exigiría algo en la presente ocasión.

—De ese modo, noble Conde, prolongáis la victoria adquirida en las batallas hasta la misma tumba, que un día esconderá vuestras cenizas; obrando con esa hidalguía jamás concluye nise empaña la gloria conquistada en el campo del honor.

—Será así, pero no es tampoco esa no-

ble ambición la que me aconseja en tales ocasiones; es simplemente el estricto cumplimiento de mi deber.

—Seguid ese camino, y amigos y contrarios inclinarán la frente ante el poderoso caudillo castellano. ¿Decididamente partís mañana?

—Si V. A. no necesita de mí, en eso pienso.

—Favor por favor, conde de Lara.

—Mandad, gran señor.

—Voy á hacerlo. Al ser de día que marche vuestro ejército, quedaos solo con vuestra escolta; á las doce regresaré á Albarracín, y á las dos comeremos juntos. ¿Aceptáis el banquete?

—Con mucho gusto, que seré honrado en él por uno de los monarcas más valientes y poderosos.

—A la vez os entregaré un despacho para vuestro Rey; nadie como vos puede darle dirección.

—Cumpliré vuestro deseo.

—¿Querrá acompañarnos ese incógnito cuyo renombre se elogia ya en todas partes?

—Creo que no; para comer es preciso alzarse la celada, y se guarda mucho de mí.

—Lo siento, pues anhelaba conocerle.

—También yo lo deseo, mas hasta ahora no ha querido complacerme.

—Cuentan prodigios de su valor, destreza y genio.

—Es preciso verle para juzgar de él; asombra su talento, habilidad y dirección en los combates.

—Lara ¿quién podrá ser?

—Me pierdo en conjeturas, señor. Manda á príncipes, lleva en blanco la firma del rey de Castilla; todos inclinan la cabeza ante él, y la mayor parte le desconocemos.

—Dicen que vela por vos con solícito interés.

—Es verdad; me ha salvado la vida, y en todas sus acciones he visto el sello de una verdadera amistad.

—Entonces os conoce.

—Parece lo probable; mas yo no he podido comprender quién es.

—Acaso Mahomad II; ¿le conocéis personalmente?



—Sí señor; es bastante más alto.

—¿Y el rey de Marruecos?

—En cuanto á ese respondo. Jacob es el enemigo más encarnizado que tenemos D. Sancho y yo.

—¿Saben quién es los monarcas de Castilla?

—Sí, señor; casi siempre está encerrado con la Reina.

—Entonces no me queda duda que es un hermano de doña María.

—Lo he sospechado; mas no tenía noticia que hubiese en la familia de Molina un genio como ese.

—Será el menor, D. Enrique.

—Aseguran que está en León, enfermo y próximo á morir.

—Habrán inventado esa historia para que pueda guardar mejor su incógnito.

—No será extraño.

—Con vuestro permiso me retiro, Conde, que ya os he molestado bastante.

—Dichoso me he creído con tan honrosa compañía. ¿Me permitís que os acompañe al punto donde vais?

—No, por Dios, que bastante habéis trasnochado.

—¿Queréis mi escolta?

—Tengo en vuestro palacio tres grandes de Aragón, y cerca de las murallas de Albarracín doscientos caballeros. Gracias, Conde, descansad, y que nadie se violente por mí.

—¿Deseáis que permanezca oculta vuestra llegada á esta plaza?

—Quiero que todos sepan que os he venido á visitar.

Ya en pie el monarca aragonés y Pedro el Temerario, se acercó éste á la puerta del salón exclamando, con voz que se oyó en todas las habitaciones del alcázar:

—¡Hola! Miscaballeros y vasallos; ¡corred á la escalera y zaguán! ¡Paso á S. A. el rey de Aragón! ¡Honrado sea como el monarca de Castilla!

Luego se dirigió al soberano, añadiendo:

—Si durante la guerra, ó al terminarla esta noche, os he podido faltar ó alguno de los míos; si algo habéis notado en nosotros reprehensible, descortés ó im-

propio del que nació caballero, perdonadlo, gran señor, que no siempre acierta el mísero mortal. Sólo Dios vino perfecto á este valle de amargura.

—Callad, Conde; no es posible más valor, ni cabe más cortesanía, más noble proceder. Entré con el corazón palpitante, los ojos húmedos y la huella del temor en mi rostro; salgo de aquí dichoso, que todo lo traía perdido y todo lo llevo ganado. He aquí la prueba.

Y el Rey abrió los brazos, estrechando tiernamente al valeroso Pedro.

—Gracias, noble señor.

—Adiós, Lara; hasta mañana á las doce.

Los salones inmediatos, pasillos, escalera y zaguán se hallaban ya llenos de caballeros y vasallos del Conde, que con hachas encendidas, despedían al soberano. El Temerario le acompañó hasta la puerta, donde montó á caballo, y seguido de sus tres caudillos partió sin permitir que se molestase ninguno de los que servían á Lara. Este se dirigió á su alcoba hallando á Alí que le esperaba para desnudarle.

—Amo mío—le preguntó,—¿nos dejarán dormir esta noche?

—Creo que sí. ¿Nos oistes?

—¡Qué había de hacer! Me lo ha impuesto mi señora...

—¿Dónde estabas, negro?

—Al lado de ti, señor.

—¿Te habrá visto el rey de Aragón?

—No, me cubría una cortina.

—Es decir que el leopardo se convirtió en araña.

—Me lo manda doña B'anca...

—¿No abusas de las instrucciones que te dió?

—Al contrario, faltó algunas veces.

—Explicate.

—No le pierdas de vista un solo instante—me dijo—y por desgracia no siempre puedo estar cerca de ti.

—La entrevista que acabo de tener abreviará el regreso de tu señora. Mientras yo me entretengo en el sitio de Tarifa, D. Ricardo se encargará de fletar un buque y de partir con numerosa comitiva en busca de ella. Después que tomemos la plaza regresaremos á Sevi-

lla, nos despedimos de SS. AA. é iremos á recibirla.

—Creo, amo mío, que sería más conveniente fuesen por doña Blanca treinta ó más zegrís. Esa poderosa tribu es temida y respetada en todo Oriente, y entre ellos vendría más segura.

—Es que yo no puedo mandar á esos caballeros.

—Ciertamente; mas el príncipe Muza y el de la cruz roja lo harán con mucho gusto.

—Tienes razón, mañana se lo diré al Príncipe.

—Difícilmente, amo mío; el encubierto y Muza saldrán antes de una hora de Albarracín, y lo probable es que no los vuelvas á ver hasta que lleguemos á Tarifa.

—Pues sería conveniente que nos ocupáramos ya del regreso de doña Blanca. Sí; esa plaza no debe tardar mucho en caer en nuestro poder; Castilla y León quedan en tranquila calma, y yo anhelo tener á mi esposa cerca de mí. ¿Tienes sueño, africano?

—No, amo mío, ¿quieres que hable al caballero de la cruz roja?

—Sí, y al Príncipe; no pierdas un instante. Diles de mi parte, que encarguen á sus zegrís el regreso del gran tesoro que amo en el mundo; más les agradeceré esta acción, que la practicada en mi obsequio en la Plaza Mayor de Eciija. Sí, Alí, Blanca vale para mí infinitamente más que la existencia.

—Volví al instante, señor.

—Te espero despierto.

—Te traeré buena noticia.

—Parte.

—Al momento.

Salió el negro, mientras el conde de Lara, sentado sobre el lecho con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, se entregaba á gratos pensamientos que halagaban á su mente y hacían palpar de júbilo su corazón.

Se quitó un retrato que llevaba al cuello, pendiente de una cadena de oro, y lo contempló con amoroso afán, exclamando:

—¡Qué hermosa es...! Otra vez volveré á oír su argentina y dulce voz. Sus

manos suaves, perfumadas y de color de armiño, se enlazarán nuevamente con las mías, mientras sus labios de rubí vierten aroma celestial, ternura de ángeles y encantos desconocidos, y todo esto seguido de la palabra amor; de la frase «¡te adoro!» ¡Qué desgraciado soy lejos de ella y qué feliz tornaré á ser entre sus brazos...! ¡Nadie te iguala en belleza, preciosa hurí, ni en talento, fortaleza de espíritu y valor. ¡Qué hermosa es!

Y Lara besó repetidas veces la ofigio de su esposa, trasladada á un pequeño pedazo de marfil, que formaba el retrato, el cual humedecía ahora con su poderoso aliento.

Después añadió:

—Primera y última separación; por segunda vez regalo el trono de Castilla y de León á mi amigo Sancho; no creo que tenga queja. Si en lo sucesivo necesitase de mi apoyo correrán en su ayuda los valerosos hijos del Saucejo, que al terminar esta jornada me consagraré por el resto de mi vida á mi inolvidable esposa. Todo con ella y para ella; nada quiero, nada haré lejos de su incomparable faz.

Y el enamorado caballero continuó mucho tiempo besando la miniatura, contemplándola y entregado á ideas tan agradables como la esperanza que en aquellos momentos le halagaba.

Por fin, vino á sacarle de tan delicioso éxtasis su fiero leopardo, el cual penetró en la estancia, se acercó al lecho y le dijo:

—Aquí me tienes, amo mío.

—¿Dormían esos señores?—le preguntó el atleta guardando el retrato.

—No; ha poco les despertaron, y cuando llegué se preparaban á marchar.

—¿Hablaste con ellos?

—Sí.

—¿Partirán los zegrís?

—Inmediatamente.

—¿Se ofrecieron gustosos?

—Sólo anhelan complacerte.

—Ese favor lo estimo más que ninguno otro.

—Lo supongo.

—¿Encargarán que el buque sea lo más seguro posible?

—En eso piensan.

—Alí, poco más de un mes nos queda de tan terrible separación.

—Antes, señor, mucho antes...

—¿Cómo?

—Si el viento es favorable...

—Pero si es contrario, si rugen los aquilones, si su barco naufraga como el mío. ¡Oh! ¡Terrible idea acaba de llegar á mi mente!... ¡Durmamos, negro, durmamos, ya que Dios nos permite unas cuantas horas de descanso en el proceloso mar de la vida! ¡Sólo un momento consigue el hombre la anhelada dicha en este valle de dolor! ¡A cada idea halagüeña que llega á nosotros la reemplaza otra negra, atormentadora, insana! ¡La copa del placer apurada siempre; la del dolor rebosando continuamente; ¡Mares, vientos, huracanes, por qué no había yo de poder dominaros siquiera treinta días! ¡Ay! ¡durmamos, Alí, que á la esperanza mía siguió un tormento que necesito ahogar con el sueño!

—Durmamos, señor, y esperemos tranquilos á doña Blanca; que vela por ella la terrible maga, y esa hechicera la quiere mucho, amo mío, mucho.

—¡Dios proteja la vida de ese ángel si yo he de existir en el mundo!

Poco después dominó el sueño á aquellos dos valerosos gigantes. A pesar de los suspiros del uno y de la esperanza del otro, ambos fueron presa de esa calma apacible que jamás los abandonaba al caer sobre el lecho.

Dejémosles descansar por esta noche, ó mejor dicho, por esta madrugada; pues al cerrar los ojos comienza á amanecer.

CAPITULO XXXI

Banquete. — Regia despedida. — Otra vez á Elíja. — Los monjes de San Basilio

Media hora después de haber quedado el conde de Lara y su leopardo entregados al más profundo sueño, partieron de Albarracín el caballero de la cruz roja, el príncipe Muza, los jefes de tribu y cuantos caballeros cristianos y moros

les obedecían. Sin ruido ni aparato alguno de guerra, montaron todos en sus briosos corceles y salieron de allí. El incógnito iba en medio de Muza y de su escudero, conversando con los dos, y muy alegre y satisfecho, al parecer, del desenlace dado á la sangrienta cuestión que los encaminó á aquella comarca; hasta entonces demostraba haber sido una poderosa égida que había salvado á Pedro de Lara, de los azares con que la traición y la maldad intentaron detener su arrogante paso; más que la defensa del trono de Castilla y de León, significaron ocuparse de la persona del héroe castellano, el cual sólo acostumbraba á vencer frente á frente, en el campo del honor, y sin ardid ni emboscadas de ningún género.

O el encubierto y el príncipe Muza amaban al Conde más que á los soberanos de Castilla, ó comprendiendo que bastaba con aquél para destruir todos los enemigos de éstos, se contraían á la defensa del caudillo, cuyo único defecto era su excesiva nobleza y confianza de sí propio.

Sea de esto lo que quiera, y dejando á la historia que más adelante nos aclare el misterio, es lo cierto que Muza y el de la cruz, penetrando siempre los secretos del Conde, marcharon de Albarracín, juzgando inútil su permanencia en una ciudad donde sólo podía haber para ellos unos aplausos y ovación que rehusaban, creyendo que tal recompensa debía recibirla el jefe de los montañeses.

¿Hacia dónde caminaban? ¿qué se proponían adelantándose al ejército de Lara? No lo sabemos. El incógnito, enterado por Alí de los planes y pensamientos del Temerario, sujetaba á ellos su conducta, pero no se tomaba la molestia de participar á nadie las ideas que abarcaban su mente y que intentaba realizar en lo futuro; reprendía á su escudero por las preguntas que continuamente le hacía, elogiaba la reserva del Príncipe, el cual se contraía á obedecerle, y sólo en el momento crítico mandaba, dirigía y hasta avasallaba con su irresistible genio, desmedido valor é intrepidez asombrosa.

Una hora después que los musulmanes, formó el ejército del conde de Lara, y puesto á su frente D. Ricardo, marchó también de Albarracín, sin hacer tampoco ostentación alguna, ruido ni demostrar el bélico aparato con que penetró en la plaza.

Los habitantes de la ciudad quedaron admirados al ver aquella retirada repentina y la que ninguno podía explicarse; sus cálculos y comentarios venían á destruirse ante la completa ignorancia de la causa que motivaba aquella contramarcha, sin que les fuera dable aceptar opinión alguna de las emitidas sobre el abandono en que les dejaba el ejército vencedor.

El temerario Conde, quedó en su alojamiento con su escudero Alí y cincuenta caballeros, que debían componer ahora su reducida escolta. De este modo continuó entregado á su tranquilo sueño, hasta las nueve de la mañana que abrió los ojos, é incorporándose sobre el lecho, exclamó:

—¡Alí!

No contestándole el negro, le llamó nuevamente, alzando la voz cuanto pudo. Poco después entró el africano preguntándole:

—¿Me llamabas, señor?

—Sí. ¿Partieron mis montañeses?

—Una hora después que los musulmanes.

—Es decir, que quedamos en Albarracín cincuenta y dos.

—Con veinte criados.

—¿Me han traído algún pliego?

—No.

—¿Que dicen los habitantes de la ciudad?

—Comentan la retirada de tus vasallos y la llegada de los aragoneses.

—¿Han entrado muchos?

—Unos mil jinetes; la mayor parte de los que rodean al rey de Aragón. Por orden del jefe que los manda se han puesto colgaduras en los balcones, y el pueblo se prepara á recibir dignamente al soberano, el cual hará su entrada pública á las doce.

—Eso ya lo sabíamos, Alí.

—Habrás repique de campanas, dan-

zas, festejos y se aclamará, con la lengua, al monarca de Aragón, con el corazón á ti.

—Vísteme y nos dispondremos á participar de la fiesta, que algo nos toca.

—¿Qué traje, señor?

—De corte, africano, que vamos á ser honrados en regio banquete, dado en loor nuestro.

—¿Te he de acompañar?

—No tengo en Albarracín más escudero que tú.

—Para tal función no es muy propio el color mío. ¿Por qué no te sirves de un caballero...?

—Porque pienso que me sigas tú, y al que no le agrade lo negro de tu epidermis que cierre los ojos.

Lara se cubrió con rico traje de corte. tomó un ligero desayuno y esperó tranquilo el regreso del monarca aragonés.

A las doce en punto echaron á vuelo las campanas de la plaza, corrió el pueblo en dirección de la puerta de Zaragoza, y poco después penetró el joven soberano, siendo vitoreado por sus vasallos y algunos de la población. Las autoridades volvieron aquella mañana y en este instante le recibían acompañándole hasta el palacio del alcaide ó gobernador, donde quedó hospedado.

Callaron las campanas, salieron los músicos y entonaron himnos melodiosos, mientras las danzas corrían de un lado para otro, componiendo el conjunto de la función un festejo al Rey, cuya causa ignoraban todos á excepción de éste, el Temerario y su negro Alí.

Una hora más tarde salió de su palacio el monarca con traje de corte, seguido de veinte grandes y hasta cien caballeros. Cruzó la primera calle, entró en otra, quedando parado á la mitad de ella: se dirigía al palacio de Lara, con ánimo de visitarle, y en este momento se encontró con él, que por el mismo camino corría á saludarle. El Conde iba á la derecha de Alí, llevando detrás sus cincuenta caballeros.

Frente á frente el Temerario y el Rey. abrió el último los brazos y quedaron unidos, vencido y vencedor. Entonces comprendieron las respectivas es-

coltas, las autoridades y parte de la población, la causa de aquellos festejos. La noticia de este abrazo corrió de boca en boca como un chispazo eléctrico: «concluyó la guerra» exclamaban nobles y plebeyos, guerreros y paisanos; se retrató la alegría en todos los semblantes, y no hubo un solo aragonés que dejase de vitorear á su Rey, que no aplaudiese al Temerario. Se trataba de un enemigo noble, hidalgo, generoso, querido y admirado de propios y extraños; por lo cual, en el instante que dejaron de ver inclinada hacia ellos la poderosa moharra de su lanza, le tendían las manos, le cantaban himnos y trocaban con gusto su anterior encono por una admiración que honraba tanto al caudillo castellano como al noble y leal pueblo aragonés que se la tributaba.

El Rey y el conde de Lara se estrecharon tiernamente, según acabamos de decir, formando un extraño contraste sus ricos y ligeros trajes de seda, con los pesados yelmos de que iban cubiertos los individuos que componían el acompañamiento de ambos.

—Seguid—le dijo el Monarca aragonés—iba á vuestro alojamiento y quisiera que me recibieseis en él.

—Señor—le contestó Lara—me encantaba á vuestro palacio, con ánimo de devolveros la visita que tuvisteis la bondad de hacerme esta noche; y desearía merecer de V. A. me permitieseis os acompañara á vuestro alcázar; que harta merced me estáis dispensando aquí y no poca me aguarda en vuestra mesa.

—¿Tenéis empeño en que sea así?

—Mucho, gran señor.

—Pues dadme vuestro brazo y que vean mis vasallos cómo trata su Rey al que ha poco era su mayor enemigo.

Ambos se enlazaron, se unieron sus respectivas comitivas, dirigiéndose á la morada de S. A. Las dos calles que debían atravesar se llenaron de nobles y plebeyos, los balcones se cubrieron de damas, comenzaron á arrojar hojas de flores, continuó la ovación, siendo el Monarca y el Conde, su amigo, objeto de una alegría y expansión que rayaba en delirio; si bien la verdadera causa la

motivaba la paz que nacía de aquella unión de los dos poderosos que marchaban cogidos del brazo.

Llegaron al alcázar y encerrándose en el despacho dispuesto al aragonés, hablaron por espacio de una hora, en cuyo instante recibió el Conde una extensa carta dirigida á D. Sancho, en la cual le aseguraba el de Aragón que no volvería á interrumpir la tranquilidad de Castilla, ofreciéndole su amistad y la alianza de Navarra, Francia y Aragón. Después hablaba de Lara en términos tan honrosos para el caudillo castellano, que excitaron su agradecimiento hasta el extremo de obligarle á exclamar:

—Gracias, noble Monarca; me creo indigno de frases tan lisonjeras y de un afecto que yo no puedo recompensar. Imposible parece que haya podido trazar estas líneas el que no ha mucho se batía en emboscada que debía necesariamente repugnar á su hidalgo corazón.

—Lara—le contestó el Soberano con rubor—no mereció mi agrado ni asentimiento; mas éramos cuatro y acaté el voto de la mayoría. Quisiera, amigo mío, que olvidásemos para siempre tan triste jornada. Mientras yo atacaba por la espalda á vuestras valerosas huestes, se volvieron éstas hacia mí, y entonces pude comprender una bizarría de que no tenía conocimiento. Eran admirables el valor, destreza y abnegación de aquellos montañeses y selvícolas; y no lo eran menos la dirección, acierto y cariño de los mil caballeros que, exponiendo sus vidas á cada instante, defendían las de vuestros vasallos, los conducían á la pelea y velaban por ellos como un padre pudiera hacerlo por sus hijos. Hasta aquel momento no creí posible ver hermanadas la fuerza y la ternura, la arrogancia y la subordinación. Juzgué que vuestros soldados serían efectivamente una excepción de la regla; pero en mi mente los hacía osados y temerarios; mas sin orden, concierto, disciplina ni regularidad en sus movimientos y modo de luchar. Recibid mi enhorabuena por el mérito de vuestros sol-

dados y no hablemos más de esa batalla, en la que todo fué grande y afortunado para vosotros; ruin y desgraciado para mí.

Calló el Soberano, Lara se guardó el escrito, y después de contemplar á aquél, neutralizó los efectos de la triste idea que le atormentaba con las siguientes frases:

—Señor, la emboscada que usasteis hace tres días, es admitida en la guerra y suele practicarse hasta por los ejércitos más valerosos y disciplinados. A vos os repugnaba, como me hubiera sucedido á mí, por razones que comprenderéis fácilmente; pero en nada amenguó el hecho vuestro renombre de valiente y de generoso. La causa era mala, os alucinaron las palabras de un mendigo de tronos, y eso es todo. Si errasteis al principio, no cabe más prudencia y acierto al concluir; oid los aplausos de vuestro pueblo y en ellos encontraréis la prueba. Perder una batalla es tan común como ganarla, y no hay rey ni general en el mundo que no venza y sea vencido continuamente.

El Monarca miró al Conde, preguntándole con melancólica sonrisa:

—¿Caudillo castellano, cuántas habéis perdido vos?

—Dicen que formo una excepción de la regla, y á ser cierto no puede citarse mi historia en el caso presente.

Hasta las dos permanecieron hablando, en cuyo instante pasaron al comedor y se sentaron á la mesa.

El banquete que en estos momentos daba el aragonés al hijo del Saucejo, era digno de un rey. Cuatro músicas entonaban alegres melodías: eran servidos por caballeros principales, abundaban los manjares, y el conjunto de la fiesta era sorprendente. Comían, el Rey á la cabecera con Lara, á quien daba su izquierda; y en el resto de la mesa había cincuenta grandes de Aragón y todos los caballeros del Conde. Unos y otros se obsequiaban continuamente, reinaba entre ellos gran satisfacción, y en las tres horas que duró el festín no desapareció un momento la alegría con que empezara y concluyó

Después pasaron todos al salón principal, y contra la voluntad del conde de Lara, recibió éste de mano del Rey cuantas distinciones se conocían en Aragón; siendo nombrado á la vez grande del reino. El modesto castellano tuvo que aceptar con rubor aquellos honores tan deseados por la generalidad y los que él veía con desdén y hasta menosprecio; pero á fuer de hidalgo, demostró al Monarca su agradecimiento, patentizó la nobleza del alma del joven soberano, y despidiéndose de éste y de sus grandes, partió á su alojamiento, deplorando el que la Cerda hubiese arrastrado á aquel hombre, digno de depender otra causa más afortunada.

A su salida volvió á ser obsequiado por el pueblo de Albarracín, con nuevos y entusiastas aplausos.

De este modo honroso y halagüeño terminó el poderoso gigante la guerra de sucesión empezada en mal hora por el nieto mayor de Alonso el Sabio. Todo lo sacrificó por su Rey y por la tranquilidad de la patria; y tan sublime abnegación recibía ya la gran recompensa que el Cielo otorga en la tierra á los que, como Lara, prescindan de sí propios para defender la justicia y la razón. Varias veces quiso segar la terrible guadaña aquella hermosa cabeza tan envidiada de unos y tan temida de otros, y siempre la Providencia detuvo la corva cuchilla valiéndose del caballero de la cruz roja, de Alí, ó de instrumentos que siempre tiene á su disposición el que todo lo puede.

Sólo le restaba al admirado Conde la conquista de Tarifa, que aun cuando difícil, únicamente podía ofrecer al valeroso y fuerte caudillo el agradable entretenimiento de una distracción guerrera.

Veamos de qué modo dispone el asalto de la plaza, si consigue arrancársela al rey de Marruecos y si halla ó no por último la paz y sosiego apetecidos en el hogar doméstico, junto á su adorable esposa, padres y vasallos.

Lara entró en su alojamiento, se dejó cubrir con una armadura, montó á caballo y seguido de su escolta y sirvien-

tes, partió en dirección de Ecija, por camino diferente del que llevaba su ejército. Quería adelantarse á éste con objeto de pasar algunas horas en compañía del abad de San Basilio y del buen corista Anselmo; pues á ambos debía muchas atenciones, y los dos excitaron su cariño.

El tierno esposo contemplaba ya el término de su azarosa misión y rara vez dejaba de pensar en su bella Blanca; en aquella mujer tan fuerte, hermosa y seductora; la odalisca en encantos; la hurí en negligencia y donaire; la oriental en

perfumes, blanca y suave piel, rasgados ojos y forma esbelta; la cristiana en fijez de ideas, heroico valor, lealtad y amor á su esposo; el ángel en la dulzura de la voz, en lo elevado de las ideas, en su celestial conjunto; la caprichosa mujer, que para arrebatarse á su enloquecido esposo, vestía por la mañana su traje de heroína, por la tarde de princesa castellana y por la noche de deliciosa damasquina; que conociendo cuánto era amada, se precipitaba por el despeñadero, detenía su temeraria carrera al borde del precipicio, y exclamaba:

— Sigue, audaz campeón, ¿tiemblas? ¿dónde está la osadía que el mundo te concede?

Y con sonrisa sarcástica, pero dulce, embriagadora, se burlaba de su temerario amante, concluyendo por enlazarse á su cuello, trocando al poderoso león en el más inocente y humilde cordero.

Lara tenía fijo en su mente aquel raudal de bellezas físicas y morales con que

Dios se había dignado dotar á la esposa que en sus altos designios tuvo á bien concederle. No era de extrañar la mutua idolatría que se profesaban teniendo en cuenta que parecían formados el uno para el otro, y lo imposible de que ninguno pudiera reemplazar á su compañero con otro ser que reuniese las mis-

mas cualidades. El gentil caballero comprendía perfectamente cuánto acabamos de exponer, oprimía los ijares de su fogoso alazán y le hacía atravesar los llanos, montes, cercados, empinadas cuestas y terribles



...partió en dirección de Ecija.

honduras, sin detenerse más que lo puramente indispensable para dar á los potros el necesario descanso y tomar ellos algún alimento. Allí y los caballeros que componían su escolta le seguían con dificultad, pues sabido es que Lara hallaba pocos rivales en el arte de equitación, y ahora, en alas de su ardiente deseo, hacía volar á su poderoso cuadrúpedo.

A las diez habían adelantado al ejército, y cerca de Sierra-Morena reposaban de las fatigas sufridas por la tarde y parte de la noche. Esta se les presentaba clara, serena, y una brisa agradable refrescaba con su soplo suave los rostros de los viajeros. Se hallaban en una venta donde el dueño sólo pudo ofrecerles un cordero, algunas gallinas y frutas secas, todo lo cual comieron con buen apetito y deseo. Desde un opulento y regio banquete descendía el poderoso Conde á sentarse en la tosca silla y humilde mesa de una misera posada, y

no obstante tan notable cambio se encontraba satisfecho, sin echar de menos la espléndida mansión y los ricos manjares. Con un trozo de ave, una docena de almendras, pan, vino y agua se juzgaba lo suficiente regalado para poder continuar una marcha, durante la cual rendía á los más fuertes.

Dieron fin de tan frugal cena, y mientras ensillaban los caballos se acercó Alí á su señor, y le dijo:

—Amo mío, ibas á Aragón triste, pesoso, y con una calma impropia de tus continuas marchas; y vuelves alegre, satisfecho y tan ligero como el viento. Me gusta el cambio, pero no adivino la causa.

—Negro, sólo nos resta asaltar una plaza, cuyo sitio no ha de durar mucho, en mi concepto; y al terminar ese último episodio de la guerra, volveremos á ver á la Condesa.

—Pienso entonces que es mi señora la que te hace correr de ese modo.

—Dices bien; sólo por ella camino tan deprisa, vivo tan impaciente y defiendo mi vida con tanto empeño.

—El ejército queda ya atrás y tardará en alcanzarnos.

—Eso deseo; que quiero pasar en el monasterio de San Basilio algunas horas.

—Si en él esperas á tus montañeses no serán horas, sino días, los que permaneceremos allí.

—No me disgustará, que en tan santo retiro y al lado del superior cruza el tiempo ligero y agradable.

—¿Es decir que te detendrás en el camino?...

—Lo puramente indispensable.

—La escolta montó á caballo y nuestros alazanes aguardan.

—Paga y marchemos.

El negro obedeció; amo y criado subieron á sus potros, y seguidamente continuaron su marcha con la velocidad posible. Así cruzaron Sierra-Morena, encontrándose algo después en la comarca de Jaén, y, por consiguiente, en la bella Andalucía.

El espíritu de Pedro se ensanchó al respirar aquellas auras meridionales que

tan conocidas le eran, su corazón palpitó con violencia y su arrogante voz saludó con placer el abrasado suelo que pisaban.

El Conde tendió su vista por aquellos bosques de olivos, dilatadas llanuras, cielo despejado y alegre; su ansiosa mirada se fijó en la encorvada palmera y tornó á olvidarse del magnífico panorama que tenía delante para traer á su memoria los árboles de la Siria, los perfumes de Oriente y las severas y majestuosas torres de Jerusalén.

—Ahora—decía—conversaré mi adorada Blanca con el anciano D. Manrique sobre la suerte desgraciada del pueblo hebreo errante por la tierra, sin patria, víctima de la maldición que ha de pesar sobre él siglos y siglos. Su padre y el mío la escucharán como al antiguo oráculo, sin atreverse á contradecir el raudal de frases que verterán sus finos labios de rubí. Corramos; creo acercarme á ella según avanza mi caballo.

Y el brioso jinete aguijoneaba á su potro, y al pálido resplandor de la luna continuaba sin interrupción su precipitada marcha.

A la noche reemplazó la aurora, y á ésta un día claro, despejado y caluroso.

Dijimos, y así es, que los triunfos del Conde se conocían en Castilla, eran comentados, y el valeroso caudillo aplaudido por los grandes y chicos. Esto fué causa de que, reconocido el Temerario en algunos pueblos de Andalucía, interrumpieran su carrera con vítores y ovaciones tan entusiastas como merecidas. Sus compatriotas no eran ingratos para con el afortunado gigante que tantas glorias otorgaba á la nación que le vió nacer; nobles y plebeyos, valientes y cobardes le salían al encuentro, aplaudían su valor y denuedo, y con harto sentimiento del héroe le obligaban muchas veces á detener su paso, aunque por breves instantes.

Llegó á Córdoba, corrió la noticia de su arribo, y en un pueblo donde era tan conocido y admirado rayó en delirio el entusiasta recibimiento que le hicieron. En esta semi-árabe ciudad descansó una noche, durante la cual halló un blando

lecho, pero fué interrumpido su sueño á cada momento por las alegres melodías de las músicas y el ruido y algazara de cien mil personas que se disputaban la honra de festejarlo.

Cansado ya de ovaciones y aplausos se levantó, y montando otra vez á caballo corrió en dirección de Ecija, siendo despedido por los cordobeses con el mismo entusiasmo que lo recibieron.

—Prefiero—le decía por el camino á su negro—el solitario retiro de los monjes de San Basilio á esa confusión de voces con que nos han aturrido en los pueblos que dejamos atrás, y muy particularmente en Córdoba.

—Pues cuenta, amo mío—le replicó el negro—que tus montañeses serán detenidos como nosotros, y esto nos proporcionará pasar más tiempo del que creíamos entre esos venerables monjes de Ecija.

—No le pesará al abad ni á mí.

—Tanto ó más se alegrará Anselmo y también yo, que me agrada infinito el ardimiento y valor de ese joven corista.

—Pronto los veremos si continuamos de este modo.

El Conde y su comitiva atravesaron por fin la larga distancia que separaba á Albarracín de Ecija, penetraron en esta ciudad, deteniéndose á la puerta del monasterio.

Pedro había cruzado por la Plaza Mayor, parándose breves instantes en el mismo sitio donde fijaron el tajo que debió recibir su cabeza; miró con fría indiferencia aquel lugar de terribles recuerdos, y asomó á sus labios desdenosa sonrisa, exclamando.

—¡Sangre querían los malvados, y un torrente hallaron que bañó esta plaza, y el que todavía ennegrece su suelo! Adelante, Alí, ¡que bien cara les hicisteis pagar la trama urdida contra mí!

Y continuaron hasta que Lara y su escudero echaron pie á tierra, entrando acto continuo en los claustros del convento. Según avanzaba el noble Conde sentía un dulce recogimiento que le arrobaba y conducía insensiblemente á un éxtasis tan agradable como encantador. Llegaban á su mente multitud de

ideas y recuerdos que le hicieron olvidar á su esposa y cuanto dejaba atrás, y tenía relación con las cosas del mundo. Aquel santo retiro reemplazó á la capilla y patíbulo que le proporcionaron sus enemigos; allí olvidó el aspecto feroz de su verdugo y sayones, cambiando los ternos y maldiciones por la paz y caridad que emanaban en el monasterio; allí encontró hermanos, padre y amigos que sanaron sus heridas, curaron sus dolores y le prestaron toda clase de consuelos; allí dió gracias al Todopoderoso por el innegable favor que tan claramente le había dispensado; allí encontró, por fin, los beneficios de la religión católica, tan deseados por todo el que tiene la suerte de comprender su incomparable influjo.

Todo esto llegaba al Temerario, ensanchaba su espíritu y lo predisponía á gozar nuevamente de tan venturosa calma, la cual formaba notable contraste con el fragor de las batallas y el ruido de caballos, armas y combatientes.

Por eso el audaz caudillo fijaba ahora su planta con respeto y hasta temor sobre el pavimento del extenso claustro donde caminaba. Seguido siempre de su criado, se dirigía á la celda del superior, pero de pronto creyó oír las voces de los religiosos, y se detuvo.

—Están en la iglesia—dijo.

Y se encaminó hacia el sitio donde creyó escuchar el ascético canto. No se había equivocado; los monjes se hallaban en aquel instante en una de la capillas del monasterio, elevando tiernas preces al Cielo.

Lara se hizo quitar el casco que cubría su cabeza, él mismo arrancó á Alí el suyo y penetraron por la sacristía, quedando parados en la puerta que daba á la iglesia, pues oyeron que los religiosos concluían su oración con las siguientes frases.

—¡Bondadoso y sublime Dios, salva á tu noble hijo Pedro de Lara!

Dos lágrimas, hijas del agradecimiento surcaron el rostro varonil del guerrero. Anduvo cuarenta pasos, y cayendo de rodillas al lado del venerable abad, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y oró.

La comunidad entera se fijó en el poderoso Conde, el cual tenía en este momento encendidas las mejillas, húmedos los ojos y amoroso el semblante. Movía los labios, pero no se entendían las frases que en aquel momento, más que con la boca, dirigía con el corazón al supremo Ser, á quien tanto amaba y debía.

De este modo permaneció un cuarto de hora, en cuyo instante turbaron su oración los acentos de los religiosos, que por orden superior entonaron el siguiente himno, compuesto por el abad:

Gran Dios, invencible volviste al guerrero
que alzó venturoso su altivo pendón;
y montes y llanos cruzaba ligero
fuerte en su justicia, sobrado en razón.

Pedro, agradecido en extremo, unió su voz á la de los monjes, imitándolo. Allí, cuyo sonoro y grato acento sobresalía por el de todos, siendo el más melodioso, dulce y el que mejor daba aquellas notas que oía por primera vez.

Unos y otros continuaron cantando los versos que siguen:

Su pecho amoroso, leal, sin mancilla
el hierro contrario con ansia buscó;
su lema decía: "*mi patria es Castilla;*
por Dios y por ella,", y ufano venció.
Tu ley acatando, tu amor bendiciendo,
su vida regala con pródigo afán;
mas siempre tus dones su ser defendiendo
mercedes le otorgan, victorias le dan.
Ayer estos siervos con voz anhelante
por él te pedían, sublime Señor;
mas hoy holocausto te ofrece triunfante
en ara do brotan las llamas de amor.
¡Salve, Rey de reyes! ¡Tu dedo dirige
las nubes, los astros, los vientos, los mundos...!
¡Dedo incomparable que el destino rige
de seres, de pueblos, de mares profundos!
¡Sólo Dios es grande! Su voz magna encierra
el único, cierto, inmenso poder:
¡Ay! de hombres, de astros, de mares, de tierra
la hora en que grite: DEJASTEIS DE SER.
Los cetros, los tronos, los grandes, los reyes
del alto á la sima veremos rodar,
y mundos, y mares, y pueblos, y leyes
podréis en el aire deshechos mirar.
Su ley es la estable, su acento el que ordena,
su aliento el que puede, su ser la verdad;
gran Dios, para el hombre que sufre, que pena,
tu mano bendita derrame piedad.

¿Qué podremos todos? ¿Qué vale la tierra?
¿Qué serán si acaba tu egregia bondad?
¡Piedad, Padre mio! ¡Los males destierra
del suelo nefando! ¡Piedad! ¡ay! ¡piedad!

Los monjes, Pedro y Allí repitieron la última estrofa; se apagaron las voces de los primeros, la del segundo atronó el espacio y la del negro terminó su canto, suave, dulce, agradable y melodiosa como ninguna. El africano pronunció aquellos versos con el entusiasmo del cristiano; dió las notas con el arte de un consumado cantor, y su armonioso acento se elevó de un modo que dejó pasmados á los frailes.

La noticia de la llegada de Pedro corrió por Ecija con gran rapidez, é instantáneamente se dirigieron en su busca cuantos nobles y caballeros existían en la ciudad. En tropel unos y más despacio otros, fueron llegando al convento; pero al escuchar el himno que hemos copiado, caían de rodillas, quedando de este modo interin duró aquél.

Los monjes, Lara y su escudero se levantaron, oyéndose acto continuo las siguientes exclamaciones:

—¡Padre!
—¡Hijo mío!
—¡Alí!
—¡Anselmo!

Y quedaron abrazados los dos primeros y los segundos, permaneciendo así hasta que llegaron á la sacristía, seguidos siempre de la comunidad y de los nobles de Ecija.

—¿Vencisteis á vuestros enemigos?—
preguntó al Conde el abad.

—Sí, señor—le contestó éste.

—¿Fuisteis generoso con el vencido y humano con el inutilizado?

—Jamás dejé de serlo, padre.

—Por eso Dios, hijo mío, os vuelve á mis brazos, sano, henchido de gloria y honrado como pocos. Vuestro amor al que todo lo puede y la nobleza que emana de vuestras acciones, os regalarán siempre una victoria que todos desean y consiguen muy pocos. No temed, poderoso Conde, los sinsabores y disgustos que hallaréis en el camino de vuestra existencia; habitamos un valle de dolor, mas vos tenéis de vuestra parte á la Por-

videncia, que velará continuamente por su hijo predilecto, y aun cuando hayáis de beber en el cáliz de la amargura, pronto encontraréis el antídoto que os endulzará el amargo y os recomendaré por el dolor sufrido.

—Así es, venerable superior; continuamente veo la desventura que intenta perseguirme y cebarse en mí; y luego, apartándola la Providencia, me sonríe el aura de las batallas, el amor de mi esposa, el afecto de mis amigos, el cariño de mis vasallos y la bendición de todo un pueblo que me halaga y cree superior á lo que puede ser un débil mortal.

A la vez, separados en un extremo de la sacristía, preguntaba Anselmo al africano:

—Alí, ¿cuántos mazazos has dado?

—Muchos, amigo mío; no me fué posible contarlos.

—¿Más que en la Plaza Mayor?

—Sí.

—¡Jesús, cuántos derribarías en tierra! ¿Te han herido?

—Cuatro ó cinco veces nada más.

—¿Curastes ya?

—Completamente.

—Te hizo de hierro Dios. Si yo hubiera estado contigo...

—Te batirías bien, que eres valiente.

—Me entusiasma la guerra. ¡Patria, religión, mueran los enemigos...! Esas mágicas frases me enloquecen.

—¿Por qué no dejas los hábitos y te vienes con el señor Conde? A su lado pronto serías caudillo.

—Ya no puede ser, Alí; he profesado y amo tanto al padre abad, que por nadie la abandonaré; ¡es tan bueno...!

—Bien hecho; mejor estás en este santo retiro, que sufriendo los azares y molestias de la guerra.

—Voy á encargar al cocinero que haga para ti un pastel de aves, crema y muchos confites.

Después que Lara cruzó algunas frases más con el superior, se dirigió á los caballeros que esperaban á la espalda; recibiendo de ellos la felicitación consiguiente y un nuevo aplauso que terminó con la más entusiasta ovación.

Luego se retiraron unos y otros, quedando el Conde hospedado en la celda del abad, con el cual conversó mucho tiempo, descansando á la vez de las fatigas anteriores. Sus caballeros se alojaron cerca del monasterio; y Alí, unido nuevamente á Anselmo, refería á éste lo ocurrido en la última batalla y reposaba también, sin dejar de hacer los honores debidos al sabroso pastel que le había subido el corista. Esta escena tenía lugar en una habitación que daba paso á la celda donde estaba el Temerario.

CAPITULO XXXII

Continúa la marcha.—Osuna.—Los amores de Alí.—El consejo de ancianos y las familias de los montañeses y selvícolas.

El conde de Lara pasó cerca de tres días al lado del abad de San Basilio, tiempo que tardó en llegar su aguerrido ejército. A pesar de la impaciencia que sentía y el vehemente deseo de acabar pronto su guerrera misión, vió transcurrir ese corto período de un modo agradable y hasta placentero. La apacible calma del convento, la amena conversación del virtuoso y entendido superior, las agudezas de Anselmo y el recuerdo de lo que habían hecho por él los respetables varones que habitaban aquel recinto, consiguieron distraerlo y aun hacerle olvidar el mundo. Comía, rezaba en el coro, paseaba por el jardín, y rodeado siempre de los monjes y de su negro, esperó la llegada de los montañeses, disponiendo la continuación de su marcha seis horas después de haber arribado aquéllos.

Nuevamente volvió á asomar el llanto á los ojos del abad y del corista. Lara deseaba terminar pronto, y en cuanto se acercó el instante que aguardaba, se hizo cubrir con su armadura, se despidió tiernamente de los religiosos, y puesto al frente de sus huestes, se encaminó por Osuna, Ronda y campo de Algeciras, á la inmemorial Tarifa.

El corista y el superior, sintieron el punzante dolor de aquella segunda separación del Temerario y su escudero,

y cuando ya los perdieron de vista intentaron buscar consuelo á su pesar en el coro, pidiendo otra vez á Dios por la suerte del venturoso guerrero que veían alejarse acaso para siempre. Sus nobles é hidalgos corazones amaban extraordinariamente al mísero reo que tan fuerte hallaron en la capilla; al brioso doncel que unido ahora á su ejército, podía desafiar y vencer á las huestes más agueridas de Europa.

El Temerario en medio ya de sus valientes leones, se encaminaba á Osuna, sentía alejarse de aquel lugar de tristes recuerdos, pero donde dejaba la reunión ó comunidad de unos prelados que tanto hicieron por él y para los que guardaba acendrado cariño.

Pensando en ellos, mirando á los valerosos hijos del Saucejo y conversando á la vez con el jefe y varios individuos de su escolta, llegó á la terrible cuesta donde sus enemigos hicieron el hoyo, le tendieron la emboscada y con arte diabólico lo inutilizaron, cogiéndolo prisionero.

En el mismo sitio que había tenido lugar la catástrofe se alzaban veinte arcos cubiertos de laurel y flores y en todos ellos se leía:

«Gloria y honor al invencible conde de Lara.—Los nobles de Ecija al caudillo castellano.»

Pedro y sus caballeros quedaron agradablemente sorprendidos, y cruzando por bajo de aquellas bóvedas construídas con ramaje y guirnalda, distinguieron á todos los individuos de la nobleza, vecinos de la ciudad que dejaban atrás, que les esperaban para hacerles una entusiasta y tierna despedida, la que el Temerario recibió con solícito interés.

Media hora después continuaron jefes y soldados su interrumpida marcha, penetrando en Osuna á las cuatro de la tarde.

Renunciamos á describir el cuadro de ternura y de alegría que presentaba el ejército de Lara rodeado al entrar en la ciudad por los padres, esposas, hijos, hermanos y parientes de los selvícolas y montañeses. El Conde y sus caballeros dejaron á sus subordinados que die-

sen expansión al afecto que sentían en aquellos momentos y se retiraron al palacio del primero, cuya reparación estaba terminada. El destrozo hecho por los Castros había desaparecido y ni aun la huella quedaba de la osada planta que se atrevió á destruir la opulenta mansión del poderoso atleta. Sus caballeros, mayordomos y criados, no habían perdonado medio alguno para que al regresar su señor de la guerra lo hallase en idéntico ser y estado que lo dejó al partir á Jerusalén.

Lara encontró su palacio conal con la misma regia esplendidez que lo mandó construir y unido á éste el de su esposa, en el que todo era oriental, poético, encantador. En sus deliciosos jardines se veían nuevamente los caprichosos arroyuelos, los estanques, las cascadas y los juegos de aguas que salían de entre los árboles, las flores, las estatuas y las sirenas. Naranjos, arrayanes, rosas de Alejandría y mil plantas odoríferas, cuyo aroma unido al azahar de los árboles, forma un delicioso perfume que convida al amor y á la poesía.

El poderoso Conde reconoció su magnífica morada, entró después en la de su esposa, cayendo á los pocos pasos que dió, sobre un diván azul; su rostro se contrajo, palpité con violencia su corazón, despidiendo sus párpados dos gruesas lágrimas que rodaron hasta el suelo, surcando antes su varonil semblante.

—¡Blanca!—exclamó cubriéndose la cara con las manos—Blanca mía, ¿volverás á reclinarte otra vez sobre este asiento donde me contabas tus amores y me hacías el más dichoso de los hombres? ¿Tu voz, suave, dulce, argentina, tornará á ser acompañada de los tiernos acordes de esa lira que hacía vibrar tus preciosos dedos? ¡Temo que en tan larga travesía te salga al encuentro la muerte, ansiosa de arrebatarse al mundo su precioso tesoro! ¡El día que yo lo sepa, en el mismo instante que tenga noticia de esa desgracia te acompañaré á la tumba, porque sin ti me es insoportable la vida!

Y el afligido esposo quedó entregado al más punzante dolor.

Alí, que como de costumbre, se hallaba á cuatro pasos de su señor, se acercó lentamente, le cogió una mano y se la besó, diciéndole:

—Mal sientan esas lágrimas en el rostro del primer valiente del mundo. Tu esposa, amo mío, se halla buena y no tardará mucho en estar á tu lado tan tierna y seductora como antes. Hablé anoche con la maga y tales seguridades me dió, que puedo afirmar ser cierto cuanto acabo de decirte.

—Ya una vez nos ha faltado esa hechicera, negro.

—Sí, estaba en peligro tu vida, y aun cuando te lo anuncié en aquel sueño que recordarás, nada más hizo para librarte de morir; pero ahora es diferente, señor; á ti te aborrece, mientras que mi señora es el ser á quien distingue y quiere más.

—¿Qué le he hecho yo, que justifique ese odio?

—Es mahometana y tú enemigo de Mahoma.

—Blanca es cristiana también.

—Debe le vida á la hurí y sabe que conserva las costumbres de los hijos de su país.

—¡Si no te equivocas africano...!

—Si creyese yo que mentía me hubiera ya arrancado la lengua.

—¿Dónde está la maga?

—En estos momentos corre en su busca.

—¡Quiera el cielo que no llegue tarde!

—Asegura lo contrario y no me engañó jamás, amo mío.

—¡Qué grata esperanza me devuelves, hijo del Desierto! Sígueme, bajemos á los jardines y veamos su sombra que retratan las flores y que aún conservan las cristalinas aguas que ella acarició en amoroso éxtasis.

Amo y criado cruzaron un extenso parque, penetrando luego entre las flores, los árboles, las cascadas y las fuentes.

El enamorado guerrero con los ojos húmedos y asomando á sus labios una triste sonrisa, veía, contemplaba aquellos sitios donde en tranquila noche se deslizaba su encantadora esposa cual

sílfide arrebatadora que enloquecía su mente y lo transportaba á un edén soñado y cuya realidad suponía hallar al lado de la hurí. Las flores, las aguas y aquel conjunto verdadera de poesía concluyó por parecerle monótono y cansado.

—No está ella aquí—exclamó—que pueda dar brillo, animación y belleza á estos encantos naturales, que nada dicen para mí lejos de aquel ángel más hermoso que las rosas, las aguas y ese Sol que les da vida y color. Huyamos de aquí, negro, que me hastía cuanto nos rodea.

—Comamos, señor, comamos, que ha pasado ya la hora y nos aguardan tus caballeros.

—Vamos á la mesa, Alí, si bien los manjares que me sirvan en este palacio han de parecerme tan mal como estos jardines, esos arroyos y esa lozana vegetación que tan pronto me causó fastidio é indiferencia.

—Lejos de doña Blanca, señor, varían tus pensamientos, ideas y gusto; cambia, en fin, tu ser, noble guerrero; eres otro hombre más sombrío, más tétrico, más pesaroso; menos cariñoso, dulce, comunicativo. Acabemos pronto, que me causa pena mirar tu semblante; sufro tanto al verte así que por evitarte cada una de esas lágrimas que viertes, me batiría solo contra veinte y los mataría á todos.

—¡Gracias, Alí; no estando á su lado me falta el corazón, el aliento; me sobra el mundo, me cansa la vida; es tan hermosa...!

—¡Cuánto la amas! ¡Cuán digno eres de ese ángel que no tiene parecido en la tierra! Alégrate, amo mío, tu fiel leopardo te responde que al concluir el sitio de Tarifa, la verás tan bella como el Sol, tan enamorada como tú, tan encantadora como el hada y tan riente como la aurora de Mayo. Pronto, inimitable doncel, correrá á tu lado, delante de ti, en el borde de los precipicios, enroscando luego sus torneados brazos en tu varonil garganta, que nadie venció, que todos admiraron y que la mayor parte temieron; come, señor, que yo también

voy á hacerlo, y ya sabes que no me acostumbro á vivir lejos de la sultana que me libró de morir, y que por espacio de quince años trató á su esclavo Alí, como á un hermano á quien confiaba sus penas y lo hacía escudo de su honor, de su perfecto ser.

—No fuiste ingrato, mi querido lebre, que bien defendiste siempre la honra y vida de tu señora, y luego la persona de su esposo.

—Obrando así, gozaba, que os amo á los dos.

—Nos pagas, negro, el afecto que ambos te profesamos. Y puesto que lo quieres así, comeré, que hartó he padecido y sufro por ella.

El Conde se sentó á la mesa, y su leopardo desapareció de allí como una flecha impelida por mano vigorosa, escondiéndose entre las angostas y tortuosas calles de Osuna.

Lara dió principio á una espléndida comida, rodeado de los primeros jefes de sus huestes; poco después, comenzó á llenarse el salón donde estaba con los principales grandes y caballeros que residían en la ciudad, los que en este instante le felicitaban por la completa victoria que acababa de conseguir. Con la llegada de tan nobles huéspedes, amigos íntimos y admiradores todos del famoso Conde, fué animándose éste, consiguiendo al fin adormecer la ansiedad y pena que le afligían.

La comida fué concluyendo, pero cuando se hallaban á la mitad de los postres se encontraron agradablemente sorprendidos con las dulces melodías de varias músicas que á la vez comenzaron á tocar. Dentro del alcázar, en la calle, en los jardines y en torno de todo el edificio se escuchaban los acordes de los instrumentos y las voces de cantores que entonaban himnos en loor del invicto caudillo castellano. El buen Alí, que era tan conocido en Osuna como su propio amo, sublevó la población entera, para que calmasen con sus festejos la melancolía de su señor. No necesitó de grandes esfuerzos para conseguir esto; el pueblo de Osuna quería mucho al poderoso señor de vidas y haciendas á

quien tanto debía, y si bien se contuvo al principio por respeto, en el momento que oyó las frases del africano, corrió entusiasmado y gozoso á felicitar al feudal caballero. Calles, plazas y callejuelas se iluminaron, el piso se cubrió de hojas de flores, y al canto y melodía de los músicos siguieron los vítores, las aclamaciones y los aplausos.

Lara, concluido que hubo de comer, se asomó á uno de sus balcones, y pudo contemplar con satisfacción al pie de ellos, á todo el pueblo de Osuna, oyendo á la vez la ovación más leal y sincera que escuchó hasta entonces.

Reconocido por la muchedumbre, todos se descubrieron, callando hasta los músicos; al estrépido, algazara y voces reemplazó un profundo silencio; hombres, mujeres y niños miraban su arrogante figura sin atreverse ninguno á mover los labios.

Después que contempló él la apiñada masa, exclamó, con voz que oyeron la mayor parte:

—Hijos, no molestaos por mí; mas si deseáis cantar y vitorear al rey, hacedlo sin cuidado, que vuestro noble acento no puede incomodar á vuestro padre. Reid, gritad cuanto queráis, y alzando con orgullo esas leales y honradas frentes, que no os vea yo nunca tristes, abatidos ni humillados ante nadie. Mías son Osuna y su comarca; obrad como hasta aquí, y guay del que pretenda encadenar vuestra libertad, avasallaros ú ofenderos, que el conde de Lara en persona os defiende y escuda á todos en general y á cada uno en particular.

La muchedumbre oyó á su señor con respeto y recogimiento; pero al acabar éste, exhaló un grito unánime, con el cual expresó aquel noble pueblo todo el cariño que profesaba al Conde: á esta exclamación siguieron los vítores, el canto, las músicas y un entusiasmo delirante. Pedro recibía de aquellos hombres la verdadera recompensa que merecían, más que sus proezas y victorias, la ternura y amor con que ejercía su vasallaje sobre aquellas masas que tenían la afortunada obligación de obedecerle.

Después que escuchó algún tiempo á

los que llamaba sus hijos, se retiró del balcón y pasó en medio de sus caballeros y de los grandes y nobles de Osuna, hasta las diez de la noche que se fué á descansar, seguido de su leopardo.

—No te he visto comer, Alí—le dijo—y me ha extrañado que permanezcas tanto tiempo lejos de mí.

—Amo mío, el pueblo de Osuna te ama tanto como te respeta, y sentía no demostrar la satisfacción que le causa tu presencia por temor de incomodarte; pero les dije que era conveniente distraerte, y ya oyes las consecuencias. Hasta aquí tu alegría; ahora mis pesares: no puedo ocultarte nada, señor, es-



Después que contempló él la apañada masa...

—Señor—le contestó el negro, —te dejé bien acompañado y corrí en busca de alegría para ti y de penas para mí.

—¡Penas tú! ¿No basta mi condado para arrancártelas? Explicame eso, negro.

cucha: amo á una mujer de blanco cutis, pero de negro corazón; y la ingrata desdeña mis suspiros, porque se parece el color de mi rostro al interior de su pecho.

—Amas, ¿y me lo has callado? Mereces las penas que sufres, africano.

—No era todavía tiempo, pero va siéndolo ya de que olvide y de que te lo diga. Poco ó nada podrás conseguir, que yo no gusto de semblantes, sino de corazones, y el suyo es más rebelde que el infante D. Juan.

—¿Es alguna princesa?

—Pobre, amo mío, muy pobre; mas tiene blanca la piel y un pergamino que heredó de su padre, y eso le basta para despreciarme y querer á otro.

—¿Y quién es el otro?

—Era un hidalgo tan pobre como ella, más orgulloso aún, y el que pasó á mejor vida.

—¿Le mataste?

—No, lo deshice.

—¿En lucha igual?

—¡Imposible! ¡Cómo se había de batir conmigo un hidalgo! Le desafié, no admitió; lo insulté, me dió con la espada en el rostro, á pesar de verme indefenso, y tu leopardo clavó sus garras en el pecho del menguado, y... se murió.

—¿Estaba la ingrata delante?

—Estaba, señor, estaba.

—¿Qué dijo?

—Cuando volvió en sí de ese casual accidente, que con tanta facilidad hallan las hijas de Eva, dijo, que yo era muy valiente, pero tan negro que la asustaba.

—¿Te dignarías aceptarla por esposa?

—Tendríalo á dicha, y creo que sería feliz; ¡pero es imposible! ¡El negro sólo desprecio la inspira!

—¿Es honrada?

—Si no lo fuese, no podría yo quererla.

—¿Vive sola?

—No, en compañía de su tío, D. Lope Calatrava.

—Ese es vasallo mío.

—Sí.

—Pues su sobrina te amará.

—Si tú pudieses hacer ese milagro... aguarda, amo mío, á que regresemos al Saucejo, que antes eres tú y la causa que defiendes, que esa ingrata beldad.

—Bien, Alí; mas es preciso cuidar de su honra y de que no se enamore de otro. Di á Ricardo que venga inmediatamente.

—¿Qué piensas hacer, gran señor?

—Obedece y calla, africano.

Salió Alí, y en cumplimiento de la orden del Conde, volvió acompañado del jefe de la escolta de aquél.

—Espero vuestras órdenes—le dijo, entrando.

—Acercaos, D. Ricardo; voy á daros

una misión, de cuyo buen éxito me responde vuestra cabeza y la de todos aquellos que tomen parte en ella.

—La acepto gustoso, que me place servirlos con lealtad é interés.

—Gracias. Oid: que partan inmediatamente cuatro caballeros de mi escolta á la casa de D. Lope Calatrava, y que le digan, de orden de su señor, el conde de Lara, lo indispensable de que en el mismo instante los siga acompañado de su sobrina, á mi castillo del Saucejo. No opondrá resistencia; pero con ella ó sin ella, saldrán inmediatamente para el sitio indicado. Ya allí, que sirvan al tío todos mis criados, y á la sobrina las doncellas y esclavas de mi esposa; trato de príncipes, el castillo por cárcel, y todos los salones á su disposición. Las sirvientas que le hablen á ella de las proezas de Alí, de que el Rey le ha nombrado caballero, y de que yo pienso cederle el día que se case, el señorío que más le agrade de mis doscientos estados. A él pueden decirle mis mayordomos y gente de armas, que si su sobrina llegara á unirse con mi escudero, sería tan rico como anhelase, contando además con mi aprecio y amistad. Cuando regrese yo de la guerra, que la dama ame á Alí, y el tío solicite la unión de ambos. ¿Comprendisteis bien?

D. Ricardo miró al negro, sonrió con malicia, pero estrechó su mano, contestándole al Conde:

—Perfectamente. Conozco á la dama, es bella como pocas, y se casará con este valeroso y leal mancebo.

—¿En qué os fundáis, D. Ricardo?

—En que vos lo queréis y vuestra voluntad es omnipotente en la comarca de Osuna.

—Es preciso más; quiero que ella le ame.

—No hallo inconveniente alguno; es hermosa, pero este negro vale mucho más que ella.

—Es que la niña lo ignora.

—Serán tantos á demostrárselo, que al fin lo comprenderá.

—Veo que os habéis penetrado de la idea.

—¿Deseáis algo más?

—Partiremos á las ocho de la mañana; á las siete me daréis cuenta del resultado de esa comisión.

—Lo haré así. ¿Me permitís?

—Marchad y que el Cielo os guarde. Salió D. Ricardo, y acercándose Alí á su amo le besó la diestra, diciéndole:

—¡Cuánto te debo, señor; mi vida...!

—Desnúdame, reservado africano, y hablemos de tu señora.

—No, que te entristece demasiado.

—No importa.

—Vas á enlutar con tu pena mis esperanzas y alegrías presentes.

—Pues entonces, durmamos.

—Eso es mejor.

—Poco nos resta ya. Tomada Tarifa, iremos á Sevilla, nos despediremos de SS. AA., y si Dios me trae á doña Blanca seremos dichosos.

—Entretanto durmamos, señor; la Providencia protege tu causa y la vida de mi señora, no lo dudes.

Poco después fueron presa los dos de un tranquilo sueño. Sus párpados se cerraron mientras sus oídos dejaban de percibir las dulces melodías de las músicas y voces que todavía continuaron mucho tiempo festejando al famoso caudillo.

Después de la media noche todos se fueron retirando, las luces se apagaron y quedó la ciudad sumida en un profundo silencio.

Los montañeses y selvícolas acampados en las inmediaciones de la población pasaron la noche acompañados de sus esposas, hijos y demás parientes allegados.

A las seis se levantó el Conde, y cubierto con el traje de marcha pasó al comedor seguido de su negro; el semblante de éste demostraba una alegría desconocida en él. Por lo visto, sus esperanzas de la noche anterior, lejos de desvanecerse, habían aumentado considerablemente.

Una hora después se presentó D. Ricardo y dió cuenta al Conde de la misión que éste le encargó, diciéndole:

—Señor Conde, D. Lope Calatrava oyó de mis labios vuestra orden, y aun cuando demostraba sorpresa, inclinó la

frente y siguió, en unión de su sobrina, á la escolta de caballeros, que á ella en una litera y á él en uno de vuestros caballos, los condujeron al castillo. Al principio parecían resignados, mas al verse servidos con regia esplendidez y que eran obedecidos y considerados por doscientos dependientes de la fortaleza, fué brillando en sus semblantes una satisfacción, hija de vanidad mal disimulada. —¿No estamos presos?—se atrevió á preguntar D. Lope. —No—le contestó Macías;—el señor Conde desea que permanezcáis en este suntuoso castillo hasta que vuelva de la guerra y os entere de un asunto que os interesa mucho; ínterin llega ese día, recibiréis los mismos honores y consideración que los dueños de la fortaleza. —Gracias—contestó con orgullo;—el señor Conde nos favorece demasiado y su orden será obedecida por nosotros con gran placer.

Durmieron y quedan, en mi concepto, con más tranquilidad y alegría que lo estaban en su pobre vivienda.

—Muy bien, D. Ricardo; era cuanto yo anhelaba y lo que convenía á mi negro; ¿es eso, Alí?

—Amo mío, adoro á esa mujer; pero antes que ella y que yo serán siempre mi señora y tú; vuestra voluntad es la mía; si juzgáis que debo olvidarla, trataré de hacerlo; si creéis que podemos unirnos, iremos al altar; pero que impere siempre tu omnipotente voluntad en todo aquello que tenga relación con tu leal africano.

—Cuando regrese doña Blanca, te contestaré, mi buen leopardo; entretanto he aquí mi mano, estréchala.

—No, la beso; lo que se ama se respeta y venera.

Lara miró á Alí con la misma ternura que hubiera podido hacerlo con un hijo querido; luego le preguntó al jefe de su ejército:

—Don Ricardo, ¿y mis caballeros y montañeses?

—Dispuestos á partir.

—Que formen fuera de la ciudad, montad á caballo y esperadme en los patios, al frente de la escolta.

—Señor, todos vuestros amigos de

Osuna, en unión de sus caballeros, desean acompañaros al sitio de Tarifa.

—Pueden seguirnos. ¿Preparasteis todo lo necesario para el asalto?

—Nada falta.

—Pues que se unan á vos esos señores mientras pido su gracia al que todo lo puede. Allí, sígueme á la capilla.

Amo y escudero se dirigieron al sitio indicado, cayeron de rodillas y oraron. El rostro del Conde fué poco á poco cubriéndose de un subido carmín, extendió los brazos y asomaron á sus ojos las lágrimas. El invencible gigante se humillaba ante su Dios con un amor, respeto y veneración que sólo es dado sentir á los hombres de sus creencias religiosas, noble modo de proceder y tranquilidad de conciencia. Llamaba á Dios y el sublime Hacedor le tendía los brazos; le demostraba su cariño y el bondadoso Señor le mandaba su gracia; daba un paso en dirección de su divino padre y el incomparable Eterno corría á su encuentro; le pedía uno y le daba mil; imploraba en favor de su noble y virtuosa mujer y la Providencia velaba por ella, embelleciendo más su semblante, aumentando su cariño hacia el esposo y velando su irresistible genio de un modo pasmoso. Los separa la distancia, pero Dios está en medio de ambos, uniendo cada vez más sus corazones, sus almas, sus pensamientos. Si algunos instantes sufren, lo motiva el valle de dolor donde habitan; harto saben ellos y todo el que no perdió la razón, que la dicha estable, perenne, eterna, no reside en el mundo, se quedó en el Paraíso; allí la encontrarán los justos; mas los réprobos ni aquí ni allí.

El Conde terminó su oración, demostrando al levantarse una calma apacible, una satisfacción infinita. Dejó risueño la capilla, montó á caballo y por entre dos compactas filas de aquel pueblo que tanto le quería, salió de la ciudad, recibiendo la bendición de los ancianos, el aplauso de los jóvenes y la admiración de todos. Le seguían los individuos de su escolta, veinte grandes de Osuna y hasta doscientos caballeros que acompañaron á éstos.

Fuera de la población esperaban ya en disposición de partir los montañeses y selvícolas; al ver á Lara se separaron los padres, hijos y parientes de aquéllos por entre los cuales atravesó el caudillo consolando á los unos, ofreciendo á los otros, y siendo para con todas aquellas familias de sus vasallos un cariñoso protector. A la conclusión, le aguardaba el consejo de ancianos de la montaña; Pedro detuvo su caballo ante ellos, les saludó con respeto y les tendió su mano, la que besaron en vez de estrechar. Después exclamó el más caduco, con acento conmovido:

—Gran señor, Dios que escucha piadoso nuestras súplicas, te presta fortuna y te hace invencible. Estos míseros ancianos te aman más que á sus hijos, porque tú eres mejor que todos nosotros, te felicitan, deseando tu prosperidad antes que la suya. ¡Loado tú, señor, á quien tanto debemos! Ahí tienes á nuestros hijos y nietos, condúcelos a la victoria y por encima de ellos remóntate como el águila á la más grande altura. Los muertos van al Cielo, los heridos hallan en ti su padre; vence, poderoso caudillo y no temas por ellos, que todos te pertenecen, y su puesto lo tienen siguiéndote á la guerra.

Calló el octogenario; Lara le preguntó:

—¿Tenéis alguna queja, algún siniestro que participarme?

—No. Recibe nuestro amor, el respeto que te debemos, y parte.

—Gracias, nobles ancianos; en Tarifa hay un estandarte de Mahoma que voy á arrancar, poniendo en su puesto la cruz del Redentor. En cuanto concluya, me esconderé entre vosotros para no abandonaros jamás, que harto he peleado en el mundo.

—Corre, gigante de esta Era; tu poderosa diestra será allí lo que en todas partes. Catorce mil leones llevas; ve tranquilo que nadie detendrá tu paso.

—Cuidad vosotros de sus padres, mujeres é hijos; mis arcas tenéis abiertas, que nada les falte.

—¡Vida y gloria te conceda el cielo!—exclamaron todos.

—¡Paz y dicha á vosotros, mis justicieros jueces!

Y picando á su caballo partió el guerrero seguido de los grandes, caballeros, montañeses y selvícolas.

—¡A Ronda!—gritó.

—¡A Ronda!—le contestaron más de quince mil voces.

Y se confundieron con los árboles y los montes.

Los ancianos, mujeres y niños cayeron de rodillas, y alzando los brazos al cielo, exclamaron:

—¡El Dios de los ejércitos os acompañe, os guíe y defienda!

Y con las frentes levantadas, los ojos secos y el corazón tranquilo se encaminaron al monte, bendiciendo á Dios, elogiando al Conde y rogando por él más que por sus hijos, padres ó esposos.

Si los grandes de la tierra imitasen á Pedro de Lara, sólo existirían dos partidos, el de la gente honrada que se compone de los más, y el de los malvados que son los menos.

CAPITULO XXXIII

Ronda.—Tarifa en el siglo XIII.—El censo.—Sorpresa prevista.

El ejército de Lara continuó su marcha deteniéndose á cuatro leguas de Osuna para almorzar. Una hora más tarde volvieron á emprender la partida, anduvieron cerca de cinco leguas, dando vista por último á Ronda. Pronto debía comenzar á anoecer y el Conde mandó acampar á un cuarto de legua de la ciudad, concediendo á la tropa seis horas de descanso.

Ronda pertenecía aún al reino de Granada; era el punto más avanzado que en aquella parte próxima á la costa obedecía á Mahomad II, hermano del príncipe Muza; los pueblos que seguían hasta el mar, unos eran del rey de Castilla y otros del de Marruecos; el cual dominaba la costa apoyando su poder en Tarifa, corriéndose á los costados como dos brazos que intentaban extenderse hacia Africa, donde residía el apoyo que los sujetaba al yugo del monarca de Fez.

El conde de Lara mientras fijaban su tienda se adelantó deteniendo su caballo á mil varas de Ronda. Desde allí distinguió la pintoresca posición que ocupa esta reina de la serranía. Se halla construida en una roca cortada en dos partes, al parecer, por acciones volcánicas y abiertas á pico, lo que costaría un trabajo inmenso y una cantidad fabulosa. El Guadiaro rodea casi toda la ciudad, separándola de sus arrabales. Los jefes granadinos habían elevado magníficos alcázares, torres, castillos y palacios, y todo este conjunto que sobresale por entre las rocas, presenta una vista sorprendente, al viajero que, como Pedro de Lara, gusta de admirar la grande obra de la naturaleza embellecida por el arte. Ya los moros tenían construido uno de los dos puentes que atraviesan el río, el cual presenta un arco de ciento veinte pies de elevación, descansando sobre los dos lados de la roca. De la población al Guadiaro existe una escalera con cuatrocientos peldaños cortados en la roca, obra también de árabes, estando una de sus calles situada casi al borde del terrible precipicio que sirve de cauce al río; y como á dos leguas y media se ve la antigua Alcinopa—hoy Ronda la vieja—ciudad romana que aún conserva su anfiteatro.

Todo esto lo contemplaba Pedro con admiración, viniendo á distraerle en aquel momento un escuadrón de musulmanes que llegaron hasta él, le saludó el jefe, y acercándose á cuatro pasos, le preguntó en árabe:

—¿Cristiano, perteneces al ejército del famoso conde de Lara?

—Sí, moro; ¿qué quieres?

—Hablar con tan valeroso caballero.

—Di lo que quieras, que delante lo tienes.

El jefe mahometano se fijó en él, le hizo una respetuosa reverencia, añadiendo:

—Soy el alcaide de Ronda y vengo á ofrecerte mi palacio y la ciudad que mando. Tú y los tuyos encontraréis en ella calma, sosiego y cuanto necesitéis; que así lo quiere el hermano de mi Rey y así lo deseo yo también; que por estas

tierras se conoce tu nombre, se admira tu valor, y algo nos perteneces siendo el esposo de la sultana Zegrí.

—Gracias, gobernador, llego ante vosotros en paz y os tengo por amigos, que mucho estimo al príncipe Muza y más amo á la Zegrí, mi esposa. Holgárame poder aceptar tu ofrecimiento, pues sé que eres un cumplido caballero; pero habiendo de partir antes de la media noche sólo puedo tomar la mano que me alargues y la que estrecharé gustoso como prenda de unión y afecto.

—Aquí la tienes, cristiano; oprímela hasta incrustar en ella la honra que me estás haciendo. Diestra que nadie venció y siempre fué vencedora, quisiera tenerla constantemente asida á la mía.

—Gracias, noble granadino. La tribu á que perteneces fué la primera que nos enseñó cortesanía, y tú, su jefe por derecho propio, tienes la poderosa sangre de los reduanes.

—¿Por qué no aceptas algo del moro que tanto honraste?

—Parto á mi tienda, y en ella comeré contigo el ave, el pan y el agua que lleves. El jefe cristiano jamás abandona á sus vasallos; por eso no puedo seguirte al opulento alcázar que me ofreces.

—Cenaremos juntos, Conde amigo; las viandas serán de Ronda, y si el caudillo prueba mi pan no podrán desairarlo sus soldados. Parte y que no enciendan lumbre los tuyos, que ha tiempo les tengo preparada la cena.

—¿Me aguardabas?

—Hace dos días.

—¿Te lo anunció Muza?

—Sí.

—Vuelve á estrechar mi mano.

—Hasta luego.

—Hasta después.

Lara marchó al campamento, entró en su tienda y dispuso que nadie comiese otra cosa que aquello que les ofreciera el gobernador de Ronda.

Una hora después corrían cuatro mil moros hacia el sitio donde estaban los montañeses; unos llevaban hachas encendidas y los restantes la comida suficiente para todo el ejército del Conde, el cual comenzó á ser servido por los

misimos musulmanes. Media hora más tarde llegó el jefe Reduan acompañado de un brillante séquito; Lara le esperaba de pie; la mesa estaba puesta en medio de la tienda con dos sillones uno enfrente de otro. Ambos se sentaron, varios músicos árabes comenzaron á tocar instrumentos armoniosos y acto continuo le sirvieron una abundante y espléndida cena, que duró hasta más de las diez de la noche.

Moro y cristiano se despidieron con las siguientes significativas frases:

—Conde—exclamó el primero—vas á Tarifa y tuya será; que nadie pudo contener hasta ahora el arrogante paso del que la va á sitiar. Si algún día pretendes tambien apoderarte de Ronda, ruégote me lo digas antes, para arrojarme al precipicio que gime á sus plantas.

—Reduán — le contestó Pedro — en cuanto Tarifa sea de mi rey romperé mi espada y mi lanza, que harto he peleado en este mundo.

—Entonces moriré tranquilo, que no sitiando tú á Ronda, nadie podrá arrancármela.

—Pues si alguna vez te la quitasen no será el conde de Lara.

—¿Y quién otro podrá hacerlo?

—Vive en ella feliz.

—Alá te guarde y te haga dichoso.

—He aquí mi mano.

—Eso anhelaba la mía.

El moro montó á caballo y partió seguido de su numerosa comitiva. En el mismo instante entraron en la tienda de Pedro cuatro pajes de Reduán, y dejando una bandeja de oro sobre la mesa, le dijeron:

—Mi amo te ruega aceptes este humilde presente.

Lara quitó el terciopelo que cubría el regalo, y halló una corona de conde salpicada de finísimas piedras.

—Rica dádiva me ofrece vuestro señor; decidle que un soldado no puede corresponder á su esplendor, hallándose en medio del campo; mas le daréis esta espada, añadiendo, que se tiñó en sangre cien veces y na le pudo vencer al que la empuñaba.

Y se quitó la que llevaba coñida, en-



—Mas le daréis esta espada.

tregándose la á los pajes que la tomaron, inclinaron las frentes y salieron. El Temerario pidió otra, mandó guardar el rico presente é inmediatamente levantó el campo y partieron; distaban diez y seis leguas de Tarifa y se encaminaron á dicha ciudad con ánimo de dormir frente á ella á la siguiente noche. Eran las doce en punto cuando dejaron el campo de Ronda.

Según se iba acercando al término de su jornada el famoso caudillo parecía ensancharse su espíritu, cobrar ánimo y gozoso continuar hacia el postrer asalto que debía dar en el resto de su vida. No obstante lo cual, miraba de vez en cuando á Oriente, suspiraba, demostrando hallarse poseído de un temor, cuya causa se comprendía fácilmente. A pesar de lo distante que aún se hallaba de la costa, creía percibir el rugido de las olas, impelidas por fuertes aquilones, y temblaba; después corría su vista y le parecía distinguir la mar en tranquila calma al confundirse la tierra con el espacio allá en lontananza, y su corazón latía con júbilo.

Deeste modo fué atravesando campos y montes, dejando atrás á Atajate, á Gaucén y llegando por último al campo de Algeciras al ponerse el Sol del día siguiente.

Dos horas después se presentó al Conde un caballero zegrí, de los que seguían al de la cruz roja, y le dijo:

—Señor Conde, mi jefe y el príncipe Muza, me encargan te participe que no te molestes en elegir posiciones para situar tu campo y rodear la ciudad; ellos lo han hecho ya, y si me permites acompañarte te enteraré sobre el terreno de la acertada posición que te han designado.

—Con mucho gusto, valeroso musulmán, ponte á mi derecha y en llegando dispón lo conveniente con arreglo á las instrucciones que traigas. ¿Han visto á los tuyos los marroquíes de Tarifa?

—No; solos mi jefe y Muza estudiaron los alrededores mientras nosotros permanecemos lejos de la población que vas á sitiar, cuidadosamente ocultos á las miradas de sus habitantes.

No tardaron mucho en arribar al sitio marcado, y sin perder un instante, montañeses y selvícolas rodearon á Tarifa; con sólo la excepción de la parte occidental, que poco después ocuparon los zegríes y acompañamiento del incógnito. Durante la noche y al resplandor de la Luna, formaron castellanos y granadinos su campamento, estableciendo entre ellos y la plaza, trincheras, parapetos y cuantas defensas se conocían en aquella época para tales casos. Los árabes de Muza, después que concluyeron la parte que ellos ocupaban, ayudaron á los del Conde, quedando en aquella noche y parte de la madrugada terminado el cerco.

Los marroquíes comprendieron bien pronto la causa que motivaba aquella reunión de sus nocturnos huéspedes; y enarbolando bandera blanca, intentaron varias veces pedir explicaciones sobre tan repentina llegada; mas eran detenidos por las avanzadas de los sitiadores sin recibir otra contestación que la de «pronto sabréis lo que venimos á hacer y lo que queremos: atrás ó moriréis todos.»

A la siguiente mañana pudieron distinguir los habitantes de Tarifa el cercano, estrecho y formidable sitio que rodeaba la ciudad.

Digamos cuatro palabras sobre la posición topográfica y lo que era entonces tan célebre plaza. Su fundación se remonta á los más remotos tiempos y aun cuando no se puede asegurar la fecha ni quiénes la construyeron, es indudable que fué uno de los primitivos puertos de España. En su origen se llamó Tarteso y en ella hacían el comercio los fenicios. Está situada á los 36° 1' y 10'' latitud N. y los 1° 52' 44'' longitud O., en la parte más meridional de Europa, en el Estrecho y á cinco leguas de Gibraltar. Tiene tres órdenes de muros, siendo el más formidable el que antes de sitiarla Pedro construyeron los hijos de Fez, los que levantaron su famoso castillo, obra maestra en su género. Las calles son estrechas y tortuosas, pero contienen palacios, alcázares y muchos fuertes que le dan un aspecto verdade-



ramente inexpugnable. Los romanos la enriquecieron ya con murallas y fortalezas que aumentaron los marroquíes; pues era, según hemos dicho, el punto de reunión ó cuartel general, desde el que extendía el rey de Fez su conquista en la península ibérica, sirviendo además de amparo y resguardo á las erupciones salvajes de Africa, del Riff y de Marruecos. Por eso Jacob la había fortalecido admirablemente conservando siempre en ella una numerosa guarnición, compuesta ahora de dos mil jinetes y más de cuatro mil infantes; siendo gobernador perenne su propio hermano, el príncipe Hizcán, y por eso pretendía quitársela su valiente enemigo, el conde de Lara.

Toda la guarnición y sus diez mil habitantes miraban en este momento el terrible golpe de vista que presentaba el campo sitiador: zanjás, trincheras, tiendas de campaña, briosos jinetes y aguerridos montañeses, selvícolas, zegríes y caballeros cristianos miraban en torno, luciendo en todas partes la cruz del Redentor sostenida por el castillo y león y el escudo de Lara. Orden, concierto, disciplina y desmedida arrogancia veían también los encerrados marroquíes en sus fieros sitiadores.

A las diez en punto de la mañana se oyeron las trompetas, clarines y atambores del campamento, é inmediatamente se dirigió un guerrero desde la tienda del Temerario á la plaza, llevando en la mano derecha una bandera blanca, señal inequívoca de parlamentario, y en la izquierda un pergamino cerrado, sellado con las armas de Lara.

El enviado llegó á una de las tres puertas que tenía la ciudad, pidiendo en nombre de su jefe le dejasen entrar.

—¿Qué pretendes?—le preguntó un jefe marroquí.

—Quiero entregar al gobernador de la plaza este pergamino.

—¿Quién te envía?

—El muy poderoso señor conde de Lara.

—Aguarda mientras doy cuenta de tu venida.

Un cuarto de hora después le abrieron

la puerta, vendaron los ojos, llevándolo al palacio del gobernador.

El parlamentario que mandaba el caudillo castellano era D. Bernardo Macías, formaba parte de su escolta y lo consideraba como á uno de sus más valientes y aguerridos caballeros. Ya en la morada del jefe marroquí le quitaron el pañuelo con que le estorbaban mirar, dejándolo en un salón grande, contiguo á la cámara principal del príncipe, sin decirle otra cosa que,

—Espera, cristiano.

Macías se alzó la celada de su casco, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su formidable espada, arrojó la bandera blanca, y cogiendo con la diestra el pergamino sellado, comenzó á pasear por aquella estancia sin dar señales de impaciencia, pero con algo de altanería. De vez en cuando miraba la cruz, el castillo y león y el escudo de Lara que llevaba en el pecho y sonreía con orgullo, suponiendo que aquellos distintivos y su valor le abrirían paso por todas partes.

De este modo esperó otro cuarto de hora que tardó en abrirse la puerta que daba paso á la mencionada cámara, y un moro le dijo:

—Entra, cristiano, el Príncipe te espera.

El guerrero penetró con la frente erguida, miró á los costados, viendo á la derecha, reclinado entre cojines, á un musulmán alto, de mirada torva y penetrante, moreno, barba larga y tan negra como el azabache. Estaba rodeado de los seis principales jefes de Tarifa, los cuales permanecían en pie, con los brazos cruzados y la vista fija en el recién venido. El primero era Hizcán, hermano del rey de Fez, el que, intentando profundizar los pensamientos del embajador del Temerario, le preguntó con voz ronca y destemplada:

—¿Vienes de parte del conde de Lara?

—Sí—le contestó D. Bernardo.

—¿Qué desea tu señor?

—Me encarga te entregue ese pergamino.

Y le alargó el que llevaba en su diestra. El moro lo cogió, y dándoselo á uno

de los seis que tenía en torno, le dijo:

—Abul-Giaffar, tú, el más noble del imperio, rompe ese sello y lee fuerte, que todos debéis oír lo que dice el escrito.

Giaffar obedeció al Príncipe y leyó:

«El conde de Lara, alférez mayor y justicia de Castilla y de León á Hizcán-el-Fahri.

»Príncipe: Tarifa es de D. Sancho IV; fué usurpada por tus mayores á los de mi rey, y vengo por ella. Recordando la iniquidad cometida por Jacob, tu hermano, al saber que me hallaba en sus estados, no tendré con vosotros más consideración que la imprescindible á un caballero: no intento vengarme, quiero sólo que su maldad reciba de mi mano el segundo castigo; que harto debió conocerme en Córdoba, y mal demostró en el Riff haberme comprendido. Te concedo cuarenta y ocho horas para que salgáis de la plaza, en cuyo instante, ó antes si me dais motivo que lo justifique, entraré en ella y mandaré pasar á cuchillo á cuantos halle con armas en la mano. —LARA.»

Giaffar le devolvió el pergamino, haciéndole una reverencia, quedando los seis con los brazos cruzados, la vista baja y en su anterior inmovilidad.

Hizeán arrojó á un lado el escrito, se cubrió el rostro con las manos, meditando largo rato; luego alzó su contraída frente, miró á Macías y le preguntó:

—¿Eres un simple enviado ó un embajador?

—Lo último.

—¿Puedes entrar en explicaciones?

—Sí.

—No pretendo alegar otro derecho sobre Tarifa, que aquél que da la no interrumpida posesión de años y años; ni tu señor viene á disputármela en el terreno de la discusión: tomé un pretexto que juzga razonable, pero su más ó menos derecho lo funda en el valor de sus soldados y en la suerte de las armas, y este punto, á mi entender, es sobre el que podemos tratar. El Conde penetró en las tierras de mi hermano sin previo anuncio ni permiso; llegó como conquistador, y una vez posesionado de los alre-

dedores de Tarifa, sólo vencién-dole podré echarlo de aquí. Sé que es muy valiente, le acompañan los mejores soldados de Castilla, y yo tengo á mis órdenes en esta ciudad gente elegida por el rey de Fez; todo lo cual será motivo de una encarnizada lucha que quisiera evitar, ó mejor dicho, que deseo suspender hasta tanto que reciba una orden terminante de mi hermano, bien para entregar la plaza, ó bien para defenderla. En breve mandaré emisarios, y estoy seguro que Jacob se apresurará á contestarme: decid al Conde que suspenda las hostilidades interin resuelve mi rey.

—Príncipe—le replicó Macías,—aun cuando con esa tregua te propusieras introducir refuerzos, no por eso dejaría el caudillo castellano de arrancarte la ciudad; que en la guerra no vence el mayor número, sino los más valientes; pero hay otra dificultad más grave, y es, que mi jefe trae mucha prisa, y es indispensable que concluyamos esta jornada pasado mañana.

—Imposible, cristiano; por mal que se defiendan los míos, y sucederá lo contrario, si Alá no nos abandona, no es dable á ningún hombre asaltar y tomar esta plaza en el tiempo que os proponéis.

—Siento que estés en ese error; no tardaremos en demostrarte lo contrario.

Me duele la mucha sangre que va á correr por una nueva temeridad del osado castellano.

—Tendremos paciencia, Príncipe; antes de venir, sabíamos que defenderíais la plaza, y que sería indispensable para quitáros-la regar sus calles con sangre marroquí.

—¿Son de bronce vuestros soldados?

—Como hijos de las rocas son tan fuertes como ellas.

—Mal conocéis, no obstante, lo que puede el hombre que encerrado en su castillo defiende su propia casa.

—En Córdoba le probamos á tu hermano que lo sabíamos.

—En Tarifa os voy á demostrar que lo ignoráis; pero á ser posible, quisiera evitaros tanto daño como os vamos á hacer.

—Me consta que ni un solo instante más te concederá el conde de Lara.

—Deduzco, que su renombre de generoso é hidalgo no guarda relación con sus hechos.

—Hizcán, el peor de los vasallos del Conde vale más por sus honrosas acciones que el malvado perseguidor de unos peregrinos que atravesaron el Africa en paz para ir en dirección de la Meca.

—¿A quién te refieres, castellano?

—El pacífico caminante acosado por asesinos, se llamaba Pedro de Lara, el inicuo jefe de sus perseguidores, Jacob, rey de Marruecos.

—Merecías que te mandase arrancar la lengua, para que no volvieras á referirselo á otro.

—Con los siete que estáis presentes no lo conseguirías.

—Lo ejecutarían cien esclavos, y si no bastaban, mil

—¿Y qué te costaría la acción? ¿Comprendes tú lo que puede, lo que vale el poderoso castellano á quien represento aquí?

El Príncipe nada le contestó; inclinó nuevamente la cabeza, se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo así hasta tanto que tornó á alzarla, y le dijo:

—Del mismo modo que has venido marcha á tu campo; di á tu temerario jefe, que piense en la tregua que le pido, y si no le asustan las consecuencias de no concedérmela, que haga lo que quiera. Si no vuelves antes de las dos de la tarde, daré por hecho que persiste en asaltar á Tarifa pasado mañana á esta hora.

—Si antes no le dais motivo para adelantar ese acontecimiento.

—Que Alá te guarde.

—Gracias, mōro.

Salió Macías, se dejó vendar nuevamente los ojos, y sin impedimento alguno llegó á la tienda del Conde, y le dijo:

—Gran señor, Hizcán os pide la tregua suficiente para traer refuerzos de Marruecos y hacer intomable la plaza que defiende.

—¿Qué le habéis contestado?

—Que no pensabais concederle un instante más de las cuarenta y ocho horas.

—Bien dicho.

—Al salir de la ciudad noté gran movimiento...

—Macías, un parlamentario no ve, oye ni escucha. ¿Qué más hablasteis con el Príncipe?

—Me vi obligado á recordarle lo que Jacob hizo con vos en Africa, pues pretendía que erais poco generoso al negarle la citada tregua; creyó insultantes mis frases y me amenazó con mandarme sacar la lengua; á lo que le contesté, que con los siete moros que estaban presentes no tenía bastantes para conseguirlo.

—Que lo hubiera hecho; que él ó los suyos tocasen el acero de vuestra armadura, ¡y por María y la Cruz...! Macías, enterad al príncipe Muza y al caballero de la cruz roja del resultado de vuestra embajada y que estén prevenidas sus huestes; es muy de temer que los dos mil jinetes marroquíes intenten alguna salida.

Partió el parlamentario mientras el Conde decía á Alí:

—Negro, que ensillen nuestros caballos mientras comemos y que esperen montados los individuos de mi escolta.

—¿Tan pronto te sientas á la mesa, señor?

—Sí; que estamos cerca del enemigo y debo velar por la suerte de mis valientes hijos.

El africano obedeció y media hora después comía el conde de Lara acompañado únicamente de Alí, el cual, como de costumbre, retiraba los platos de su amo, alimentándose con las viandas que éste le dejaba de propio intento.

Una hora después cubiertos ambos con pesadas armaduras, montaron á caballo y al frente de doscientos caballos comenzaron á recorrer los puntos avanzados del campamento.

Otra vez volvió á lucir el águila de oro que ostentaba el Conde sobre su terrible casco de guerra, llevando asida en su pico la pluma negra que ya conocemos. Aquella enseña de muerte y de exterminio ondulaba nuevamente sobre

la cabeza del invencible gigante que tantas glorias otorgaba á su querida patria, que tantas penas le proporcionaban por la separación de su encantadora mujer, á que se hallaba condenado.

Al llegar á cada uno de los mencionados puntos avanzados, repetía á los individuos que encontraba:

—Hijos, es probable que el enemigo salga; no distraeros un momento y en cuanto notéis que se abre una puerta de la plaza, retiraos á las trincheras y dejadlos que lleguen allí, que vuestros hermanos los aguardan dispuestos á la pelea.

Cuando hubo terminado el reconocimiento se encaminó á la parte occidental del campamento, defendida por los zegríes y restantes tribus que obedecían al caballero de la cruz roja y al príncipe Muza. Estos habían recibido ya la noticia que á nombre de Lara les dió Macías, pues se hallaban dispuestos para entrar en combate; al ver al Conde se adelantó el Príncipe y le dijo:

—Tu escudero me dió el honroso encargo de que velasen los míos por tu incomparable esposa y te la trajesen lo antes posible; acepté con gusto la misión y no dudes, Conde amigo, que quedarás satisfecho de los zegríes y de mí.

—Gracias, noble musulmán; estoy persuadido que cumplirás con sobrada lealtad é interés el encargo; mas temo á los huracanes que acaso destruyan las débiles tablas que van á surcar ese terrible océano que tenemos delante.

—La hurí es un ángel, y Alá misericordioso; abriguemos confianza en él. He reconocido hasta donde me ha sido posible la plaza que hemos sitiado y noto que los de Fez han aumentado considerablemente el número de fortificaciones.

—Es verdad, pero esto no será una razón para que dejemos de dormir en ella pasado mañana.

—Preveo que nos va á costar mucha gente.

—No lo creas, Príncipe, sus defensores se baten con la ferocidad del tigre, pero desconocen completamente el arte de la guerra.

—Me consta que á los seis mil soldados que custodian sus muros están uniéndose cuatro mil rifeños vecinos de Tarifa.

—Si fuesen cuarenta mil tardaríamos menos en vencerlos. Resistiendo su primer empuje y obligándoles á besar la tierra, corren en seguida sin que haya nada capaz de detener la huída. Cuantos más sean mejor se atropellarán y más pavor infundirán los medrosos en el corazón de los valientes.

—No soy cobarde, que así lo has declarado tú, pero admiro el indomable valor de mi estimado amigo, de ti á quien nada asusta, ni pudo vencer alguno.

—Gracias, tu cariño hacia mí te inspira ahora. ¿Qué dice el caballero de la cruz roja?

—Lo mismo exactamente que tú; parece que os habéis puesto de acuerdo.

—Me alegro.

—También he notado gran movimiento entre los habitantes de la ciudad.

—Infiero, como te habrá dicho Macías, que intentan alguna salida.

—Creo lo mismo, y hasta preveo que podrá sernos muy útil.

Los dos amigos acordaron lo conveniente para en el caso de recibir algún brusco ataque por parte de los marroquíes, separándose luego con la misma tierna solicitud que tenían de costumbre.

Lara dió nuevas órdenes á los suyos, situándose luego en el centro y punto más avanzado de su campamento, con el objeto de resistir la embestida si venía de frente, ó dirigirse al costado donde intentasen caer los sitiados. De este modo esperó tranquilo, aguardando sus caballeros, montañeses y selvícolas al enemigo para recibirlo con la bravura que cien veces habían demostrado en el campo de batalla.

Con la misma indiferencia que vieron en otras ocasiones á sus más formidables contrarios, miraban ahora aquellas tres hileras de muros, el famoso castillo que se alzaba en Tarifa, sus muchas torres, fuertes y parapetos y toda aquella defensa, por último, que hubiera im-

questo á otros que no fuesen los siempre vencedores vasallos del poderoso Conde, que los llevaba de victoria en victoria sin hallar nunca valla capaz de detener su arrogante paso.

En tal estado y sin ocurrir incidente alguno iba concluyendo la tarde.

Serían poco más de las seis; el Sol se inclinaba ya á su ocaso; reinaba un Norte, flojo, fresco y agradable, y la mar parecía un dilatado estanque sin otro movimiento que el producido en su superficie por la juguetona brisa al besar las diminutas ondas que ella rizaba.

Lara á pesar del silencio y tranquilidad que al parecer existían en Tarifa, permanecía en el centro de su línea y en el punto más avanzado, á caballo preparada su lanza, fijo en la ciudad que tenía delante. A su lado estaba Alí y detrás los individuos de su escolta y los grandes y caballeros de Osuna; ninguno hablaba, pero todos presentían y aguardaban un gran acontecimiento.

Lo mismo exactamente sucedía en el terreno que ocupaba y defendía el caballero de la cruz roja; al lado éste del príncipe Muza, teniendo detrás á su viejo y valiente escudero, miraba á la plaza con el mismo interés que Lara, cubierto siempre su rostro sin dirigir la palabra á ninguno.

Los restantes caballeros, moros y cristianos, los selvícolas y los montañeses, detrás todos de las trincheras y parapetos sin poder ser vistos ni oídos por los sitiados, esperaban empuñando el arma lo mismo que sus respectivos jefes.

La ciudad tenía tres únicas puertas, una al Norte, otra á Levante y la última á Poniente.

El Conde se hallaba frente á la del medio, cuando vió abrirse ésta y salir un enjambre inmenso de moros á pie y en dirección de donde él estaba; pero no se movió ni en su campamento se pudo notar señal alguna de alarma á pesar de continuar los marroquíes corriendo silenciosos hacia aquella parte.

Un segundo después se abrió la puerta que daba á Occidente y escaparon por ella otros tantos infantes avanzando ha-

cía el campo del caballero de la cruz roja y de Muza.

Pedro los vió también y notó que en cuanto salieron se cerraron las puertas de la plaza. Entonces se volvió, exclamando:

—Macías, poneos al frente de mis montañeses y selvícolas del centro y si esos marroquíes se atreven á atacaros dar fin de todos. Vos, D. Ricardo, partid al momento con la caballería hacia Levante, No perded un instante.

—Señor—se atrevió á replicar éste—en esa dirección no hay enemigos.

—Marchad inmediatamente, insensato, ¿no adivináis que el ataque principal debe ser por ese lado? Antes de poco caerán sobre vos dos mil caballos más veloces que el viento.

—Ahora lo comprendo. ¡Ay de ellos si llegan á la línea!

Macías y D. Ricardo picaron á sus potros y desaparecieron en el mismo instante.

El Temerario hizo marchar á diez de sus caballeros, los cuales corrieron á diferentes puntos del campamento con nuevas órdenes subordinadas al cálculo del entendido general en jefe. Luego se separó, encaminándose á Levante, pero sin dejar de mirar las dos masas de marroquíes, las que continuaban en dirección de su campo, más no tan deprisa como al salir de la plaza.

Cuando el Conde estuvo en sitio desde donde podía ver la puerta de Tarifa que daba á Levante, detuvo su carrera, diciéndole al negro:

—Alí, fíjate en la salida de la ciudad que da paso á Oriente. ¿La ves?

—Sí, señor.

—Pues no dejes de mirar, avisándome en el momento que distingas enemigos por esa parte de la plaza. Vosotros todos —añadió, dirigiéndose á los individuos de su escolta,—aguardad, sin moveos, pero dispuestos á seguirme á la primera señal.

El Conde se hallaba en este momento sobre una pequeña eminencia, desde la cual dominaba la parte Norte y Occidente de su campamento. Observando ahora la acometida de las dos falanges con-

trarias, que acababan de salir de la plaza, las vió llegar no tan deprisa como al principio, y atacar, la una á sus montañeses y la otra al atrincheramiento de Muza. El combate comenzó lánguido, mas de pronto distinguió mil jinetes granadinos, que salieron por un lado de su parapeto, con la rapidez de una exhalación, cortaron la retirada á los marroquíes, y cogiéndolos en medio, les cargaron de un modo terrible. Poco después notó que dos masas de montañeses, dejando atrás sus trincheras, atacaron los dos flancos de los enemigos.

—Bien—exclamó,— pronto sucumbirán esos desgraciados rifeños.

Apenas acababa de expresar su última frase, gritó Alí:

—Señor, caballería marroquí se dirige á Levante del campamento.

—Estaba seguro de que así sucedería—añadió el poderoso caudillo poniéndose al frente de la escolta.—Conozco los ardides de esos hombres, y desde luego comprendí que con sus dos primeras salidas pretendían sólo que reconcentráramos nuestras fuerzas en Norte y Poniente, para caer de improviso sobre Oriente, aturdirnos y acaso vencernos. ¡Insensitos, cara van á pagar su torpeza! Vedlos, amigos míos, han salido los dos mil jinetes, y la velocidad de su carrera, demuestran bien claramente que llevan la idea de sorprender á mis hijos. D. Ricardo les probará su error.

Lara tenía razón, el gobernador de Tarifa trató de distraer la atención de los sitiadores con su infantería, pensando luego penetrar de improviso con la caballería, envolviendo de este modo á su valeroso enemigo. Los jinetes de que disponían, eran todos ligeros, hábiles como hijos del Riff, y no dudaba de su bravura y de conseguir, si no vencer á Lara, debilitar al menos su fuerza moral. Veamos si lo pudo lograr.

Los atrevidos rifeños saltaron zanjás, parapetos y trincheras, y lanza en ristre intentaron acometer á sobrecoigidos peones; mas se hallaron con mil caballeros que, cubiertos de hierro ellos y sus caballos, les aguardaban con fría tranquilidad. Tal sorpresa no fué moti-

vo, sin embargo, para hacerles retroceder; cargaron, pues, sobre su enemigo, mientras que mil montañeses y otros tantos selvícolas les cerraban el paso, atacando á la vez sus costados y retaguardia.

Los que creyeron sorprender cayeron en un lazo tan hábil como terrible para ellos. En tanto que los caballeros del Conde destruían y aniquilaban á indefensos enemigos, los fieros montañeses y selvícolas forrados de baqueta, saltando como ligeras panteras, cogían por la espalda á los jinetes rifeños, los mataban, y posesionados de sus caballos, continuaban luchando de un modo que aturdió á aquéllos, los hizo retroceder y obligó á presentarse en la más espantosa huida; pero al buscar su salvación en la ligereza de sus caballos, se encontraron con Pedro de Lara, que seguido de Alí, de los individuos de su escolta y de los grandes y caballeros de Osuna, les cerró el paso, dando principio á un nuevo ataque mucho más sangriento que el que acababan de sufrir.

En los dos costados de la línea se hallaba cortado el enemigo y sufría en este momento las terribles consecuencias de su impremeditada embestida. La salida que habían verificado fué valiente y atrevida, era además muy propia de los enemigos de Lara y de la época; pero no contaron con que el caudillo castellano, no sólo era valiente hasta la temeridad, si que también muy práctico y experimentado en asuntos de guerra; pues desde que tuvo uso de razón hasta entonces no hizo otra cosa que dar y aceptar batallas.

El príncipe Hizcán determinó aquel ataque sin una confianza absoluta en el éxito, mas le quedaba la plaza y una parte de su guarnición, caso de frustrarse la intenciona, con más los refuerzos que esperaba, si bien no pudo imaginar nunca el destrozo que en estos instantes hacían los feroces caballeros, montañeses y selvícolas de Lara sobre sus sorprendidas, aturdidadas y aniquiladas huestes.

Así era efectivamente; mientras el famoso Conde disponía que sus vasallos cortasen al enemigo le obedecieron ad-

mirablemente; pero en el instante que ordenó se contrajesen á hacer prisioneros no le escucharon bien, toda vez que era suficiente no haber arrojado el arma para que la lanza del caballero, la maza del montañés ó el hacha del selvícola destrozase su pecho ó rompiese su cráneo.

Pronto se llenó el campo de cadáveres, de heridos, miembros mutilados, caballos deshechos, corriendo la sangre marroquí desde las trincheras de Pedro hasta las murallas de Tarifa, aturdiendo el espacio los lastimeros ayes de mil víctimas que, pidiendo unas la muerte y otras la compasión del vencedor, herían el corazón más duro.

Los dos mil jinetes que asaltaron la parte Levante del campamento, sucumbieron en su mayoría, siendo indudable que escasamente llegarían á quinientos los que consiguieron regresar á Tarifa, dejando tendidos en el campo á sus generales Abul-Giaffar, Almar-ben-Mohamet y á Cacim, y prisioneros, muertos ó heridos los restantes. Creyeron sorprender y atacar la parte más débil de la línea enemiga y tuvieron la desgracia de ser rodeados por cerca de dos mil caballos y cuatro mil, entre montañeses y selvícolas; el destrozo hecho en ellos fué terrible, pues sólo conservarían la vida unos trescientos de los que no huyeron.]

Cuando el general castellano comprendió que no hacía falta en la parte oriental de su campamento, corrió seguido de su Estado Mayor y grandes de Osuna, al centro de aquél, hallándolo también cubierto de cadáveres y heridos. Pronto le salió al encuentro el caballero Macías, jefe de aquella parte del campo, el cual le dijo:

—Gran señor, hemos hecho trescientos prisioneros y tendido quinientos; nos atacaron pocos más de mil.

—¿Sebatían bien?—preguntó el Conde.

—Muy mal, señor; no llegan los nuestros á veinte heridos y ni un solo muerto. Creo, efectivamente, que sólo se proponían llamar la atención por este lado, y por lo mismo traté de cortarlos y que pagasen caro su ardid.

—Por María y la Cruz que lo habéis hecho bien, Macías.

Lara se despidió de su caballero y continuó hasta llegar al campamento del caballero de la cruz roja. Los marroquíes que atacaron por esta parte sufrieron peor suerte que sus compañeros, siendo así que el que no murió tuvo que rendirse y dejarse aprisionar. El incógnito se propuso que no escapase uno solo, los encerró en estrecho círculo de hierro y consiguió su intento. El príncipe Muza salió también al encuentro del Temerario, diciéndole:

—Conde amigo, hemos mandado varios emisarios á vuestras dos líneas, mas todos nos dijeron que no necesitabais de nuestra ayuda para aniquilar á ese torpe enemigo.

—Así es la verdad, querido Príncipe. ¿Qué os aconteció á vosotros?

—Llegaron mil valientes, y no escapó uno solo. Mi compañero el de la cruz tuvo ese empeño, y lo consiguió, como siempre que algo desea.

—¿Y no volvió ninguno?

—No. Hasta el célebre Muceit, que los mandaba, tengo ya aprisionado cerca de mi tienda.

—¿Luego tampoco necesitasteis de nosotros?

—No, según has visto.

—Pasado mañana asaltaremos la plaza, terminando en ese día el sitio.

Muza meditó breves instantes, contestándole después:

—Puede que haya necesidad de batirlos antes.

—Motivo nos han dado ya; mas creo conveniente concederles las cuarenta y ocho horas ofrecidas.

—Acaso varíes de opinión, noble amigo. Puede que mañana te haga una visita, y entonces, si tengo los datos que espero, arreglaremos el plan para el asalto ó para la sorpresa.

—¡Para la sorpresa...! ¿Qué intentas, Príncipe?

—Hoy nada; mañana... Hablaremos.

—Reservado estás con quien tanto te quiere.

—Con quien sólo me paga el cariño que le tengo. Tú eres cristiano, y tan

noble que no conoces á los marroquíes; yo profeso la ley de Mahoma, soy moro como ellos, los he tratado mucho y debo velar por ti y por la suerte de tu causa. Conde amigo, ni puedo ni debo decirte más.

—Nada te exijo, que el dudar de tu afecto sería una torpe ingratitud indigna de ti y de mí. He aquí mi mano.

—Toma la de tu mejor amigo, la de un hermano que te ha jurado amistad eterna.

—Pero que vive en compañía de otro.

—¡Del caballero de la cruz roja! A ese le amo menos, le respeto más y le obedezco como á César, que ciñe su frente la corona del genio que Alá pone sobre la cabeza de su hijo predilecto. ¿Tienes celos...?

—No, amigo mío; cuando lo prefieres á mí, causa suficiente te obligará á ello.

—Dijiste la verdad, cristiano; causa leal, santa, me tiene á su lado.

—Cuida mucho de él, que lo merece.

—Tanto como de mi propia honra, que aun cuando él sabe guardarse, no está demás á su lado mi acero, el cual, exceptuando al conde de Lara, clavaría en el pecho del osado que le mirase mal sin reparar en su clase ni condición.

—¿Y por qué esa excepción en favor mío, viviendo tus hermanos y otros amigos...?

—Pronto te contestaré; él me espera y manda en mí.

—Que el Cielo te guarde, Príncipe.

—Que Alá no te abandone, Conde.

Muza desapareció; Lara se dirigió á su tienda, mandó un parlamentario á Hizcán para que retirase los heridos y muertos marroquíes que tenía en su campo, dictó algunas órdenes, que eran obedecidas inmediatamente, y cayendo sobre un mullido sillón descansó de las fatigas de la tarde.

CAPÍTULO XXXIV

Un parlamentario marroquí.—Tregua.—Muza.—Los asesinos.—Sorpresa.—Batalla y toma de Tarifa.

El conde de Lara cenó tranquilamente, y ya se disponía á buscar el lecho, cuando le dijo Alí:

—Señor, he creído percibir sonido de trompetas, y á esta hora...

—Escucha, negro, escucha, que tu oído es tan fino como tu piel.

—Sí, en los puntos avanzados avisan.

—Bien, esperemos, que ya nos dirán lo que ocurre.

En este instante se oyeron los clarines, y después la carrera de varios caballos.

—Se alarma el campamento, señor.

—No te importe, Alí; está tranquilo respecto del enemigo; soldados quisiera él para defenderse, que harto sabe los perdió esta tarde.

—¡Se dieron una prisa á matar!

—¿Tú no les ayudastes?

—Un poco, señor, un poco; como ya vamos tocando al fin, debo ganar mi título de caballero.

—Destruyendo el género humano, ¿es cierto?

—¡Sólo habré derribado unos treinta; y somos tantos millones...!

—¿Sin contar los que matastes?

—Señor, á la puerta de la tienda para un caballo.

Un instante después, penetró D. Ricardo, saludó á Pedro y le dijo:

—Señor Conde, acaba de llegar un parlamentario con pliegos del príncipe Hizcán.

—¿Qué pretende?

—Hablaros de parte del que lo envía y entregaros un escrito.

—¿Viene solo?

—Le acompañan veinte jinetes; pero éstos han quedado con nuestra primera avanzada.

—Que pase inmediatamente. Retírate, Alí.

—Perdona, señor, mas los moros son muy traidores, y no les extraña por otra parte ser recibidos delante de esclavos; y por desgracia mi color...

El lienzo de la tienda volvió á abrirse; apareciendo un moro grueso, de baja estatura, y el que, á juzgar por su traje, debía ser caudillo marroquí. Saludó á Lara con una reverencia bastante humilde, quedando parado á la entrada.

—Avanza, musulmán, que te hallas delante del conde de Lara, el cual te defiende y protege ahora.

—Mucho me halaga encontrarme frente á tan gentil é invencible caballero. Que Alá te guarde, gran señor, y continúe dando á tu brazo el irresistible poder que á tantos hizo humillar la frente.

—Gracias, moro. ¿Cómo te llamas?

—Benabad, y mi padre nació en la tribu almoravide.

—¿Quién te manda?

—El hermano segundo del rey Jacob.

—¿Qué quiere de mí Hizcán?

—Me encargó que ante todas cosas te dijera, que con un ejército como el tuyo, con un jefe como tú, todo se puede intentar, todo se puede conseguir. Siente que seas su enemigo y no es culpa suya el que os halléis enfrente, rue á cumplir su voluntad estaría á tu lado aprendiendo á guerrear. Dile además—añadió—que no debe vengar en mí la conducta de mi hermano; y que siendo tan buen caballero y tan estimado de su Rey, confío en que no tratará mal al que defendió á su señor; que es á la vez su hermano y su César. Y luego de su puño y letra, y sin consejo de nadie, trazó este escrito, que pongo en tu mano si te dignas recibirlo.

Pedro cogió el pergamino y leyó para sí.

«El príncipe Hizcán, gobernador de Tarifa y de sus tierras, al muy poderoso conde de Lara, grande y señor de Castilla.

»Cristiano: tu valor y tu poder admiran al mundo; loado sea Alá, que tan grande te hizo. Príncipe nací yo; reyes fueron mis padres; al lado de un trono me arrulló la suerte; mas chico soy, pequeño, para guerrear contigo. El monarca, mi señor, quiere que le guarde y defienda la plaza de Tarifa que tú desees regalar á tu rey. Si con mi vida bastase para asegurársela, suya sería siempre; pero temo perder honra, vida y plaza; y siendo la primera de mis hijos, debo hacer algo por ellos ya que no pueda por mi hermano. Me distes cuarenta y ocho horas para determinar; confié el encargo á mis consejeros, éstos ordenaron, y comprendí que se habían equivocado. Acepto el plazo, y aconsejado sólo por mi conciencia, espero de

ti que antes de expirar las cuarenta y ocho horas y al lado del que me las ha concedido, me dejarás ver lo que es posible salvar de la honra, vida y plaza que tengo perdidas. Si caballero me recibes mañana á esta misma hora, caballero te irá á visitar.—HIZCÁN.»

Lara dejó el pergamino en una mesa que tenía cerca de sí y meditó breves instantes. Luego alzó la frente, diciéndole al moro.

—Benabad, á esta misma hora recibiré mañana á tu señor. Añádele, que á fuer de leal enemigo, sólo él, tú, ese negro que ves y yo, sabremos que vino á mi tienda y habló conmigo; esto en el caso de que efectivamente venga.

—Gran merced le concedes, y bien hace en fiarse de ti, que asuntos de tal valía sólo tú y él debéis conocerlos. No dudes que asistirá á la visita que te pide.

—Así será si entra aquí, Almoravide.

—En su nombre ordenaré queden en suspenso las hostilidades, por parte de nosotros.

—Los que me obedecen permanecerán tranquilos.

—¿Nada más debo decirle?

—Eso sólo.

—Alá te bendiga y guarde, poderoso señor.

—Dios te proteja, moro, y siga aconsejando bien al Príncipe que te envía.

Salió Benabad, y acercándose Alá á su amo, le dijo:

—No me gusta ese musulmán, ni tengo fe en su embajada.

—Lo creo, africano; á mí no me gusta ningún marroquí, ni fiaré jamás en sus promesas.

—Bien harás, que son traidores.

—¿Me desnudas?

—Ahora mismo.

Con la mayor tranquilidad buscó el lecho el conde de Lara, ni más ni menos que si se hallase encerrado en su intomable castillo del Saucejo. Tal era la seguridad que le ofrecía la guardia de sus montañeses y la completa derrota en que puso á los defensores de Tarifa.

Media hora después dormían tranquilamente amo y criado, el campamento se hallaba en completa calma, interrumpiéndose

piendo sólo á intervalos el alerta de los centinelas, el continuado silencio de los caballeros, montañeses y selvícolas, que se extendían en el extenso cerco de la plaza de Tarifa. Calma y tranquilidad que no fueron turbadas por el enemigo en aquella noche.

Llegó el siguiente día, se levantó Lara é inmediatamente reconoció, cama por cama, á todos los heridos que tuvo la

taban, reían, y orgullosos de obedecer y defender al conde de Lara, se juzgaban dichosos, empuñaban las armas con arrogante brío, y á ninguno se le ocurría que en el próximo asalto tenía probabilidades de perecer. El fiero valor de estos hombres, sólo podía compararse con el amor que profesaban al caudillo castellano.

Llegó la noche, y á pesar, de la tregua en que estaban, todos empuñaron los aceros, fiando poco de las seguridades de un enemigo tan veleidoso y ruin.

Eran las ocho; la noche estaba clara é imperaba en el campamento el silencio de la anterior. Don Ricardo recorría la línea y el Conde se hallaba escuchando á Alí, el cual le refería en aquel momento el modo con que aprendió en el Desierto á defenderse y herir á tres ó cuatro fieras de que á la vez se halló cercado algunas veces. De pronto se movieron las débiles paredes de la tienda, penetrando un moro, el cual llevaba la capucha calada y escondido su rostro con el embozo del manto. El recién venido se descubrió, y dirigiéndose al africano, le dijo:

—Alí, sal y haz que avisen á D. Ricardo, permaneciendo fuera de la tienda

sin consentir que nadie se acerque á ella.

El negro cruzó los brazos, hizo una reverencia al musulmán y le contestó: —Habla tranquilo, Alteza, que nadie te oirá.

Y desapareció, dejando á su amo con el príncipe Muza. Este cogió un sillón, se sentó al lado de su amigo, y estrechando una de sus manos, le dijo:

—Bien te guardan tus montañeses, Conde; por más que les rogué y amena-



El negro cruzó los brazos.

tarde anterior. Ocho sólo ofrecían cuidado; los restantes se encontraban muy bien, y todos asistidos con el más exquisito esmero. Satisfecho el Conde, salió de allí, recorrió la línea del campamento, y acercándose luego á Tarifa, trató de observar, pero nada notó que pudiera llamar su atención. Luego se retiró á su tienda, dictó las medidas que juzgó convenientes, pasando el resto del día conversando con Alí y con D. Ricardo. Los montañeses y selvícolas can-



cé para que me dejasen llegar hasta ti de incógnito, no lo conseguí, viéndome obligado á descubrirme.

—¿Y entonces?

—¡Oh! entonces se trocaron en ovejas. ¿Me aguardabas?

—Sí; al oír el ruido de tus pisadas te reconocí.

—Anoche te mandó Hizcán un parlamentario y un pergamino; ¿es cierto?

—Sí.

—¿Creíste en sus palabras?

—No.

—¿Qué piensas?

—Que mendigó la tregua que ya le había concedido, con ánimo de meter en la plaza algunas fuerzas de los puertos vecinos; pues las que tenía anteriormente las perdió en su mayoría.

—¿Nada más?

—No.

—Acertaste, pero tu cálculo no abraza sino uno de sus pensamientos.

—¿Qué más pretende?

—Asesinarte.

—¿Quién te lo dijo?

—Hombres, Conde amigo, que me obedecen, y acatan al rey mi hermano.

—¿Espías que tienes en Tarifa?

—No; vasallos que ha tiempo residen en la plaza.

—¿Leales?

—Como tus caballeros.

—¿Quién les enteró de los secretos de Hizcán?

—El interés que por mí se toman, su propia conveniencia, y Alá que vela por ti.

El Conde sonrió con desdén, replicándole:

—Que vengan cuando gusten los asesinos.

—No tardarán.

—Pienso que sobraré con mi aliento para confundirlos.

—Jurastes no ser temerario.

—Y lo cumpliré, que en espantar milanos no encuentro audacia.

En este instante comenzó á oírse el ruido producido por el choque de armas que se arrastraban por el suelo, carreras de caballos y voces que parecían dictar ó comunicar órdenes de unos á

otros. El Conde fijó su atención, exclamando:

—Parece que mis soldados se ponen en movimiento.

—Todo tu ejército obedece en este instante las acertadas disposiciones del caballero de la cruz roja.

Otra vez volvió á moverse el lienzo de la tienda, penetrando en ella D. Ricardo. Al verlo el príncipe Muza, le preguntó:

—¿Hablastes con el incógnito?

—Sí, Príncipe.

—¿Te enteró de cuanto debe hacerse?

—Ya di la orden para que fuese obedecido sin pérdida de tiempo.

—Vigila la operación y ocupa tu puesto.

Salió D. Ricardo, quedando Lara con la mayor indiferencia á cuanto veía y escuchaba. El Príncipe añadió:

—¿Nada opones á lo que estás oyendo?

—Nada.

—¿Te ha disgustado algo?

—No; ese encubierto y tú podéis y debéis ser obedecidos por todos los míos. ¿Qué puesto me reserváis?

—Tú aguardas tranquilo á que te vengan á asesinar, y cuando hayamos confundido á los traidores te pondrás al frente de todos nosotros, pues has de saber que esta noche será nuestra Tarifa sin derramar mucha sangre de los que llamas tus hijos.

—Me agrada la idea, mas no comprendo...

—Bien conoces que encerrado el marroquí en sus muchas fortalezas, abastecidas y reforzadas con cuatro mil hombres que llegaron hace tres horas de los puertos inmediatos, aun cuando asaltásemos y se tomara la ciudad, perderíamos luego mucha gente teniendo que quitarles torre tras torre, castillo por castillo y fuerte tras fuerte.

—Con enemigo tan villano no se guardan consideraciones: al edificio que resista se le pega fuego...

—Los muros no arden, Conde, y de incendiar á Tarifa sólo podríamos regalar á D. Sancho un montón de ruinas; pienso que es mejor conquistar esa hermosa plaza.

—Explicate, Príncipe.

—Con enemigo tan villano no se tiene consideración; tú lo has dicho, ¿es cierto?

—Sí; pero no veo...

—Escúchame: en breve se reunirán todas sus huestes en la gran plaza que da frente á la puerta del centro, mandadas por el mismo Hizcán; á la vez llegarán á tu tienda un moro muy parecido á él acompañado de Benabad, y fingiendo el primero que es el Príncipe te asesinarán, tocando acto continuo y de un modo muy extraño la bocina que traerá el fingido Hizcán. La escolta de ambos repetirán la señal; otros que esperan más lejos darán aviso á los de la plaza con un sonido igual; se abrirá la puerta del centro, saldrá por ella el hermano de Jacob seguido de cinco mil soldados y de otros tantos ó más marroquíes vecinos de Tarifa, que se hallan armados, caerán sobre nuestros parciales y vengarán la derrota de ayer tarde, aniquilando á la vez á tus sobre-cogidos vasallos, pues muerto tú, supone Hizcán que no acertarán á batirse.

—¡Diabólico plan! ¡Miserable pensamiento!—exclamó Lara con enojo.—El hermano se parece á Jacob como un condenado á otro.

—Ya te dije que no conocías á los marroquíes.

—Es verdad. ¿Quién te enteró tan admirablemente?

—Un granadino á quien salvé la vida y hoy sirve á Hizcán.

—Un perverso que puede engañarte.

—Me dió pruebas, me teme y necesita de mí, pues toda su familia está en poder mío.

—¿Qué piensas hacer?

—Alí y yo obligaremos á los asesinos á que verifiquen la señal, y mientras el hermano de Jacob corre hacia aquí, le abrirán al caballero de la cruz roja la puerta que da frente al campamento y penetrará por ella con mis soldados, los suyos y algunos montañeses y selvícolas.

—¿Y luego?

—El incógnito tomará la plaza casi sin resistencia interin nosotros dos salimos

á recibir á Hizcán con todos tus caballeros y restantes selvícolas y montañeses.

—Vamos á pelear á oscuras y esto pudiera dar lugar á equivocaciones entre mis vasallos.

—Nos favorece hasta la noche; brilla la Luna ya en toda su redondez y nos presta sobrada claridad para distinguir al enemigo.

—¿Está todo dispuesto?

—Sólo falta que lleguen los asesinos. ¿Oyes ese clarín? Parece que me han escuchado. ¡Alí!—gritó el Príncipe.

—Alteza—contestó el negro entrando.

—¿Estás enterado de lo que debes hacer?

—Sí, señor.

—¿Dónde nos ocultamos?

El negro hizo que su amo se levantara, separó un armario que tenía á la derecha y situó el sillón entre aquél y la mesa de escribir; luego invitó á Pedro á que se sentase, á Muza lo escondió detrás del armario, metiéndose él debajo de la mesa, cubierto con el paño que tenía ésta. La combinación de Alí daba por resultado quedar él á la derecha, pegado á Lara, y el Príncipe á la izquierda, muy cerca también de aquél; el primero hizo con su daga un pequeño agujero en el tapete, por el cual podía ver hasta los menores movimientos de los que llegasen.

En tal disposición pasaron diez minutos, riéndose el Conde de las violentas posturas de sus defensores.

—¡Bravo!—exclamaba,—tengo á un poderoso príncipe detrás de un armario y al más valiente de los hijos de Africa, caballero ya de Sancho IV el Bravo, debajo de una mesa como un perro faldero, y ¿para qué? para asustar á dos montañeses rifeños, con los cuales puede el peor de mis vasallos. Muy bien, señores; procurad distraerme, porque si tardan mucho esos miserables me voy á quedar dormido; ó de otro modo, estad alerta y despertadme cuando entron, pero hacedlo con disimulo no os oigan y huyan despavoridos ante los dos terribles guerreros convertidos ahora en estatuas.

—Conde amigo—le contestó el Príncipe.

pe, —tan connaturalizado estás ya con los asesinos que ni á éstos temes.

—De los hombres me libra mi lanza, Príncipe; de los traidores la Providencia, de lo cual puedes deducir que á los últimos es á los que menos debo temer.

Al expirar la postrer frase en los labios de Pedro, quedaron en silencio los tres, queriendo percibir el ruido producido por las monótonas pisadas de un guerrero que se acercaba lentamente á la tienda.

—Ahí los tienes, Muza—exclamó Lara.

—Calla, por Mahoma.

Un instante después se abrió el lienzo y anunció Macías:

—El príncipe Hizcán y Benabad Almoravide.

—Que pase—gritó Lara,—retiraos de aquí y que nadie se acerque á la tienda.

Salió el caballero sin que Pedro se moviese de su asiento; á la vez penetró un moro alto, de barba larga y negra, moreno y algo parecido en estatura y color al hermano de Jacob, el que fingía ser; pero como había dicho Muza, era un asesino llamado Idris, natural de Fez y el que se hallaba sentenciado en Tarifa cuando le fueron á proponer la horrible maldad que en estos momentos pretendía llevar á cabo. Iba acompañado de Benabad y ambos entraron en la tienda é hicieron una reverencia, quedando parados como por etiqueta, pero en realidad esperaban que se alejase el guerrero que los había conducido hasta allí.

—Adelante—les dijo el Temerario con burlona sonrisa—llegad hasta mí sin temor. Aun cuando sea vuestro enemigo, dispuesto me tenéis á complaceros en todo cuanto me pidáis esta noche. Me hallo de buen humor y no sé negar nada al verme en tal estado.

Los moros dejaron de oír el ruido de las pisadas de Macías, en cuyo momento preguntó el fingido Hizcán:

—¿Eres el conde de Lara?

—Sí, Príncipe.

—Cristiano, la plaza de Tarifa es tuya; dejamos de ser enemigos, levántate y estrechen los brazos del hermano del rey de Marruecos al invencible caudillo castellano.

Y el moro abrió los suyos, llevando escondido entre la manga de la túnica y oprimido con su mano un agudo puñal. Lara echó una pierna sobre otra, impidiendo así que se le acercase Idris, y sin abandonar un momento su burlona sonrisa, le contestó:

—Alto, valeroso Príncipe; eso de abrazar yo á un moro, no ha entrado todavía en mi cálculo. Primero os dejaba en tranquila posesión de la plaza que cometer un acto contrario á la sana moral.

—¿Qué dices, cristiano?

—Digo, valiente Hizcán, que sois tan traidores, perversos y malvados los naturales de ese foco de infamia, que llaman Marruecos, que emponzoña hasta vuestro aliento.

A la vez clavó en Idris una ardiente mirada que le obligó á bajar la vista: distinguiendo en este instante un poquito del pomo que oprimía la diestra del moro. No quedaba ya duda de que el supuesto Hizcán era un asesino. Lara entonces volvió á su anterior estado, y con la misma burla, añadió:

—Pero ya que no me es dable estrecharte entre mis brazos, te daré mi mano derecha.

Y se la alargó.

El marroquí sonrió de un modo siniestro y fué á cogérsela con la izquierda, con ánimo de clavarle el puñal con la otra; pero Lara hizo un movimiento rápido, le agarró ésta, se la oprimió fuertemente y tiró de ella hasta hacerle caer de rodillas.

—¡Benabad!—exclamó el moro, á los pies del Temerario.

El almoravide sacó su daga y fué á caer sobre el Conde; pero en el mismo mismo instante le sujetó por la espalda Muza derribándole en tierra; á la vez salió Alí, y cogiendo sus cabezas golpeó con ellas en el suelo, diciéndoles:

—¡Miserables, besad el sitio donde el caballero estampó su huella!

Pedro soltó la mano del asesino cayéndosele á éste el puñal, pues su víctima le había deshecho los dedos.

—Inutiliza á ese hombre, negro,—gritó Muza, refiriéndose á Benabad. Inme

diatamente levantó él á Idris, y quitándole la bocina que llevaba á la cintura, se la hizo coger con la mano izquierda, diciéndole:

—El conde de Lara ha muerto; haz la señal á tus compañeros, los tres golpes que deben oír. Si no me obedeces te mato.

Y fijó en el pecho del asesino el mismo acero que éste intentó clavar en el corazón de Pedro. El marroquí tembló, y con voz balbuciente, le dijo.

—Te conozco, Príncipe; si me perdonas, tocaré.

—¿Si tardas, mueres!

Y Muza introdujo en el costado de aquél la aguda punta del arma mortífera.

—¡Basta, señor...! ¡Ay...!

—Toca.

Idris se llevó la bocina á los labios y dió tres sonoros golpes que se pudieron oír á gran distancia. El Príncipe dejó al malvado, descorrió el lienzo de la tienda y aplicó el oído. Un instante después sintió otra bocina que repetía la señal.

—¡Bien!—exclamó sonriéndose.—Alí, inutiliza también á ese otro asesino.

Y marchó fuera de la tienda, queriendo percibir algo más. No se había equivocado; oyó la precipitada carrera de varios corceles y los sonidos de las trompas y clarines que le indicaban la salida de la plaza del príncipe Hizeán y de sus soldados. Otra sonrisa asomó á sus labios, gritando cuanto pudo:

—¡Aben-Zeid! ¡Macías!

Los dos le contestaron acercándose el uno por la izquierda y el otro por la derecha, al frente el primero de la tribu abencerraje y el otro de doscientos caballeros cristianos.

—¿Mi caballo y el del Conde, están ahí?

—Sí—le respondieron los dos á la vez.

—Esperad.

Y el Príncipe fijó su vista en la parte occidental de la plaza, quedando sin acción ni movimiento y como pendiente de una señal.

Mientras el granadino miraba así, había el negro maniatado y derribado en tierra á los dos asesinos, y puesto á su

amo el pesado casco, cubriéndose él lo mismo y empuñando su terrible maza. Cuando ambos se hallaron de punta en blanco salieron también fuera de la tienda y quedaron esperando el resultado de las observaciones del Príncipe. Este, pasado algún tiempo oyó el ruido producido por la caballería marroquí que se acercaba, distinguiendo casi en el mismo instante la lejana luz de un hacha de viento que sobre el muro de Tarifa formaban con ella un círculo de fuego. Muza sonrió por tercera vez, exclamando:

—Conde de Lara, el caballero de la cruz roja entró ya en Tarifa, y el verdadero Hizeán, al frente de sus huestes viene sobre nosotros hallándose á mil varas todo lo más. ¡A caballo! destruyamos á esos cobardes marroquíes y volemós en ayuda del valeroso incógnito!

Lara, Muza y Alí, subieron sobre sus respectivos alazanes é inmediatamente corrieron en dirección del sitio donde se encontraba su ejército, el cual formaba una herradura, hacia cuyo centro debía dirigirse el jefe marroquí. En uno de los extremos de esta media luna estaba D. Ricardo y en el otro se colocó Macías, rodeado cada uno de cien jinetes, continuando después las hileras de los montañeses y selvícolas á pie. El centro, que era el punto más expuesto por la brusca acometida que debía recibir por parte de los marroquíes, lo ocupaban toda la caballería del Conde, los grandes y caballeros de Osuna y las escoltas de Muza y del Temerario, los que acababan de llegar en este instante situándose al frente de sus huestes.

Como había dicho el Príncipe, una Luna clarísima se extendía por los alrededores de Tarifa. El ejército cristiano guardaba un profundo silencio; el que no sabía lo que iba á suceder lo suponía, y todos, sin excepción alguna, se hallaban dispuestos á confundir al enemigo que cometía la imprudencia de irlos á buscar, pudiendo haberlos esperado resguardado detrás de sus muros.

Poco después oyeron los de Pedro una gritería espantosa, distinguiendo claramente las huestes marroquíes, que en confuso tropel, vitoreando á Hizeán y

maldiciendo á Lara, se dirigían hacia ellos con más audacia que valor y cálculo. De pronto se detuvieron, quedando asombrados al contemplar al ejército sitiador que los esperaba formado y dispuesto al combate.

A los ternos y voces de los atrevidos que salían de Tarifa, sucedió ese rumor sordo, continuado, hijo de la sorpresa y hasta del temor; comprendían que sus contrarios eran más poderosos en número, denuedo, arte y valor; y no se explicaban el por qué, muerto el conde de Lara, existía aquel orden y concierto en los que creían desesperados y sorprendidos. Y creció más su admiración al ver que mientras ellos permanecían indecisos y temerosos, avanzaban los otros sin ruido alguno, con calma y en un orden no interrumpido.

Hizeán y los caudillos que le rodeaban, vieron la media luna que formaba el ejército sitiador, y dedujeron con sobrado fundamento, que la marcha de los cristianos daría por resultado el encerrarlos en un círculo de hierro. En tal apuro, determinaron atacar el centro, pues ya era difícil retroceder, deshonoroso huir, é imposible entrar en transacciones con el gran cristiano á quien intentaron asesinar villanamente; pero en el momento de dar la orden de avanzar, se les presentó un jinete, que llegando á escape tendido, gritaba:

—¡Volveos! ¡En Tarifa acaban de entrar los zegríes, alaveses, almoradíes, vanegas y montañeses! ¡Si no llegáis á tiempo, todo se ha perdido!

Sólo tan terrible noticia faltaba ya á las aturdidadas masas marroquíes; Hizeán reconoció al que gritaba de aquel modo, y creyendo en la veracidad de sus palabras, dió la contraorden de volver á la ciudad.

O llegó también la noticia á oídos del conde de Lara, ó adivinó el pensamiento de sus contrarios, pues en el mismo instante corrió su ejército desafortunadamente, la herradura se cerró y los de Tarifa se vieron atacados en torno y en el estado más lastimoso de abatimiento y postración jefes y soldados.

No podía por menos de acontecer así;

los cristianos tenían la fuerza, el talento y el arte; mientras que los de Marruecos representaban la debilidad y la infamia; pero en estos momentos pagaban muy cara su segunda y última torpeza. El Temerario, Muza, Alí, Ricardo, Macías, los grandes de Osuna y hasta mil caballeros forrados todos de acero, fueron los primeros que embotaron sus lanzas en el impotente enemigo, y en pos de éstos cargaron los montañeses, selvícolas y abencerrajes, destruyendo y matando á todo el que no arrojaba sus armas y pedía cuartel.

Pasado el primer momento de sorpresa, pretendieren defenderse los que salieron de Tarifa, mas herido de muerte Hizeán y en tierra sus más valerosos parciales, pronto se oyó el tan repetido «sálvese el que pueda» y abandonando la idea de resistir que concibieron al principio, huyeron cobardemente, buscando una salida que Pedro les negó al cerrar su bien ordenada media luna.

—Rey de Marruecos—gritaba el Conde matando á los más osados—¡tu sorpresa en el Riff te cuesta hoy un río de sangre! Por María y la Cruz que no has de olvidar en toda tu vida el nombre de Lara.

Fué el que derribó á Hizeán de un tremendo bote de lanza, y el primero que atravesando las filas contrarias, penetró en el corazón, concluyendo de aturdir á su ya decaído enemigo.

Poco después se le acercó el príncipe Muza y le pidió permiso para correr en ayuda del caballero de la cruz roja, con sus abencerrajes y quinientos ó más caballeros cristianos.

—Llévatelos todos—le contestó—para estas cabras basta con cien leones del Saucejo.

Sin detenerse, partió el noble Muza con los mencionados musulmanes, seiscientos caballeros y mil selvícolas, penetrando poco después en las calles de Tarifa, en las que halló al intrépido encubierto, ordenando el asalto de los fuertes que no le abrieron sus puertas, y arrollando con su incomparable genio á cuanto se oponía á su arrogante y nunca detenido paso.

El famoso Temerario tuvo necesidad de obligar á sus vasallos á que fuesen algo más humanos con aquellas descompuestas y humilladas filas de sus enemigos, encargándoles que no hiriesen á ninguno é hiciesen prisioneros á los que hasta entonces no habían sucumbido. Aunque con algún trabajo, fué obedecido. concluyendo los valerosos hijos del Saucejo de matar marroquíes; en cambio unieron más sus filas, no permitiendo desde este instante que huyese ninguno.

Así terminó la segunda sorpresa de los moros rifeños, menos afortunada aún que la primera, si bien llevada á cabo con intención mucho más dañina y perversa.

Lara veía el fin de su gloriosa jornada antes de lo que había juzgado, y en este instante, inclinada al suelo la ensangrentada moharra de su lanza, contemplaba con desdén aquel victorioso cuadro, de espanto para unos, de gloria para otros y de indiferencia para él. Acostumbrado á ver miembros mutilados, muertos, heridos y sangre humana, ni le asombraba nada de cuanto tenía delante, ni los ayes, confusión y gritos ejercían en él otra influencia que aquélla, hija únicamente del indiferentismo que le inspiró siempre un enemigo cobarde, artero y ruin.

—Querían mi sangre—decía,—pero el destino dispuso que fuese de ellos la que corriese, y no se conformó con un arroyo, determinó que se formase el piélago que tengo á mis plantas.

Luego metió espuelas á su corcel, gritando:

—¿Qué hace ese hospital de sangre? Que vengan inmediatamente todos sus individuos y que traten á esos infelices como si fueran sus hermanos. A todos os perdono—añadía.—No quiero imitar á vuestro menguado señor. Mañana cada uno de vosotros partirá donde tenga por conveniente. ¡Hijos del Saucejo, piedad para los vencidos; dadles vuestro pan, que harto desgraciados son teniendo que humillarse hasta vosotros! ¡Ay del que hiera al indefenso! ¡Ay del que niegue su mano al mísero prisionero!

¡Los primeros probarán mi acero; los segundos dejarán de estrechar mi diestra!

Estas breves frases convirtieron en tiernas ovejas á aquellos leones, sedientos no ha mucho de lucha y de exterminio; todos inclinaron las armas, se acercaron á sus vencidos contrarios y les ofrecieron cuanto pudiesen necesitar. Calmada su sed de destrucción, se enfrió el coraje y ya no vieron enemigo ninguno.

Satisfecho el poderoso caudillo del aspecto que presentaban sus montañeses y selvícolas, encargó á Macías que seguido de dos mil hombres se retirase al campamento con los prisioneros y heridos; y puesto él al frente de sus restantes vasallos, se encaminó á Tarifa. Cuando ya se aproximaban á sus muros vieron correr á derecha é izquierda un enjambre de moros de ambos sexos, jóvenes, viejos y párvulos, que huían de la plaza temiendo la venganza del vencedor. Pedro metió espuelas á su caballo, llegó hasta ellos y les dijo:

—Marroquíes, volved á vuestras casas; el conde de Lara os perdona, y sus soldados respetarán vuestras vidas y haciendas. No haced armas contra mis vasallos y nada temed.

Los moros reconocieron al Temerario, dudaron, prorrumpiendo en gritos amargos, hijos del dolor que les causaba la pérdida de la patria y del hogar.

—Regresad—repetía el hidalgo castellano en árabe.—No vengo contra vosotros; es contra el menguado Jacob, que se llama vuestro rey. Si queréis obedecer á D. Sancho IV llamad á vuestros hermanos y entrad en Tarifa, que aquel que se atreviera á molestaros pagará con la vida su mala acción.

Las madres estrecharon contra su pecho al inocente niño, los padres lloraron de alegría, y creyendo por fin en las sinceras frases del cristiano se dispusieron á volver á sus viviendas.

El Conde continuó su marcha sin impedimento alguno, halló la puerta principal en poder de sus montañeses, los cuales le recibieron con aclamación unánime. El jefe que mandaba aquel pue-

to se le acercó al momento, diciéndole:

—Tarifa es nuestra, señor; el caballero de la cruz roja ha mandado asaltar los fuertes que opusieron resistencia, penetró él mismo en el castillo, lo tomó, y no creo que haya alguno capaz de oponerse á vuestro paso. El estandarte de Castilla y León se ostenta ya en veinte puntos de la ciudad, y la cruz del Redentor se eleva en medio de la gran mezquita mahometana.

—¿Seguisteis vos desde el principio á ese incógnito?—le preguntó el Conde.

—Sí, señor.

—¿Encontrasteis mucha resistencia?

—Bastante; mas para el encubierto no hay obstáculos, barrera que detenga su planta, ni dificultad invencible.

—¿Hacia dónde se halla?

—Lo ignoro; pero un zegrí acaba de participarme que os están preparando alojamiento en el palacio que fué del príncipe Hizeán.

Pedro se despidió del caballero, llegó al sitio que aquél le acababa de indicar, y notando que su mucha extensión era capaz de cobijar á todos los suyos, tomó posesión de él, entrando seguidamente sus caballeros, montañeses y selvícolas.

Poco á poco fué cesando el fragor de la batalla, dejaron de oírse los relinchos de los caballos, las carreras de jinetes y de peones, los ayes de los heridos, los suspiros de los marroquíes, reemplazando el silencio y la tranquilidad al estruendo que no ha mucho reinaba en las calles y campos de Tarifa.

Pedro el Temerario consiguió su intento en la mitad del tiempo que creía, y derramándose mucha menos sangre, por parte de sus vasallos, de la que juzgó indispensable para la rendición de una plaza, que era entonces de las más fuertes que tenía la Península ibérica. En cambio, corrió á mares la de sus contrarios, perdiendo á la vez ciudad y honra los que no añadieron á éstas la vida. Las dos sorpresas que intentaron, fueron dardos que se volvieron contra sus pechos y les atravesaron el corazón.

Jacob recibió, por último, la merecida recompensa al ataque dirigido por él contra el peregrino Lara en el desier-

to y parte del Riff; la noticia de la pérdida de Tarifa fué para el monarca de Fez el principio de una desesperación que conservó el resto de su vida; pues en poder de los castellanos su inexpugnable cuartel general, quedaban abandonados, y á merced del vencedor los restantes pueblos y ciudades que poseía en España.

El conde de Lara cumplía en estos momentos la palabra empeñada á orillas del mar, y á media legua de Tarifa, cuando la galizabra marroquí lo dejó en tierra, pobre, desauído, y careciendo hasta de lo que suele sobrarle al mendigo: de un pedazo de pan. El pordiosero náufrago que conocimos al principio de este libro, es ya en este instante el hombre más poderoso, honrado, temido y admirado de Europa.

Veamos si consigue hallar á su esposa en el estado y tan pronto como desea, ó por el contrario se ve obligado, al concluir su brillante jornada, á entregarse á la más horrible desesperación, terminando su vida con la punta del formidable puñal que lleva en su cintura.

CAPÍTULO XXXV

Hidalguía del gran cristiano.—Seguridades.—A Sevilla.

El conde de Lara entró en un salón principal de los del alcázar, y no haciendo falta para nada en las calles de la población, mandó que le quitaran su pesada armadura, reclinándose acto continuo sobre los cojines árabes, donde no ha mucho y en la misma postura discurría el príncipe Hizeán en los medios de asesinarlo. Se hallaba en este instante rodeado de varios grandes de Osuna, é individuos de su escolta, pero no veía por ninguna parte á su inseparable leopardo.

—¿Qué es de Alí?—se atrevió á preguntar á sus caballeros.

Don Ricardo, que estaba á su lado, sonrió con malicia, contestándole:

—Mientras vos hablabais con el jefe del destacamento que se encontraba á la entrada de la plaza, cruzó algunas frases con un zegrí, picó á su caballo y lo

vi desaparecer solo, por entre las estrechas y tortuosas calles de la ciudad.

—Pues eso hace ya más de dos horas.

—Sí, señor; deberá estar muy ocupado cuando tanto tarda.

—¿Habrá corrido algún peligro?

—No, señor; conoce á los de Africa, sus paisanos, mejor que nosotros, y nada debemos temer por él. Andará, como de costumbre, en busca de la mago ó del caballero de la cruz roja; ambos lo estiman mucho.

En este instante comenzaron á presentarse los caballeros que había mandado Pedro en averiguación del estado en que se hallaba la plaza, y todos fueron diciéndole lo mismo, esto es, que no había un solo punto en ella ni fortaleza que resistiese ó en la cual se hicieran armas contra los vencedores.

Satisfecho el caudillo con tan agradables nuevas, dictó algunas medidas respecto de los heridos de una y otra parte, exclamando por último:

—Descansemos, señores, que está ya amaneciendo y ningún peligro nos lo impide. Podéis, no obstante, vos, don Ricardo, adoptar aquellas disposiciones que juzguéis convenientes, teniendo en cuenta que nos hallamos en una plaza recién conquistada, y en la que todavía quedan muchos bárbaros del Riff; pero advertid que no se moleste á nadie ni se ofenda á otros que á aquellos que se atreviesen á atacarnos.

Cuantos acompañaban al Temerario, se fueron retirando á los salones inmediatos, buscando el necesario descanso sobre los mullidos cojines ocupados antes por la servidumbre de Hizeán. Varios caballeros rodearon la estancia del Conde encontrando reposo á la vez que guardaban la querida y respetada persona de su señor.

Cuando éste se vió solo, se acomodó lo mejor que le fué posible entre aquellos asientos musulmanes, y pensando en Alí se quedó dormido. Durante la pelea y mientras escuchaba ruido de armas que intentaban ofender, se olvidaba de su adorable esposa, como temiendo que peligrase hasta la memoria del ser que más amaba en este mundo.

Cuatro horas después, abrió sus negros y rasgados ojos y vió los rayos de un hermoso Sol, el cual auguraba lo apacible de un día de verano en el saliente de una costa que parece robarle su terreno al proceloso mar.

Pedro se incorporó y entonces pudo distinguir á su valeroso negro, que, no lejos de él, reposaba tranquilamente abrazado á su formidable maza.

—Duerme, poderoso hijo del desierto —exclamó—que bien corraste ayer moviendo sin cesar ese negro pedazo de hierro.

La voz del Temerario hirió el oído del africano, abrió los ojos, dió un salto, quedando frente á su amo, en pie y con los brazos cruzados.

—Descansa, Alí, descansa; yo velaré por tí, ya que tú tan mal cumples el encargo de tu señora.

—Cierto que te abandoné, amo mío, pero asuntos de gran importancia...

—¿Qué dices, africano? Tú deliras.

—Me juzgas mal, señor; te he dicho la verdad.

—Explicate, leopardo.

—Mientras tú reposabas tranquilamente, yo recibía las órdenes que se digna comunicarte el héroe conquistador de esta plaza, el caballero de la cruz roja, amo mío.

—¿Es él únicamente el que la ha tomado y vencido á los marroquíes...?

—Mucho le has ayudado tú fuera de Tarifa, pero él fué el primero que entró, asaltó el castillo, y fortaleza por fortaleza el que las tomó todas sin tu auxilio.

—¿No le abrieron una puerta en tanto que yo aniquilaba á la mayor parte de los defensores de esta plaza?

—Lo mismo la hubiera tomado hallándose dentro Hizeán con todos los suyos y sin que le facilitasen la entrada. Al asaltar un fuerte es igual que haya veinte soldados que cuarenta; se reduce á un poco más de retraso y á dar otras tantas estocadas, hachazos ó golpes de maza.

—Según tu opinión, nosotros no hemos hecho nada; todo lo ha conseguido el encubierto.

—Distingo, señor; tú, sin gran esfuerzo; has vencido y humillado dos veces al enemigo, y él con menos le ha quitado su plaza.

—¿Y qué se digna ordenarme ese caballero?

—Te cede toda la gloria de esta jornada; pone á tu disposición la ciudad para que hagas de ella lo que gustes, y se ausenta sin tu permiso, exigiéndote, á nombre de D. Sancho, que estés en el alcázar real de Sevilla antes de cuatro días.

—¿Para qué?

—No se ha tomado la molestia de decirlo.

—Pues vuelve á su alojamiento y dile de mi parte...

—No continúes, señor; hace dos horas que salieron de Tarifa todos los musulmanes que le obedecen, él, su escolta y escudero, y Muza y los suyos; los he visto partir.

—Es decir, que quedan en la plaza...

—Tus vasallos y tus amigos de Osuna.

—Dónde han ido?

—Lo ignoro.

—¿También es reservado contigo?

—También.

—¿Nada más te dijo?

—Eso sólo.

—¿Y has necesitado toda la noche para oír cuatro palabras?

—No, que unido á su escudero recorreré la ciudad para enterarme si quedaban ó no hombres dispuestos á molestarte.

—¿Y qué averiguaste?

—Que huyeron los díscolos; aguardando sólo los que imploran tu piedad y protección.

—La obtendrán.

—Lo hice público y quedan tranquilizados.

El conde de Lara se cubrió con un ligero traje de seda, é inmediatamente mandó pregonar un bando, imponiendo pena de la vida al que se atreviese á hacer armas contra el rey D. Sancho; ofreciendo á la vez amparo y protección á los que permaneciesen pasivos y desearan continuar entregados á sus faenas cotidianas. Después dispuso que doscientos

operarios se dedicasen día y noche á levantar altares, formando de la gran mezquita una suntuosa catedral; dejando á los marroquíes que residían en la plaza, dos templos mahometanos. Luego dió libertad á todos los prisioneros, de los cuales unos se marcharon á los puntos de la Península que obedecían á Jacob, y otros viendo la generosidad del gran cristiano, solicitaron continuar allí. Hizo también levantar el campamento, alojando en la población á todos sus caballeros y montañeses; formó dos hospitales, al cuidado uno de árabes y otro de cristianos, y cuando comprendió que sus órdenes eran cumplidas con la mayor exactitud, regresó al alcázar que fué de Hizeán, donde le esperaban los grandes de Osuna y algunos de sus jefes.

No quedaba ya en aquel recinto un solo marroquí que dudase de la sinceridad y nobleza del generoso Conde. Vidas y haciendas eran respetadas sin excepción; sólo se habían confiscado los palacios, casas, bienes y posesiones del príncipe Hizeán y restantes parciales que murieron ó se alejaron de la ciudad sin dejar en ella familia.

Los vencedores, caballeros y soldados, discurrían por las calles y plazas, se acercaban al muelle, contemplaban el mar y lejos de ofender ni insultar á nadie, socorrían por el contrario á cuantos mendigos é infelices hallaban á su paso. Y confundidos vencidos y vencedores, corrían unos comunicando órdenes, paseaban otros, y trabajando la mayor parte en talleres de construcción para las muchas obras encargadas por el Temerario.

Este, comió alegremente en compañía de los grandes de Osuna y parte de los jefes de su ejército, reconociendo luego la suntuosa morada marroquí que habitaba, sus dilatados parques y extensos jardines.

—¡Deliciosa mansión! —exclamaba el Conde.—No podía yo suponer que un hijo de Fez hubiera mandado construir tan magnífico palacio. Es tan bueno, señores—añadió el Conde, dejando asombrados á sus oyentes—que no hay un cristiano digno de él; por consiguien-

te voy á repartirlo entre muchos católicos. Acercaos, D. Ricardo, y oid bien lo que os voy á decir: ocupaos con asiduidad en hacer un inventario exacto de todos los bienes, palacios, casas y posesiones confiscados al enemigo. En cuan-

de vender todo en un día se enajenará en un mes.

—Vais á hacer ricos á vuestros vasallos.

—Ojalá pudiera elevarlos á grandes de Castilla y de León, pues pienso que conseguido esto, tendríamos grandeza en León y Castilla.

Los de Osuna, no hubieron de comprender la intención de Pedro, pues soltaron una carcajada, creyendo que se trataba de una broma inocente.

Cuando el poderoso Conde se cansó de pasear por la amena enramada, se despidió de sus amigos, alegando un frívolo pretexto, y seguido de Alí, salió del alcázar, llevando susencillo traje de seda y una espada corta con vaina de oro. Ambos comenzaron á recorrer la ciudad, siendo agradablemente sorprendidos por la animación que reinaba en los cien talleres que trabajaban á la vez, por orden de Lara, en las calles, plazas, y muy particularmente en los puntos donde con más frecuencia se reunían los curiosos y desocupados. Según avanzaban, iba siendo objeto el noble atleta de las demostraciones de cariño de sus soldados y de las humillantes reverencias y cortesías de los marroquíes que se quedaron en Tarifa.

Lara reconoció cuanto juzgaba conveniente, retirándose luego al puerto, el cual halló obstruido por la multitud de montañeses y selvícolas que contemplaban extasiados el rugiente mar que tenían á sus pies. Circuló la noticia entre ellos de la aproximación de su señor, le abrieron calle, le dieron pruebas del respeto y amor que le profesaban, y recibíéndolas del afecto que aquél les tenía, se retiraron, dejándole libre el puerto.



...y seguido de Alí, salió del Alcázar.

to esté terminado, los vendéis todos, y su importe lo repartís en el mismo instante entre mis montañeses y selvícolas; dais más á los que sostengan numerosa familia, y á los restantes iguales partes.

—Conde—le dijo un grande de Osuna—el valor de lo secuestrado asciende á una suma fabulosa.

—Mejor; quiere decir que si no se pue-

El Conde se sentó sobre el duro granito del muro que resguardaba la parte Sur de Tarifa. Desde allí contempló el Estrecho que tenía delante, el Mediterráneo que se extendía á su izquierda, y el Océano que, elevándose á su derecha, intentaba caer sobre su compañero de enfrente. Estaba anocheciendo, soplabla viento de mar, negras nubes recorrían el espacio, y las olas cual corpulentos montes, unas se estrellaban en el célebre Peñón, y otras en la muralla sobre que estaba sentado el Temerario, si bien las más llegaban al Estrecho, de Levante á Poniente y viceversa, formando una lucha de concontrado oleaje, que cubría toda aquella superficie marítima de blanca espuma que dejaban las ondas al chocar unas contra otras.

El Conde observó con avidez el sublime, aun cuando medroso cuadro que tenía delante, fijó su vista en lontananza, en el sitio donde parecía unirse el agua con el Cielo, cruzó las manos y exclamó:

—¡Acaso en estos momentos atraviesa mi adorada Blanca ese piélago inmenso, cuya fuerza y poder excede á cuanto abarca nuestra pobre imaginación! ¡Sobre unas débiles tablas se apoyará el diminuto pie de ese ángel, corriendo sobre el inseguro y furioso Mediterráneo que intentará esconderlo entre sus altaneras ondas! Vientos, mares, poder misterioso que les das movimiento, apiadaos de la huri, de su infeliz esposo; dejadla que llegue á mis brazos siquiera un solo instante, ¡aun cuando luego nos arranquéis la vida! ¡Concededme que vuelva á contemplar su faz de querube, á estrechar su mano de serafín, á oír su voz angelical, arrobadora, incomparable! ¿Qué os ha hecho la hermosa cristiana? Detened vuestro furor, calmad vuestro enojo, y si es sólo una víctima lo que anheláis, cebaos en mí! Aquí me teneis, dispuesto me hallo á perecer; ¡pero ella...! ¡morir ella...! Calmaos vientos y mares, ¡me asusta vuestro incomprensible furor!

Y el enamorado esposo dejó rodar por sus mejillas dos ardientes lágrimas, apartó la vista del mar, cubriéndose el rostro con las manos, embargado por

una pena, por un dolor que le atormentaba cruelmente.

Alí, que se hallaba cerca de Pedro con los brazos cruzados, fijo en él, se aproximó más todavía y le dijo:

—Señor, que estás delirando.

Lara separó de la frente sus negros, lasos y ensortijados cabellos, y clavó una mirada llena de fuego en el africano, replicándole:

—Déjame.

—No puedo; me encargó mi señora que no me separase de ti.

—Bien; ¿qué pretendes?

—Cuestionar contigo, que ahora tengo yo razón.

—Sepárate á un lado y déjame.

—Te he dicho, amo mío, que doña Banca está buena, y llegará á tus brazos tan hermosa y pura como la dejaste.

—Cuentos de maga, Alí.

—O verdades de profeta, señor.

—¿Por qué no me dejas, africano?

—Porque no quiero que lllore un valiente en el campo de batalla, un... Si me permitieras decírtelo...

—Habla.

—Un cobarde, que duda de la Providencia.

—¡Miserable!

—Lo que tú quieras, amo mío; pero un cobarde que duda de la Providencia. Yo también amo, señor, á una mujer hermosa, no tanto como la tuya que tú vales más que yo; pero muy bella, amo mío; la ingrata me desprecia, su negro corazón sólo tiene odio para el noble africano... Sufrí mucho, es verdad, mas pedí á Dios que ablandara aquel pecho empedernido, y poco después me dijo la maga: «no suspires, Alí, que tuya será.» Y como creo en Dios y no dudo de sus profetas, tengo la seguridad de que será mía, y pienso en ella, río y aguardo tranquilo el dichoso momento en que la Providencia la traiga á mis brazos.

—Terrible es la lección, hijo del Desierto.

—La verdad amarga siempre, señor; pero de mí no esperes otra cosa, que no sé mentir, ni podría engañarte á ti, que tanto te amo.

—No es tan amarga como tú juzgas, mi querido leopardo... Ahora creo que Dios me la traerá sin peligro... Ruge, inmenso y terrible Océano, álzate sobre la superficie de la tierra, que ya no te temo. Nada supone contra tu poder la débil tabla que sostiene á mi esposa; ¡pero infinitamente menos supones tú ante el poder divino que la defiende! ¡Agita tus ondas; atruena el espacio; ayúdadle, aquilones del Sur; vuestro iracundo coraje me inspira ya desdén! Alí, abandonemos este furioso elemento, y corramos á la moderna catedral de Tarifa, donde daré gracias al Cielo por la merced que acaba de otorgarme.

Amo y escudero se dirigieron al templo, se prosternaron ante la cruz del Redentor, fija en el mismo sitio donde el día antes se veneraba al falso profeta Mahoma, retirándose cuando terminaron su oración al palacio que servía de alojamiento al ilustre caudillo. En él pasó la noche conversando primero con sus amigos de Osuna y durmiendo después.

Al ser de día se levantó y dió algunas órdenes que fueron inmediatamente obedecidas; luego revistó su ejército, quedando complacido de las pocas bajas que tenía, con relación á lo que habían hecho, y del aspecto brioso y marcial de todos aquellos valientes. Concluido este acto regresó al alcázar pidiendo el almuerzo. Al sentarse á la mesa, en compañía de todos los grandes de Osuna, llamó á D. Ricardo y le dijo:

—En cuanto concluya este acto reconoceré los hospitales y las obras que he mandado construir; comeré á las dos y á las tres marcharé á Sevilla, seguido de Macías y de cien caballeros que serán elegidos por vos. Quedáis de gobernador en Tarifa hasta tanto que el rey D. Sancho nombre al que os ha de sustituir; á su presentación en esta plaza se la entregáis, regresando inmediatamente al Saucejo con todos mis caballeros y vasallos. Esta ciudad es hoy la llave que encierra nuestra honra; cuidad que el enemigo no entre y la manche. Vigilad asimismo á mis soldados, velad por ellos y sed tan noble en vuestro proceder que no tenga

yo el más leve motivo de queja. Cuando vayáis á tomar alguna medida recordad que me representáis y no haced nada que yo reprobese por indigno ó ruin. Si queréis aventajarme en generoso y caritativo, entonces olvidaos de mí, acordándoos solamente que en ese punto vuestro poder es ilimitado. Si hubiera algunos locos que pretendiesen, no arrancaros la plaza, que eso no se le ocurrirá á nadie defendiéndola mis leones del Saucejo; mucho menos, algunos capaces de atentar contra la tranquilidad de Tarifa ó mi escudo de armas, contáis el número después que estén todos tendidos en tierra; pero derribando únicamente á los que hagan armas, jamás al que implore compasión. Mientras que permanezcan aquí los vasallos del conde de Lara, no habrá un sólo hambriento ni desnudo de los vencedores ni de los vencidos, de los cristianos ni de los marroquíes. Si subiese mucho la cuenta y os faltara dinero, que vendan estados míos hasta que os sobre. Preferiría dar mi condado y grandeza antes que tolerar un mendigo en donde yo mande ó gobierne. Para vos Tarifa es ahora el Saucejo. ¿Me habéis comprendido bien?

—Sí, señor.

—Si teméis que algo se os pueda olvidar os lo dejaré escrito.

—Descuidad, gran señor; son mis ideas, mis pensamientos, mis deseos; no tendréis queja de mí. Estoy seguro que no os podré aventajar en generosidad ni esplendidez, pero en este punto no estaré muy distante de vos. Y si alguno se atreviese á hacer armas, ya os mandaré el número de los muertos que será igual al de los traidores. Id tranquilo, que el aliento del padre queda en los hijos, celosos siempre de la honra de su señor.

Lara estrechó la mano de D. Ricardo, y dirigiéndose á los grandes de Osuna, les dijo:

—Señores, en nombre del Rey os doy las gracias por el noble, valeroso y desinteresado apoyo que me habéis prestado; libres estáis ya de vuestro compromiso, el cual ha sido coronado con la inmarcesible gloria que todos deseába-

mos; en consecuencia, quedáisen aptitud de permanecer en Tarifa, de regresar á Osuna ó de acompañarme á la corte.

Estas frases de Pedro produjeron un continuado murmullo que dió por resultado ponerse de acuerdo los grandes, contestándole uno:

—Conde amigo, la mayor honra para nosotros ha sido la de guerrear á vuestro lado, la de merecer vuestro elogio. Quisiéramos acompañaros á Sevilla y no abandonaros hasta que os encerraseis en vuestro castillo del Saucejo.

—Con mucho gusto, señores; mi alcázar de Sevilla es grande y todos hallaréis en él comodidad y cariño; por consiguiente, á las tres en punto partiremos.

Concluyó el almuerzo, se levantó Lara y seguido de Alí y de varios de los jefes de su ejército fué reconociendo otra vez los dos hospitales de heridos y después las obras mandadas construir. Después visitó el templo católico, volvió al puerto, contempló el mar, cuyas olas continuaban como en la tarde anterior, miró con fría indiferencia la espuma que cubría el Estrecho y la extensión del Mediterráneo y se retiró á su palacio, encargando á D. Ricardo nuevas obras y reparaciones en la ciudad. Seguidamente se cubrió con el traje de guerra, que le servía á la vez para camino, y sentándose en un diván, le preguntó á Alí:

—¿Qué hora es, novel caballero?

El negro se asomó á un balcón, miró al Sol, y le dijo:

—Poco más de la una, señor.

—Pronto comeremos y acto continuo partiremos á Sevilla.

—En ella, amo mío, encontrarás la recompensa á tanto afán, peligros y molestias como lleva consigo la guerra.

—Lo dudo, mi buen leopardo. Supongo que aludes al recibimiento que me preparan los sevillanos y á los obsequios que los Reyes me harán; pero uno y otros me son indiferentes; quiero tener á mi lado y en el Saucejo á doña Blanca, y todo lo que no sea esto me causa tedio.

—¿Quién sabe! Es más probable que

el cariño de un pueblo entero, la tierna solicitud de tus amigos los monarcas de Castilla y grandes del reino, y alguna sorpresa que unos ú otros te preparen, destruyan ese indiferentismo y haga palpar de júbilo tu ardiente corazón.

—Mientras no vea á mi esposa, todo, Alí, me ha de cansar, no lo dudes.

—Los zegríes pasan, amo mío, por ser los primeros jinetes del mundo; su carrera, asombra; todos ellos admiran y respetan á la heredera de su jefe, por consiguiente habrán volado. Es de suponer que doña Blanca tiene por lo menos tanto deseo como tú de hallarse al lado de su esposo; y siendo un modelo en el arte de equitación, y más audaz que Pedro el Temerario, seguirá á los musulmanes y hasta irá delante de ellos con la rapidez de la exhalación. Y si á esto unimos el que pueden muy bien serle favorables los vientos, acaso en Sevilla...

—Hay mucha distancia, negro, y hace poco que salieron en su busca.

—¿Quién sabe, señor, la maga...!

—¿Qué dice esa mujer? ¿Qué me anuncia? ¿Cuándo cree que llegará la Condesa?

—¿No dudabas ayer de sus palabras? ¿No decías que eran cuentos de maga?

—Contesta, Alí.

—La hija de las Alpujarras no marca el día, pero asegura que la verás muy pronto bella, pura, angelical.

—¿Quiera el Cielo que no se equivoque!

—Difícilmente, amo mío.

—¿Cómo no se descubrió á mí el caballero de la cruz roja, cuando ofreció hacerlo en el momento que terminase la guerra?

—Querrá que seas sólo el objeto de los aplausos y bendiciones del pueblo sevillano.

—Eso no puede ser, Alí; en el palenque hizo más que yo; en Ecija le debí la vida y D. Sancho el trono; y en Cuenca me libró otra vez de morir, salvando el ejército, y coronando la victoria conseguida por mí con nuevos laureles. En Tarifa mucho se le debe también; y durante la guerra, es indudable que su ge-

nio lo ha elevado sobre todos nosotros.

—Es muy modesto, señor.

—No importa; si el pueblo me aplaude, si me rinde culto, el conde de Lara batirá palmas, se inclinará ante ese valeroso incógnito, declarando á la faz del mundo que ha sido el héroe de las terribles luchas concluidas con la toma de Tarifa.

—La acción es digna de ti; pero á nada conduce, toda vez que el público desconoce al encubierto.

—Algún día sabrá quién es y podrá ensalzarlo.

—En el momento que levante su celada ó arroje su casco y presente su faz, sobrá con esto para arrancar plácemes y aplausos.

—¿Qué tiene el rostro de ese hombre para inspirar ovaciones?

—Una frente donde brilla el genio de la gloria. ¿No es bastante?

—¿Sabe el pueblo que es héroe?

—Amo mío, las dos; los grandes de Osuna y los jefes de tu ejército te esperan sentados á la mesa.

—Vas aprendiendo mucho, Alí.

—Me falta tanto para alcanzarte, que temo no llegar nunca.

—¿Vuelves á adularme?

—Torno á decirte la verdad.

—Vamos al comedor, que al llegar á Sevilla te armará caballero el invicto rey de Castilla y de León.

—Murmurarán los amigos de S. A.

—Fino es tu oído; escucha, y si hablasen mal del soberano...

—¿Podré con todos?

—Sí.

—¿Y si fuesen tan altos...?

—Donde tú no llegues alcanzo yo; y ter en cuenta, mi leal vasallo, que el conde de Lara hace suya la causa de sus servidores. Comamos.

—Y corramos á Sevilla; puede que la ingrata al través de mi título me vea un poco menos negro de lo que Dios me hizo.

Pedro se sentó á la mesa en unión de los principales jefes de su ejército y de los grandes.

A las tres en punto se despidió de don Ricardo, montó á caballo, y al frente de

su escolta y de los hijos de Osuna salió del morisco alcázar, hallando á los montañeses y selvícolas que en correcta formación se extendían desde el palacio hasta los campos de Tarifa. Lara y los que le acompañaban, cruzaron por entre aquellas dos hileras de leales y valientes soldados, los que vitoreaban al primero, haciéndole á la vez la más tierna despedida. Poco á poco fueron atravesando calles, plazas y arrabales, después el campo hasta que se alejaron de la ciudad. Cuando se hallaba en el punto donde estuvo acampada la reserva de los sitiadores, se detuvo el Conde, volvió la cabeza y contempló á Tarifa, sobre cuyas altas torres vió con noble orgullo ondular veinte banderas en todas las que lucía su escudo de armas. Desde allí, y en silencio, dió el postrer adiós á la plaza y metiendo espuelas á su caballo, gritó:

—¡Señores, á Sevilla, á escape!

Y como un torbellino desaparecieron en el mismo instante confundiéndose con los árboles y los montes.

Su leal corazón le indicaba claramente con sus continuados latidos la aproximación de un acontecimiento grande. Sigámosle á la metrópoli donde indudablemente le espera una recompensa mayor para el virtuoso, fuerte é incomparable doncel, que los aplausos, ovaciones y coronas que le prepara el pueblo sevillano.

CAPITULO XXXVI

Recibimiento y festejos. — Alí armado caballero. — El baile. — La corona. — Sorpresa. — Los esposos.

El pueblo sevillano que veía en el conde de Lara el áncora de salvación para aquel desgraciado país, oyó la noticia de sus repetidos triunfos con entusiasmo indecible; le cantó romances, lo aclamó, y hasta hubiera deseado elevarle altares; pero se contuvo con ánimo de esperar su regreso y demostrarle entonces lo mucho que lo admiraba.

La grandeza, que encontró en su espada y valor la salvación del trono, vidas y hacienda, lejos de tenerle envidia ó

encono, bendecía su nombre, mirando en él la verdadera égida de ellos, sus hijos y parientes. Así es, que en vez de oponerse á los festejos que el pueblo preparaba, dispuso otros más espléndidos.

A unos y á otros les sobraba razón para obrar así. Al desnudar la espada el brioso doncel de Castilla, estaba su patria asolada por asesinos que mataban en las poblaciones, en los campos y hasta en los montes. La vida del Rey se hallaba en peligro; su dinastía muy expuesta; la guerra civil empezaba; la anarquía triunfante, y en un caos todo el país, no viéndose otra cosa que traiciones, robos y maldades. Y al regresar el famoso caudillo quedaban Castilla y León en tranquila paz; la virtud tenía su trono, se premiaba la noble acción, y nada había que castigar, pues los pocos malévolos que aún existían, ahogaban cuidadosamente sus perversos instintos. Sentado el Rey sobre su trono era obedecido y respetado por toda la nación, imperando la ley doquier.

El cambio no podía ser más notable ni más honroso para el que tuvo la suerte de hacer trocar la faz de un pueblo entero. ¿Qué extraño que grandes y chicos, ricos y pobres, y en la ciudad como en el campo, se aplaudiese al noble guerrero que tanto hizo por su país, que de tal modo expuso su vida, fortuna é intereses?

Los Reyes, pareciéndoles poco acoger con alegría los festejos que se preparaban al Conde, estimularon para que sus vasallos dieran á aquella función la solemnidad posible, contribuyendo en secreto con dinero y en público con palabras y órdenes.

En el instante que se recibió la noticia de la toma de Tarifa, el entusiasmo popular rayó en delirio y desde aquel momento ya nadie pensó ni se ocupó de otra cosa que del regreso del Conde. Se cerraron los talleres, los balcones se colgaron, y discurreó el pueblo por las calles, preguntándose unos á otros cuándo hacía su entrada el famoso caudillo; pero ignorándolo todos, apostaron emisarios á la distancia de quince

leguas, y de este modo lograron su intento, que era saber con alguna anticipación la hora en que llegaría. Dejemos á éstos y sepamos qué es del Temerario.

Como impulsado por una fuerza que le impelía á correr, aguijoneaba á su caballo el vencedor de Cuenca y de Tarifa. No se explicaba el por qué, pero es lo cierto que se hallaba agitado por una impaciencia terrible.

—¡Corramos más!—exclamaba de continuo.—Este camino no se concluye nunca.

Los que le acompañaban le miraban con sorpresa, oprimían los ijares de sus corceles y le seguían sin comprender la causa que obligaba al Conde á marchar de aquel modo.

A la mitad del camino se le presentó un sevillano montado sobre un ligero potro jerezano y le preguntó.

—¿Sois vos el señor conde de Lara?

—¿Qué queréis?—le dijo éste deteniéndose.

—Gran señor, el pueblo de Sevilla me encarga os ruegue tengáis á bien indicarme cuándo entraréis en la corte.

—Mañana al mediodía; pero decirle de mi parte que le estimaría suprimiese toda clase de festejos relativos á mí. Allí tienen al Rey, único á quien deben aplaudir y respetar.

—Gracias, señor—le contestó el sevillano, metió espuelas y desapareció, dejando admirados á los de Lara con su veloz carrera.

—Bien galopa ese jinete, pardiez—exclamó Pedro.—Veamos si podemos imitarle.

Y partieron, pero no tan deprisa como aquél, pues ellos y sus caballos iban cargados de acero, mientras que el paisano tapaba el lomo de su caballo con sólo una manta sujeta con la cincha, llevando él un traje de lana excesivamente ligero.

Serían como las dos de la tarde del día siguiente, cuando Pedro, Alí, los grandes de Osuna y la comitiva de uno y otros, penetraron en la amena campiña de Sevilla, distinguiendo al poco tiempo las torres de la capital. Iban por la orilla del Guadalquivir, su-

bieron una cuesta de fácil acceso, y al llegar á la eminencia contemplaron el casco de la ciudad y un inmenso pueblo que les esperaba. El Conde sonrió agradecido, pero sin vanidad alguna; llegó al principio de las masas populares, y un grito entusiasta, unánime y placentero le saludó, siendo la señal para que estallase el volcán de un cariño acrecentado por espacio de muchos días. Palomas, flores y coronas le arrojaban á su paso, y los epítetos de valiente, invencible y arrogante se oían doquier, asomando lágrimas á más de un curtido rostro de aquellas gentes pobres, pero aficionadas á rendir homenaje á la virtud y al heroísmo.

El Conde puso á su caballo al paso, se alzó la celada y recibía con agrado aquellas muestras de respetuoso cariño, sin que el necio orgullo pudiera empañar su hermoso y varonil semblante.

De este modo penetró en la ciudad; las campanas se echaron á vuelo; veinte músicas tocaban himnos en loor del guerrero, cien danzas rodeaban á su comitiva y ochocientos arcos le indicaban el camino que debía seguir hasta su palacio; estando todo el piso cubierto de hojas de flores sobre las cuales caían ahora multitud de coronas que de todas partes iban arrojando al caudillo. Caballeros, nobles, hidalgos y pecheros, hombres y mujeres, ancianos y niños, todos se disputaban la honra de contemplar aquella mirada de águila, aquel rostro tan fiero en el combate, tan apacible y bondadoso ahora. Y cual rugientes olas se movían las masas populares, confundíendose sus aclamaciones con el sonido de las campanas, el eco de las músicas, las voces de los cantores, el ruido de las pisadas, apagándose tan revuelta confusión en la inmensidad del espacio.

Lara notó con sentimiento que sólo su nombre se hallaba esculpido en los arcos, en las calles y en los edificios públicos, sin que se hubiesen acordado para nada del verdadero héroe, del incógnito de la cruz roja. Varias veces quiso hablar á las masas, pero le fué imposible hacerse oír, prohibiéndoselo la atronadora gritería con que le vito-

reaban y aclamaban. Por fin llegó á la gran plaza que llevaba su apellido y de la que ocupaba todo un frente su espléndido palacio; el pueblo no había podido penetrar en ésta, por impedirlo los vasallos de la grandeza sevillana, los cuales tenían tomadas por orden de sus amos todas las avenidas. En ella no había arcos, flores ni guirnaldas; reinaba un profundo silencio; pero en su centro estaban los grandes y caballeros principales de la corte, con traje de etiqueta, descubiertos y con un paje cada uno detrás teniendo el birrete de su señor.

Al ver el Temerario aquella reunión de las primeras personas del país, echó pie á tierra, se hizo quitar el casco y se dirigió á ellos con los brazos abiertos. Todos le alargaron los suyos y en esta ocasión lo hicieron con tanta sinceridad como cariño. Fué una escena muda, tierna, interesante, que humedeció los ojos del guerrero y llenó de orgullo á aquellos poderosos de la tierra que se creyeron honrados al aspirar el poderoso aliento de un compañero que supo elevarse sobre ellos como el águila por encima de los montes.

Rodeado el Conde de todos, exclamó:

—Señores, declaro solemnemente que existe un hombre más digno que yo de los aplausos y festejos que se me hacen; tiene más talento, ha guerreado más y ha sido el verdadero héroe. Ignoro cómo se llama, quién es, pero se le conoce con el nombre de *el caballero de la cruz roja*. Yo os ruego, amigos míos, que lo hagáis público, que así es la verdad, pues nunca fué noble ni propio de nosotros recibir unos aplausos que deben dirigirse á otro. Yo, conde de Lara y grande del reino, me inclino ante ese héroe, lo aplaudo y reconozco la superioridad que tiene sobre mí.

Los grandes le demostraron que él no era menos acreedor, lo justa de aquella ovación, ofreciéndole hacer públicas su manifestación y modestia.

En este instante se presentó un mayordomo del rey, diciendo al caudillo, de parte de SS. AA., que ambos estaban ha más de una hora esperándole á veinte pasos de allí, en el estrado de su pro-

pio palacio. Lara volvió á estrechar á sus amigos y partió al alcázar solo, pues los grandes detuvieron á Alí, dándole la mano y colmándole de elogios, felicitando además á los de Osuna y á los caballeros del Conde.

Este subió á su morada y hallándose efectivamente con D. Sancho IV y doña María Alfonsa de Molina, fué á inclinarse, pero el Rey le contuvo, abrazándose á él, llorando y dirigiéndole las más tiernas frases.

—Os debo—exclamaba—la tranquilidad del país, el sosiego, el trono y más que todo mi honra. Habéis sufrido una sentencia de muerte, atravesasteis Castilla, vencisteis ejércitos, aniquilasteis á todos mis enemigos; y como si esto no fuera bastante, me regaláis á Tarifa, nuevo y brillante florón que realzará mi corona. No puedo daros la púrpura real que merecen esos robustos hombros que tanto poder les otorgó el Hacedor, que nada queréis aceptar de vuestro rey; recibán, pues, del amigo en este amoroso abrazo todo el afecto y cariño que encierra para vos mi corazón.

La Reina, que conocía mejor aun que su esposo lo que valía el Temerario, le contemplaba con solícito interés, dejó que D. Sancho lo abrazase y elogiera, y alargándole después su mano, le dijo:

—Bien hicisteis en mandar que os quitaran el casco, que de tener aquí mi corona real se la hubiera dado á mi esposo para que la fijase en vuestras sienes.

—Las coronas que ostentan mis reyes ninguna otra cabeza las merece ni podría sostenerlas; y me fundo, entre otras cosas, en que Dios, que es la suma sabiduría, las colocó en vuestras sienes. Si os llegara á sobrar alguna, cerca tenéis, señora, un pariente ó amigo más digno de ella que yo.

Lara pronunció sus últimas palabras con mareada intención; pero la de Molina que tenía mucho talento, se apresuró á preguntarle:

—¿Os referís al caballero de la cruz roja?

—Sí, señora.

—Mi pariente ó amigo, como vos queráis, ciñe otra mejor; una igual á la

vuestra, invencible caudillo: la de la gloria adornada con el genio que á ambos os eleva sobre todos los nacidos en Castilla y León.

—Gracias, señora; comparándome á ese hombre y elogiándome vos, me elevo efectivamente mucho más alto de donde creí llegar.

—¿Tanto vale mi pariente y amigo?

—¿Es las dos cosas?

—Las dos.

—Mucho; su heroísmo no tiene parecido.

—Pienso, Conde, que mañana no podréis sostener esa idea.

—¡Ignoro el fundamento!

—¿Queréis hacer una apuesta?

—¡Con vos!

—¡Qué tiene de extraño!

—Que todo cuanto yo poseo es de mis reyes, por lo cual me expongo á ganar y á no perder.

—No importa, apostemos.

—Apostemos, si así lo desea V. A.

—Oídmme: si en todo el día y la noche de mañana sostenéis públicamente que el heroísmo del incógnito es tan grande que no tiene parecido, me habréis ganado mi corona real, la que guardaréis entre vuestras joyas como un recuerdo de vuestra reina; pero si llega un momento en ese período en que no podéis sostenerlo, mía será una de las dos que os van á regalar mañana.

—¡No os comprendo, señora! ¿Quiénes me van á regalar dos coronas?

—La grandeza os entregará una de un valor inmenso, pues toda ella se compone de brillantes y esmeraldas, y el pueblo os dará otra de oro, diamantes y rubíes. He visto ambas y son riquísimas.

—La primera no me pertenece; será para el caballero de la cruz roja. La otra la acepto por no desairar á un pueblo tan noble y generoso; queda hecha la apuesta sobre la última; de este modo tendré dos, una regia y otra popular.

—Os vais á quedar sin ninguna, Conde.

—Gran talento admiro en V. A., mas en esta ocasión...

—Os va á ganar una corona que lleva engastado el amor de todo un pueblo.

—Os vais á quedar sin la vuestra.

—Conde, positivamente perdéis.

—Señora, no admite duda que gano. Señor, ¿qué le parece á V. A.?

—Que ganáis perdiendo esa corona.

—El plazo es breve, pero ya anhelo que termine, pues no comprendo el misterio.

En este instante los interrumpió Alí, el cual llegó, y besando la mano de sus reyes le dijo á D. Sancho:

—Gran señor, me mandastes que me presentara ante tu Alteza en cuanto regresara, y ansioso de obedecerte aprovechando esta ocasión.

—¡Dicen que has hecho prodigios de valor!

—Al lado de mi amo no es posible tener miedo.

—Tu maza, Alí, es tan célebre ya como la mejor espada.

—Cuando pueda usar esa la manejaré como aquélla.

—Recuerdo, efectivamente, que te he ofrecido armarte caballero.

—Creo lo mismo, gran señor.

—¿Tienes padrino ya?

—El mejor que existe en Castilla.

—Entonces será el conde de Lara.

—Sí, Alteza.

—Pues mañana á las doce te armaré caballero.

—Y yo, con permiso de V. A., le cedo uno de mis señoríos, dejándole la elección—añadió el Temerario.

—Opto por el de tu cariño; me basta con ser caballero y vivir á tu lado, amo mío.

—¿Y si tienes hijos?

—Serás su padrino y con eso les sobra.

Los Reyes, el Conde y Alí continuaron hablando media hora más, en cuyo instante se retiraron aquéllos entre los grandes que les esperaban en un salón contiguo, siendo vitoreados en el tránsito por la multitud que les abrió calle y les fué siguiendo hasta que los dejó en el real alcázar.

Después que el Conde despidió á unos y á otros, estrechó á su tío D. Juan, y en unión de éste y de sus amigos de Osuna, se sentó á la mesa, despojado ya del traje de guerra.

El repique de campanas había cesa-

do; pero no así las músicas, los cantares, ni las danzas. Reunido ahora el pueblo en la gran plaza de Lara, atronaba el espacio, aumentando cada vez más su delirante entusiasmo.

El Conde comía, le era agradable tan sincera y magna ovación, sintiendo palpar su corazón á impulso de un agradecimiento, hijo de la innata nobleza de su alma.

¡Feliz el hombre que, como Pedro de Lara, consigue hacerse amar por un inmenso pueblo, que ebrio de júbilo, demuestra con franqueza y lealtad el cariño que le inspira su ídolo! ¡Ay de los que, escondidos entre los muros, tapices y sedas de espléndidos alcázares, cierran los oídos á ese rumor sordo, continuado, terrible, que los maldice y lanza sobre ellos el anatema! ¡Ni la placentera orgía, festín, ni las tiernas frases de la astuta sirena, podrán ablandar su empedernido corazón, ni abrirlo para dar paso á la expansión y dicha; entre los manjares, vinos, melodías y livianas beldades sentirán el peso de aquella maldición que roe la conciencia, debilita el ánimo y sirve de rémora al placer que en vano pretende libar! Oro, riquezas, todo les hastía, cansa y molesta, ¡porque en todas partes ven escrito el anatema! Jamás conseguirán, como el conde de Lara, la dulce alegría, las tiernas y agradables impresiones que él recibe en estos momentos en que sazona y come los manjares con el ardiente fuego del aura popular.

Alí, que no perdonaba ocasión para recordar á su amo que no debía juzgarse tan desgraciado como suponía serlo algunas veces, se acercó á su oído y con marcada intención, le preguntó:

—Señor, ¿te son indiferentes esos rumores que llegan hasta aquí? ¿Te causan tedio?

—No, antes al contrario, me enternecen y halagan, negro.

—Eso decía yo en Tarifa, ¿recuerdas?

—¿Quién había de suponer tal entusiasmo y cariño?

—Cualquiera que no fuese tan modesto como tú. En verdad, amo mío, que yo veía entonces lo que acontece ahora,

porque comprendía que tú mereces mucho más de lo que oyes á pesar de hacer ellos cuanto les es dable.

—¡Calla, insensato!

Alí selló sus labios, sonriendo maliciosamente por la causa que motivaba el diálogo que acabamos de copiar.

Dió fin la comida, y el Conde encargó al africano que mandase á palacio los trofeos cogidos al enemigo en Tarifa, mientras él se disponía á devolver á los Reyes la honrosa visita que le hicieron no ha mucho; entrando seguidamente en su despacho. Solo allí, se fué poco á poco entregando á profundas meditaciones, en las que permaneció hasta que vino á distraerle la tímida voz de un hombre vestido de montañés, que con acento entrecortado le dijo:

—Gran señor, si nos permitiéseis...

Pedro alzó la frente y vió á la puerta de su estancia á Juan, el de la cabaña próxima á la cueva de los bandidos apresados por Alí y los zegríes, que era el que acababa de dirigirle la palabra, el cual iba acompañado de Borja, el que, como recordarán nuestros lectores, quedó en Sevilla, herido por dos de los *quinientos*, encargado después de enterar al rey D. Sancho de cuantas noticias necesitase sobre los rebeldes del torneo.

Lara sonrió al contemplar lo compungidos que presentaban sus rostros aquellos dos arrepentidos y enmendados bandoleros, diciéndoles:

—Pasad, que tenía deseos de veros á ambos. Empezaré por ti, buen Juan. Te vi en las cercanías de Cuenca, más desaparecistes y nada he vuelto á saber

hasta este momento. Tú no eres muy aficionado á la guerra ¿es cierto?

—Señor, no tornasteis á verme por otra desgracia mayor que la de temer yo la muerte.

—No te comprendo, Juan; ¿hay algo peor que ser cobarde?

—No lo soy, señor, que fuí el primero en acometer á vuestros enemigos, adelantándome á los leones del Saucejo. Tenía que purgar algunos pecadillos, y...

—Entiendo.



—Tú no eres muy aficionado á la guerra, ¿es cierto?

—Como yo no alcanzo la experiencia de aquellos valerosos montañeses, avancé demasiado, y me tiraron varios botes de lanza, teniendo la desgracia de que no se perdiera uno.

—Es decir, que te hirieron.

—Me dejaron por muerto. Ved, señor, cómo están mis brazos y pecho; todo son agujeros.

—Fortuna ha sido que pudieras sanar de tan graves lesiones.

—Sí, mas la mano derecha la tengo

inútil; la izquierda no me sirve para nada, y respecto de las piernas... en cuanto á las piernas, señor, soy hombre perdido; en andando veinte pasos dicen que no quieren más y me caigo. Aquellas ilusiones de vivir entre vuestros montañeses desaparecieron como la bruma.

—¡Pobre Juan! ¿Quién te trajo de Cuenca?

—Vuestros criados, por orden de los encargados del hospital de sangre. ¡Qué cuidado tan exquisito han tenido con nosotros, qué esmero, qué solícito interés! Han hecho milagros, y día y noche velaron por nuestras vidas como pudiera verificarlo un padre con sus hijos.

—No hacían más que cumplir mis órdenes.

—Ya lo sé, noble señor; pero os obedecen admirablemente.

—Siento tus dolencias, desgraciado Juan; quédate en este palacio, que nada te faltará en él. Anda si puedes; si no te estás quieto ó en cama; come con mis vasallos, duerme cerca de ellos y no pienses en otra cosa que en Dios y en restablecerte. Quedas de sirviente mío, con la obligación de no hacer nada. Retírate y déjame solo con Borja.

El exbandido, con los ojos húmedos por el agradecimiento, se inclinó ante el Conde, y besando la diestra con que éste le ayudaba á levantarse, salió del despacho, apoyándose en las paredes, y bendiciendo la hidalguía de su nuevo señor.

—Acercaos Borja—exclamó Lara.—¿Curasteis de vuestras heridas?

—Suelo resentirme de ellas, pero no estoy mal, señor.

—Me alegro. ¿Que hicisteis durante mi ausencia?

—Di á S. A. cuantos datos y noticias me pidió, obedeciéndole, según me encargasteis.

—¿Les falta algo ó vuestros hijos?

—No, señor; gracias al conde de Lara, reciben buena educación y les sobran comodidades.

—¿Qué deseáis ahora de mí? Sed franco.

—Una ocupación ó destino en que os

pueda ser útil, ganando á la vez lo necesario para mis hijos y para mí.

—¿Queréis formar parte de los caballeros que me sirven en este palacio?

—Eso colmaría mis deseos con exceso.

—Pues marchad entre ellos y ajustaros por el tiempo que gustéis.

—Por toda la vida, gran señor. ¿Cómo podría pagaros...?

—Imitando la conducta de vuestros compañeros.

—No tendréis queja de mí. ¿Me permitís besar vuestra mano?

—No, estrechadla.

—Gracias, inimitable señor.

Y Borja salió también de la estancia, vertiendo lágrimas de agradecimiento.

—¡Alí—grité el Temerario.

—Os obedezco, amo mío.

—¿Fueron los trofeos á palacio?

—Sí, señor.

—Pues partamos.

El Conde se embozó en un finísimo manto de grana, el negro en otro de cachemir, y ambos se dirigieron al real alcázar, tapados hasta los ojos para no ser descubiertos; y por entre inmensa multitud, que aún continuaba aclamándole con tanto afán como al principio. Era ya de noche; Sevilla estaba completamente iluminada, y el ambiente que se respiraba iba perfumado con las flores que cubrían todo el piso de la ciudad.

Con mucho trabajo pudo el Conde entrar en el palacio de su Rey, siendo al momento recibido por éste. Después de hecha la entrega de todos los trofeos cogidos al enemigo, se encerraron ambos, y frente el uno del otro, exclamó el Monarca:

—La Reina, mi señora, sentirá no poderme acompañar en este instante, mas la disculpa el que se halla discutiendo acaloradamente con el caballero de la cruz roja, y vuestros amigos el príncipe Muza y Abenamar Abencerraje.

—Dejadla, señor, que S. A. vuestra señora, está mejor acompañada que vos.

—Eso es incuestionable, Conde; pero no es ocasión de disputar. Supongo que

desearéis nos ocupemos de asuntos de Estado.

—Lo creo conveniente, señor.

—Sea en buen hora. Recibí el pliego que me mandó el rey de Aragón por vuestro conducto, las seguridades que me dió aquél después, hallándose la cuestión completamente resuelta. Los Cerdas deploran ya en un encierro lo torpe de su conducta, y los monarcas de Aragón, Navarra y Francia formaremos en breve una alianza que librará á Castilla y León de invasiones extranjeras. Tengo en mi poder, y aprisionados, á D. Lope de Haro y á una docena de sus parciales, únicos traidores que quedaban en mis reinos; me faltaba sólo atraer á mi hermano D. Juan, el cual pasó el Estrecho, en dirección de Marruecos, en el instante que llegó á sus oídos la noticia de vuestra aproximación á los muros de Tarifa. Perverso y cobarde es el Infante; pero no debemos inquietarnos por él; pues se halla completamente inútil para llevar á cabo lo que le aconsejan sus instintos malévolos. Nada acontece por otra parte en el país, que merezca una discusión en los momentos en que debe molestaros el cansancio y la fatiga. Todo lo tenía perdido, todo me lo dais ganado; y si esto acrecienta en mí una viva satisfacción, bien sabe Dios que la amengua el que nada necesitéis de mí.

—Esta noche vengo decidido á demandaros varias gracias.

—Hablad, Conde amigo; todo os lo concedo.

—Deseo en primer lugar que mandéis lo antes posible á Tarifa un gobernador y vasallos que la defiendan; pues mis pobres montañeses anhelan regresar á su país y es muy justa la pretensión.

—Antes que vos llegarán al Saucejo; pues mañana mismo saldrán en su relevo cuatro mil soldados al mando de la autoridad que vos designéis. He aquí la lista de los que pretenden defender la plaza.

El Conde cogió un pergamino que le alargó D. Sancho y lo dejó en el mismo instante, exclamando:

—No admite duda, el más leal, el más valiente y el más desinteresado es don Alonso de Guzmán.

—¡Que me place! Esa misma era mi opinión. Al ser de día partirá al frente de mis vasallos. ¿Qué más deseáis?

—Dejad en libertad á D. Lope de Haro y á esos doce desgraciados que aún conservan la vida; si agradecidos á tal merced se arrepienten, nada se habrá perdido; pero si volviesen á conspirar, entregad sus cabezas al verdugo; que el que tanto reincide mejor está en el cementerio que en un calabozo.

—Mañana quedarán libres y hasta les invitaré al sarao que habrá por la noche. Pedidme otra cosa.

—Por último, ruego á V. A. me permita ir á recibir á mi esposa, con la cual ansío retirarme á mi castillo del Saucejo. Eso es todo, señor.

—Bien me pesa, que ese todo no sea nada; mas ¡qué he de dar yo á quien todo le sobra! Conde amigo, mañana por la tarde comeréis conmigo; por la noche asistiréis á un gran baile que doy en vuestro obsequio y en el cual recibiréis las dos coronas que la grandeza y el pueblo os regalan; descansaréis en mi alcázar después del sarao, partiendo cuando gustéis. De no poderos tener siempre á mi lado, como quisiera, idos, que prefiero vuestra dicha á la mía, vuestra tranquilidad y sosiego al bien que me proporcionarían vuestros consejos y amistad. Sólo os ruego, que no volváis á marchar de mis reinos; vuestra permanencia en Castilla basta para acallar torpes pasiones é inicua ambición.

—Encerrado en mi feudal vivienda, pienso no salir de ella hasta que mis deudos ó parientes hagan conducir mis restos á Sevilla, donde reposan las cenizas de mis antepasados.

—Me alegro; quiere decir que si necesito de vuestra sabia experiencia os visitaré en el Saucejo, que la distancia no es larga.

—¿Me dais vuestro permiso para retirarme?

—Sí, que estaréis cansado.

—El Cielo vele por V. A.

—Os espero á las doce, con Alí y vues-

tro tío D. Juan; y no pensad en volver hasta el día siguiente. Pueden venir por la noche los grandes de Osuna y todos vuestros caballeros de Sevilla.

—No faltarán.

—Id con Dios.

Salió Pedro, se incorporó con su leopardo, regresando al alcázar con las mismas dificultades que habían ido. Aquel noble pueblo no se cansaba de vitorear y festejar al modesto caudillo.

Amo y criado buscaron el lecho, y arrullados con los ecos de las dulces melodías, de los vítores, de los himnos, de las canciones, de aquel conjunto que formaba la bendición de un pueblo entero, se fueron quedando dormidos. Al cerrar los ojos, el Temerario exclamó:

—¡Cuán grata es el aura popular! ¡Imposible parece que haya hombres capaces de medrar, sacrificando á esas infelices masas tan desgraciadas, tan nobles, tan agradecidas!

—Escalera, señor—le dijo Alí medio dormido, —escalera humana hacen de esas pobres gentes, á quienes pisotean para subir. ¡La lechuza chupó siempre la sustancia de esas palomas!

—Ya lo sé, negro, por eso maldigo al miserable hipócrita que, escalando la sociedad en que vive, se eleva adulando y mintiendo para concluir siendo verdugo de los que llamaba hijos ó hermanos. Gracias, hidalgo pueblo; á serme posible daría por tu felicidad toda mi sangre.

—Tú no has nacido para monarca, mísero montaraz—le dijo Alí.

—¡Qué feliz sería si mi adorada Blanca partiese conmigo esos sinceros aplausos de la multitud! ¡Mi esposa, mi idolatrada esposa! ¡La única mujer que estrecharon mis brazos! ¡El ángel que ahogó mis penas y me hizo ver el mundo como á edén donde libaba la ventura...! ¡Blanca...! ¡Ay! ¡Qué ausencia tan cruel!

—¡Mañana á esta hora no dirás eso, dichoso marido! ¡Yo... tu pobre negro aún...! Pero tú...

—¡Qué dices de mañana...! Alí, Alí. ¡Soñaba...! Su sueño me desveló; mas es indispensable dormir. En un letargo quisiera pasar lo que resta de tan larga y penosa separación.

Poco después dormían ambos. Las voces del pueblo fueron apagándose poco á poco hasta quedar la ciudad en tranquila calma.

Al siguiente día abrió los ojos el Conde y exclamó:

—¡Alí!

—Señor—dijo el africano entrando,—ha cambiado completamente la decoración; el pueblo ha trasladado los arcos á las calles que conducen desde tu alcázar al del soberano, ha cubierto el piso de flores, y ya no son veinte músicas y cien comparsas; ahora ascienden á doscientas. ¿Oyes cómo te vitorean?

—Sí; pero no comprendo por qué hoy...

—Ha mandado el Rey que dure tres días la función; y lo peor es que han puesto mi nombre en un arco.

—¿Qué han escrito?

—Al valeroso Alí, escudero del primer guerrero del mundo.

—Te hacen justicia.

—Gracias, amo mío. ¿Sabes que temo perder hoy la serenidad, al verme objeto de toda la corte?

—¿Por qué? Si tal sucediera... pero á bien que tu color disimulará la emoción, ¿es cierto?

—Por desgracia, no es fácil que noten si estoy ó no pálido.

—Vísteme, almorcemos y nos iremos á palacio.

Cuatro horas después salían Pedro de Lara, Alí, los grandes de Osuna y cien caballeros de los que servían al primero, en dirección de palacio. Todos iban vestidos con traje de corte, y á ninguno le ruborizaba asistir al acto de armar caballero á un negro, cuyo valor y lealtad conocían y admiraban. Antes al contrario, caminaban gozosos, declarando que el africano merecía sobradamente aquella honra.

El pueblo, formado en dos apiñadas hileras, los vitoreaba, exclamando:

—¡El valeroso negro! Bravo, caballero Alí; ganastes de mil modos ese título. Bastaba con el amor que profesas á tu señor, y sobraba con tus mazazos para elevarte á grande.

—¡Viva el conde de Lara! ¡Viva su ne-

gro! ¡Gloria y honor al más noble de los héroes! ¡Vivan los guerreros que le acompañan!

Oyendo exclamaciones idénticas unas, y otras análogas, penetraron en el real alcázar Pedro y el africano, brillando en los labios del primero paternal sonrisa y en los ojos del segundo lágrimas, hijas del agradecimiento que le inspiraban las frases que le dirigía la multitud.

Media hora más tarde, reunida la corte y sentados los reyes en el trono, fué allí armado caballero con toda la solemnidad posible, pues los monarcas, en obsequio al Conde, dispusieron que este acto fuese una excepción de los practicados en iguales circunstancias.

Concluído, pronunció D. Sancho un discurso encareciendo el valor y lealtad del nuevo caballero, hasta el punto de citarlo como modelo que debía imitarse.

Alí escuchaba y veía, mas se hallaba bastante conmovido, dirigiendo continuamente miradas penetrantes y tiernas al caballero de la cruz roja, al príncipe Muza y muy particularmente á su señor. Rodeaban el trono, además de los citados, toda la familia real y cuantos grandes residían en Sevilla, incluso los de Osuna, varias damas, palaciegos, los cien caballeros que acompañaron al Temerario y algunos otros de los que se hallaban al servicio del Rey: estaban colocados del modo siguiente: Debajo del solio y sentados, los soberanos, el hermano del rey de Granada y todos los infantes; los varones á la derecha de D. Sancho y las hembras á la izquierda de doña María. Alí y su padrino el Conde se hallaban enfrente del trono, de pie y á tres pasos de la grada; y la grandeza, caballeros y damas en rededor, también de pie y en ala, empezando por la derecha del Rey y concluyendo en la izquierda de la Reina; siendo de notar que el caballero de la cruz roja estaba en estos momentos á la cabeza de los grandes, como si fuera el primero de ellos, y por consiguiente, al lado del príncipe Muza.

Terminado el discurso de S. A. besó el nuevo caballero las diestras de sus Reyes, dándoles las gracias en un breve

y sentido discurso. Luego, y según costumbre, debía estrechar las manos de cuantos grandes, nobles y caballeros estaban presentes; en consecuencia, se dirigió al Conde como primer grande y padrino suyo, mas fué tal la emoción que sintió al coger su mano, que cayó de rodillas y agolpándose las lágrimas á sus ojos, exclamó:

—Gran señor, todo te lo debo...

Y el llanto ahogó su voz. Lara le levantó del suelo y abrazándole tiernamente, le dijo:

—Alza, valiente caballero; el que se iguala á mí en el campo de batalla puede estar á mi lado en la corte y en todas partes; y el que abriga un corazón tan noble y leal, entre mis brazos; que si nacistes negro, vales más que tres cuartas partes de los blancos que conozco.

A pesar de lo grave de aquella escena, todos, incluso los monarcas, la presenciaron conmovidos, interesando la figura del agitado africano.

Luego que éste se tranquilizó, fué á dirigirse al caballero de la cruz roja, pero se levantó Muza, se interpuso entre ambos y lo estrechó también, dejándole que se llegara al incógnito, al cual se acercó, inclinó levemente y con disimulo una rodilla y le besó la mano que aquél le alargó. Los restantes grandes, nobles y caballeros, á imitación del Príncipe y del Temerario, le fueron abrazando.

De este modo concluyó aquel acto solemne, en el que dió una prueba más D. Sancho IV de su afición á la justicia y de la gran amistad que profesaba al conde de Lara.

Este, cuando se retiraron los que no estaban convidados á comer, se acercó á Macías y le preguntó muy quedo:

—¿Habéis oído los aplausos que el pueblo ha tributado á Alí, y reparasteis bien en el acto que acaba de terminar?

—Sí, señor.

—Pues montáis inmediatamente á caballo, partiendo á mi castillo del Saucejejo. En él existe, como sabéis, una dama que trata á mi noble africano con una dureza impropia de su buen talento. Avisáis á los ancianos que en breve

regresarán los hijos del Saucejo, que se hallan en Tarifa, y esto os servirá de disculpa para que no supongan que yo os envío y podáis de una manera hábil y discreta enterar á la dama de cuanto habéis visto y oído referente á Alí. Lo contáis también delante de su tío, y si mis restantes servidores de la fortaleza formasen coro con vos cuando elogiéis al negro, no se perdería nada.

—Comprendo, señor, y llevaré á cabo vuestro plan tal como deseáis.

—No perded tiempo.

—Marcho ahora mismo.

Sin despedirse, y menos enterar á ninguno de la comisión que llevaba, montó á caballo Macías, y seguido únicamente de un criado del Conde, se dirigió al Saucejo.

Quedaron en el real alcázar el Conde, los grandes de Osuna, Alí y los restantes caballeros de aquél, todos los cuales estaban convidados á comer con Don Sancho. En diferente mesa y habitaciones se sentó el Rey con éstos, mientras la Reina lo verificaba en un extremo del palacio, teniendo al caballero de la cruz roja á su derecha, al príncipe Muza á la izquierda y en ala á los jefes de tribu y principales caballeros moros y cristianos que obedecían á los dos primeros y los siguieron á la guerra. En ambos festines reinó mucha animación y alegría; el de la cruz roja, contra su costumbre, estuvo jovial y placentero como jamás, mientras el conde de Lara, su antítesis en esta ocasión, permaneció durante la comida ensimismado y triste. Desde que se hallaba separado de Blanca conseguía entregarse sólo por un momento á la expansión, pero inmediatamente inclinaba la cabeza, quedando meditabundo y pesadoso. El Rey hubo de comprender la causa que motivaba el triste estado de su amigo, y le dirigió algunas bromas, á las que contestaba el guerrero con sonrisa más triste aún que su semblante.

La comida tuvo su término, y cogiéndose el Monarca al brazo del Conde, se encerró con él en su despacho y le dijo:

—Sevilla entera goza hoy por vos; y

el héroe de tal función suspira y pena por qué ese dolor, amigo mío?

—Todos, gran señor, ríen y gozan porque tienen corazón, á mí me falta y lloro, que lo guarda un ángel y tarda en traérmelo.

—Ya vendrá, y aun cuando merece el ardiente amor que le profesáis, no se justifica debidamente esa amargura en un ídolo á quien todos miramos hoy.

—Gracias, señor; quiero reír, deseo mostrarme placentero y agradecido á tan inmerecida distinción, á tanto obsequio como me hacen desde el poderoso rey de Castilla y de León hasta el último de sus vasallos; y no obstante, mis esfuerzos son inútiles, lejos de doña Blanca todo me causa hastío, desventura y daño! Cuando más dulces y melodiosas son las voces y los sonidos de los instrumentos, más excitan mi melancolía; quiero animar mi decaído espíritu, anhelo demostrar mi agradecimiento y que vean en mi faz el sello de un placer que en vano intento libar; y lejos de conseguirlo, se agolpan las lágrimas á mis ojos, sufre mi alma y una voz argentina, embriagadora hiere mi oído y comprime mi ser, gritando: «¡Pedro! ¡Pedro!» ¡Y es mi esposa, señor, que suspira por mí, y acaso me llama desde luegas tierras! ¡Es, Alteza, que no tengo corazón, que se quedó Blanca con él y me dejó en su lugar la esencia del tormento y la amargura!

—¿Conque no tenéis corazón? ¡Par-diez, no dicen eso vuestros enemigos!

—Acostumbrado á la guerra, mataba por instinto, y á veces sin saber lo que hacía. Ved ahí, señor, la causa de haber estado en dos ocasiones tan expuesto á morir.

—¿Recordáis cómo yo me encontraba al llegar vos de Jerusalén?

—Sí, padecíais una afección al hígado, según opinión de los magos.

—Me encontraba muy malo, Conde.

—Os hallé efectivamente bastante decaído.

—Y no obstante eso, fué suficiente vuestra presencia para que sanase en el acto.

—De lo cual debemos deducir, que no

existía tal enfermedad y sí una afección moral.

—Lo mismo que vos tenéis.

—Acaso.

—Conde amigo, favor por favor; vos me curasteis á mí, os voy á curar yo.

—Imposible, Alteza.

—¡Oh! Ya lo veréis.

—¿De qué modo?

—Esperad. ¡Hola! ¡Mayordomos!—gritó el Rey, presentándose al momento varios palaciegos.

—Avisad á S. A., la Reina mi señora, á los grandes y á cuantos estén convidados al baile, que éste ya no es á las diez de la noche, sino á las ocho en punto; añadiendo, que la entrega de las coronas al conde de Lara, se verificará á las ocho y media. Decid además á mi esposa, que una causa grande me obliga á tomar esa medida, de acuerdo con mi Justicia mayor.

Los palaciegos marcharon y el Rey continuó:

—La música, la animación del baile, grandeza, vuestros Reyes, y muy particularmente la corona, os van á curar, amigo mío.

—¡Ojalá; gran señor! ¡Y si bien agradezco tanta distinción y favores, serán inútiles para desterrar mi melancolía, para sanar mi mal! ¡Un hombre sin corazón carece de vida y ese no podéis dármele vos!

—Os lo voy á dar. ¿Queréis hacer otra apuesta conmigo?

—Gracias, señor; vais á perder y tengo bastante con la corona de vuestra esposa.

—No importa; vuestro condado contra todos mis brillantes.

—¡Buena estaría la casa real sin una sola de esas piedras!

—¿Tenéis miedo?

—De ganar; mas ya que lo queréis, me llevaré al Saucejo todas vuestras alhajas; pero con una condición: que me habéis de ayudar á fijar sobre las sienes del incógnito la corona que me va á regalar la grandeza.

—Bien, ¿mas y si se presenta como hasta aquí con el casco y la celada caída...?

—Si creéis que no hay una causa poderosa que lo prohíba nos pondremos de acuerdo y cuando yo tenga ya la corona le arrancáis de pronto el casco y entonces se la dejo.

Sancho meditó y soltando una carcajada, exclamó:

—Lo apruebo, amigo mío; puede que esta intriga ayude á que desechéis vuestra tristeza.

—Imposible; mas tengo gran señor empeño en ponerle yo mismo la corona que ganó en los campos de batalla con heroísmo sin igual. En los llanos de Cuenca me arrojó una y esta es otra razón para que yo se la devuelva hoy.

—Se va á reir mi esposa cuando le refiera vuestra magnífica idea. Si me permitieseis un instante, desearía enterarla con tiempo...

—Id, señor.

—¿Me esperáis aquí?

—No intento moverme; toda vez que pensáis honrarme lo que queda de tarde y durante la noche.

Salió el Monarca y Lara viéndose solo apoyó la frente en sus manos y se entregó, como de costumbre, á tristes ideas. Como había dicho muy bien, no encontraba nada que halagara su mente, ensanchase su espíritu y le prestase alegría. Al principio de recibir la sin igual ovación que le tributaba Sevilla, sintió ese placer que engendra, en almas como la suya, el agradecimiento; pero luego aumentaba su abatimiento la música, las voces, las danzas y los festejos. Así es, que en este instante más que el héroe de aquella fiesta, se parecía al que preside un duelo. Miraba la rica pedrería bordada en su preciosa túnica de terciopelo, movía la cabeza en sentido negativo, y una sonrisa desdeñosa y triste asomaba á sus finos y sonrosados labios. Un tinte pálido daba majestad á su aristocrático semblante, el fuego de sus ojos parecía apagado, siendo todo en él bello y varonil, melancólico y taciturno. Era, en fin, un rey que disimulaba mal el dolor que le causaba la pérdida de un hijo ó de una esposa amada; todo lo cual lo presentaba aún más simpático é interesante.

Abstraído en sus profundas meditaciones, como hemos manifestado, no llamó su atención lo mucho que tardó en regresar el Monarca; el cual lo halló según acabamos de describir. D. Sancho le miró detenidamente, y sonriendo con malicia, le preguntó

—¿Lloráis, gigante de Sancho el Bravo?

—No me faltaba mucho, gran señor.



—¿Lloráis, gigante de Sancho el Bravo?

—Son cerca de las ocho, Conde.

—Mucho habéis tardado, Alteza.

—Hablabla con la Reina el incógnito, y hasta hallar un pretexto para que mi esposa me oyese sola...

—¿Acepta el plan?

—Con mucho gusto; dice sólo que os compadece, pues os quedáis esta noche sin ninguna de las dos coronas que os regalan y sin el condado.

—Mucha seguridad tenéis.

—Antes de una hora veréis en qué la fundamos.

Los dos siguieron hablando hasta que vinieron á anunciarles que los salones se habían llenado con los muchos convidados que acababan de llegar. Aun cruzaron algunas frases, se cogieron del brazo y penetraron acto continuo en las estancias destinadas al baile.

D. Sancho no había perdonado medio ni sacrificio alguno para que la función fuese digna del objeto á que la destinaba. Se adornaron con más lujo las regias habitaciones; cien pebeteros exhalaban riquísimos aromas, rivalizando con el azahar de los naranjos, la variedad de flores y las muchas plantas odoríferas que se veían doquier, en las que reflejaban la luz de tanto brillante y piedras preciosas como ostentaban las damas y caballeros. En estos instantes imitaba á un paraíso soñado, la espléndida mansión de los reyes de Castilla. Bellísimas mujeres luciendo sus galas y su blanca epidermis, más hermosa que aquéllas; arrogantes donceles de briosa apostura, guerreros de ardiente mirada; cortesanos de finísimos

modales, y todos con tierna sonrisa en los labios se dirigían al Conde, el cual sin fuego en los ojos ni aliento en el pecho, inclinaba la frente, recibiendo tanta enhorabuena y plácemes con su mortificadora pena. ¡Imposible parecía que el héroe de Cuenca y de Tarifa fuese aquel gigante tan abatido, lánguido, descolorido y macilento! Intentaba reír, anhelaba demostrar su agradecimiento

con frases y acción, mas no podía; le faltaban palabras y fuerza, y era que le sobaban amargura y dolor. ¡Qué le importaban á él las cien bellas, los quinientos caballeros que le adulaban y miraban con asombro, si no estaba allí, si no veía al ángel á quien dió corazón y vida!

Por fin llegó el momento señalado por el Rey; penetraron una tras otra, la comisión nombrada por la grandeza y la elegida por el pueblo, llevando la primera en una bandeja de oro la corona que debían ofrecer al Conde, y la segunda en otra de plata, la que también le regalaban. Ambas eran, como dijo la Reina, de un valor inestimable.

En este instante se reunieron en torno de Pedro cuantas personas existían en los salones.

Las dos comisiones pronunciaron respectivamente, con un pequeño intervalo de una á otra, y por boca de uno de sus individuos, un discurso elogiando los merecimientos de Lara, concluyendo por rogarle que aceptase aquel presente.

El Rey, cogió la del pueblo y se la puso al Temerario, mientras éste tomó la otra y después de dar las gracias á las comisiones, exclamó:

—Grandes de Castilla y de León, nobles y caballeros que me rodeáis, oid; Me juzgaría dichoso con poseer esta corona que me regala la grandeza de mi país; no por lo que vale, sino por lo que dice; pero de aceptarla para mí, daría una solemne prueba de insensata ambición y de torpeza. Permitidme que á vuestra vista, y sólo como un acto de justicia, la fije sobre las sienes que debe estar, únicas que la merecen; sobre el hombre que me enseñó á guerrear, á mandar ejércitos y á vencer.

Calló Lara, el Rey desapareció y un murmullo confuso y prolongado le respondió:

—Ese es el caballero de la cruz roja; la acción es digna de Lara, pero hace bien en ofrecer á ese héroe encubierto la corona que tiene en su mano.

A estas sordas voces siguió un continuado silencio. Estaban todos los convidados de ambos sexos en el gran salón de embajadores, formando un cír-

culo completo, fijas todas las miradas en el Conde. Este en cuanto concluyó de hablar, no viendo en torno al incógnito, á la Reina ni al Rey, fué á dirigirse en su busca cuando se abrió el círculo y penetraron doña María Alfonsa de Molina, cogida al brazo del caballero de la cruz roja, y detrás D. Sancho, el príncipe Muza y los caballeros moros y cristianos del ejército del encubierto. Al verlo Lara, exclamó:

—Vos sólo merecéis esta corona.

Y alargó el brazo para ponérsela, á la vez lo sujetó la Reina mientras el Rey y el Príncipe le arrancaron el casco.

A este acto siguió un grito exhalado por hombres y mujeres, pintándose en los rostros de cuantos convidados había, la más grande admiración. Al conde de Lara se le cayó la corona de la mano y se restregó los ojos, creyendo que dormía. Los convidados habían dicho en su grito:

—¡La Heroína Zegrí!

Pedro, con voz parecida á un trueno, exclamó:

—¡Blanca; esposa mía!

Y sus piernas flaquearon. El Rey lo sostuvo, y abriéndole los brazos lo unió á la Heroína, quedando ambos enlazados, sin poder expresar frase alguna. Damas y caballeros lloraban; participando al parecer de la ternura que embargaba á los esposos.

No era aquella escena para continuarla allí; así es, que entre todos los individuos de la familia real y Muza, rodearon al guerrero y á su varonil compañera, y abrazados también á ellos se los llevaron á una cámara inmediata, dejándolos solos por algún tiempo. A la puerta quedaban el escudero de doña Blanca, que era el señor de Márcia, abrazado también al buen Alí, llorando ambos de alegría, más que por el cariño que se profesaban, por la dicha de sus señores.

Cuando Pedro y la Heroína se hallaron solos, se cogieron de las manos, se estrecharon, y mirándose con ardiente amor, apenas encontraban palabras con que expresar el placer que experimentaban.

Renunciamos á describir el fin de tan

interesante y hasta sublime cuadro; juzguen nuestros lectores la embriaguez que sentirían aquellas almas tan tiernas, puras y ardientes, al hallarse reunidas después de tanto azar y peligro como acababan de correr. La abnegación del Conde al exponer su vida tantas y tantas veces lejos del ser que más amaba, y la fortaleza de su esposa sin descubrirse en todo ese tiempo al único hombre por quien sentía loco frenesí, temerosa de que éste no le dejase velar por su vida, recibían en este instante una recompensa digna de tales sacrificios y padecimientos.

Media hora después entraron el Rey y la Reina, llevándose la última á doña Blanca.

—¡Márcia! ¡Mi querido Rueda!

Gritó Lara y abrió sus brazos recibiendo en ellos á su antiguo maestro y escudero. Luego se echó dos pasos atrás y le preguntó:

—Lázaro Rueda, señor de Márcia; ¿y mi honra?

—Pardiez—le contestó el viejo guerrero—la niña es tierna y sumisa contigo; pero león invencible para con los demás. He sido lebrél que no la perdió de vista un solo instante; ¡y si alguno...! ¡voto á...! perdóneme V. A. señor; pero era inútil, hijo mío; es ella más valiente que tú y que yo; tan virtuosa como tú é infinitamente más que yo. Qué fortaleza de alma, Pedro; ¡qué corazón! Vamos; si vuelves á hacerme esa pregunta... voto á...

—Perdona, amigo mío; ¡la amo tanto!

—Yo lo creo, casi tanto como yo. Vale esa dama..., no; ese héroe... tampoco... Yo no sé lo que es... vestida de mujer es más hermosa que todas; á caballo y con la espada no hay ejércitos para ella. Su talento parece divino; su temple de alma celestial; y más fuerte que todos los hombres, llora al ver un mendigo, ríe al abrir los labios un niño, y con su pequeña mano me da unos bofetones...

Muza y Abenamar Abencerraje entraron en este instante, dieron la enhorabuena al Conde y lo estrecharon; éste les dijo:

—Príncipe, jefe de la tribu abencerra-

je, ahora comprendo por qué no vivíais y caminabais á mi lado; ahora sé lo que debo á vuestra amistad, nobles granadinos.

—Nada, Pedro—le contestó Muza—solo hemos cumplido con nuestro deber; la Heroína velaba por ti, y nosotros por tu esposa, que aun cuando su genio supera á todo elogio, es muy hermosa, y en esta tierra hay muchos villanos. Nadie se atrevió á llegar á su tienda, pero si alguno lo intentara, con su vida hubiera pagado la acción. Es hija y heredera además del jefe de la tribu zegrí, y no podíamos tampoco negarnos á seguirla.

—Ahora todo lo comprendo, amigos míos; en un sueño me revelaron la verdad; creí en ella, y al poco tiempo hizo la fatalidad que todo lo viese al contrario de como era; no dudé de vosotros, porque tengo sobradas pruebas de vuestra lealtad y cariño hacia mí, mas me ofusqué y padecí lo indecible; no obstante lo cual, recibo en este momento la recompensa á todos mis sufrimientos. Esposa, nobleza incomparable de amigos, cuanto me rodea me sonríe y hace dichoso. ¡Cuán bondadoso hallé siempre á Dios para conmigo!

Alí, que ha tiempo aguardaba la ocasión de presentarse á su señor, dejó encontrarla, pues acercándose le preguntó:

—¿Me perdonas?

—Hipócrita, ¿por qué no me dijiste la verdad?

—Cuando ella manda, el negro no tiene voluntad.

—Ni yo tampoco; has hecho bien; obedece la siempre, y no temas disgustarme.

Dos pajes hicieron sentar al Conde de orden del Rey, arreglaron su melena y le pusieron la corona que le regaló el pueblo de Sevilla. Poco después regresó la Reina y doña Blanca, vestida ya ésta última, con un precioso traje de aquélla, y más encantadora que nunca. Doña María se la entregó á Lara, diciéndole:

—Ahí tenéis á vuestra esposa, que ciñe la corona que os regaló la grandeza; yo os cedo la del pueblo, pues os la he ganado.

—Y yo el condado de Lara, que habéis perdido—añadió el Rey.

—Cierto, perdí ambas cosas, y me hallo dispuesto á entregároselas.

—Los dos deseábamos poderos regalar algo, por eso hicimos la apuesta.

—Se lo agradezco á VV. AA., pues de claro haber perdido la corona y mi título.

El Monarca dió el brazo á su esposa, Lara á la suya, y ambos salieron á los salones, seguidos de aquellos de quienes estaban rodeados. D. Sancho había dado la orden de que rompiera el baile, mas á pesar del mandato y de convidarles la música, todos permanecieron quietos aguardando el regreso de los condes de Lara. Estos se presentaron, y un aplauso unánime los recibió, no oyéndose otra cosa que:

—¡La Heroína Zegrí! ¡Qué hermosa es! ¡El genio de la gloria brilla en su frente mucho más que los brillantes que la adornan! ¡Recordáis lo que hizo en el torneo? ¡Es más hábil que su esposo, más serena y más audaz!

Doña Blanca fué durante el baile el punto donde se dirigían todas las miradas y elogios; por eso ella pretendió no darse á conocer hasta pasados los tres días de fiestas; mas contra su voluntad le arrancaron el casco, y vieron su bella faz; es indudable que si no eclipsó la gloria de su esposo, la amortiguó bastante, con lo cual gozaba el noble caudillo, pues agradecía más un aplauso dado á la Heroína, que cuantos pudieran dirigirse á él. Ambos fueron obsequiados por todos, sin excepción alguna, los colmaron de elogios, y concluyó por fin el baile, siendo desde el principio hasta este momento, la admiración y objeto del entusiasmo de las damas, los grandes, los caballeros y los nobles.

Los dos tenían habitación dispuesta en el real alcázar, á la que fueron acompañados de SS. AA.

La música cesó, los convidados se retiraron; quedó en silencio el palacio, y los condes de Lara, solos ya en sus dormitorio, oraron, acabando de pasar el resto de la noche mecidos por una dicha que sólo halla en el mundo la virtud, lealtad y amor.

Todo hastía y cansa en la vida por el exceso, evitad éste, y gozaréis siquiera sean esos instantes en que algunos consiguen adormecer sus penas.

Desde la cumbre de su elevada posición, descendieron al campo de batalla Pedro el Temerario y la Heroína Zegrí. Abandonaron sus palacios, poderío, comodidades, bienestar y felicidad, para dormir casi á la intemperie, sobre la lona de un estrecho catre, rodeados de enemigos, y expuestos á morir á cada instante á mano alevosa, sedienta siempre de la ardiente y noble sangre que circulaba por sus venas. Mantenían ejércitos con sus propios intereses, y daban por último al país sus vidas, dinero y vasallos y concluída tan terrible lucha pasaron á Sevilla á recibir, por boca de su querido Rey, el permiso para encerrarse en su castillo feudal. Por dar paz y tranquilidad á su patria, se sacrificaron ellos, gastaron una inmensa fortuna, vertieron su sangre, y al cabo de tanta gloria conseguida á costa de tales sufrimientos y desembolsos, sólo anhelan esconderse y vivir ignorados.

Lo mismo exactamente hacen hoy los grandes patricios que admiramos en... El óptico se equivocó; los cristales llegaron imperfectos á nuestros ojos, y nada vimos. ¡Qué desgracia para los que somos miopes y para esos grandes hombres á quienes no podemos elogiar!

¡El mal seguirá medrando,
el bien, de la patria huyendo,
los más, callando, callando,
y los menos, viendo, viendo...!

CAPÍTULO XXXVII

La hermosa Alboraya. — Despedida. — Al Saueajo. — Alí y sus dos prometidas

A la mañana siguiente todos los habitantes de Sevilla comentaban el acontecimiento que había tenido lugar la noche anterior en el real alcázar. Los grandes, caballeros, nobles y el pueblo referían con orgullo que la esposa de Pedro el Temerario era la primera heroína conocida hasta entonces. El valor de esta incomparable mujer, su destreza, talento y genio entusiasmó nuevamente á aque-

llas masas, las cuales recorrían la capital cantando himnos, aplaudiendo y vitoreando á la Heroína Zegrí. El amor y fidelidad de doña Blanca para con su esposo formaban otra nueva causa que obligaba á los sevillanos á elogiarla más y á que citaran su preclaro nombre con un respeto y admiración muy propios de la hidalguía castellana.

Este acontecimiento dió lugar á que se alzasen nuevos arcos, y á que en todos ellos figurase en primer término el nombre de la esposa del Temerario. Al tercer día de fiesta y regocijo era mayor que nunca el júbilo de los habitantes de la metrópoli. Sólo D. Lope de Haro y sus doce restantes compañeros se creyeron humillados y extraordinariamente abatidos, al saber que en el torneo de Sevilla y en la Plaza Mayor de Ecija fueron vencidos y aniquilados por una mujer tan bella, como audaz y entendida. En su despecho no comprendían que fué el heroísmo de la Zegrí, y no la débil mano de la mujer el que los venció en todas partes; otros hombres menos malvados y más pensadores se hubieran alegrado ver en el caudillo contrario una encantadora beldad, ante la que tuvieron que prosternarse; mas para esta clase de seres sólo existía loca ambición, necio orgullo, insensatez sin igual y una torpeza tan grande como sus crímenes. Era, sin embargo, tan fatal la posición é impotencia á que se veían condenados, que su enojo de ahora no tuvo otra consecuencia que la de obligarles á inclinar las frentes y á esconderse en el rincón del hogar doméstico, avengonzados, pesarosos y entregados por completo al más cruel remordimiento. ¡Terrible castigo que continuaban recibiendo por sus inauditos hechos!

Lara y su bellísima esposa dejaron el lecho, y se cubrieron con preciosos trajes de seda que realzaban más y más la arrojante y varonil figura del caballero y los encantos de la incomparable dama. Sus despejadas frentes sólo demostraban bondad; sus labios alegría, y sus rostros ese placer íntimo, profundo, que se siente en el corazón, en todo nuestro ser, y sale á la faz radian-

te y tan marcado que no admite disimulo.

—Esposa mía—exclamó el Temerario estrechando una mano de Blanca,—concluyó nuestra larga y última separación; ni el primer trono de la tierra, ni la muerte amenazadora me obligarían á dejarte otra vez. ¡Tuyo desde este momento hasta la eternidad! Mis ojos cesarán de verte cuando se cierran sin vida y para no volverse á abrir. No quiero más glorias, batallas ni aplausos: desde que tenía doce años hasta hoy que paso de los veintinueve, no hecho otra cosa que guerrear, combatir por mi patria y elevarla. Mi piel tienecincuenta agujeros; bastan ya; desde hoy sólo me ocuparé de la herida que tú, hermosísima Blanca, hicistes en mi corazón; herida, esposa mía, por la cual sale un raudal de amor, de loco frenesí. ¡Cuánto he sufrido...! Ingrata, tan cerca de mí, y no dejarme siquiera oír ese acento que imita al de los ángeles; ¡tu voz dulce, argentina, embriagadora! ¡Pedro! ¡Esa sola frase hubiera bastado para hacerme feliz!

La Heroína miró á su esposo despidiendo sus ojos chispeantes ráfagas del fuego en que aquél se abrasaba; le echó los brazos al cuello y con voz que conmovió hasta las fibras del corazón del Conde, le contestó:

—¡Ingrata me llamas! ¡Ingrata, á la que te ha salvado la vida dos veces; á la que velaba mientras tú dormías; á la que vertía un mar de lágrimas cuando tú caminabas al patíbulo con la arrogancia del héroe, con el valor del temerario, con la abnegación del mártir...! Miento, esposo mío; no fué tu existencia lo que salvé, era la mía; no velaba por ti, fué por mí; porque teniendo tú mi vida, alma y corazón, al perecer Pedro de Lara acababa mi existencia. Con la diestra empuñé por desgracia mía una espada mortífera, y en la izquierda oprimía de día y de noche un agudo puñal que esperaba sólo la noticia de tu muerte para atravesar mi pecho. Dios, que tanto nos ama, defendió nuestras vidas y quiso que en tranquila paz anduviésemos lo que nos resta de existencia. Pedro, amor mío, no hablemos más del

pasado; pensemos únicamente encerrarnos en nuestro castillo del Saucejo y de dicha en dicha, correr por nuestros estados formando un solo ser, con una voluntad. Tú, como hombre, has hecho más que todos los caudillos juntos de este país; yo, como mujer te he ayudado y ambos hemos combatido siempre por otro. No quiero más luchas, que me duelen los ojos de tanto llorar, el corazón de sufrir y el alma de padecer. ¿Oyes esos aplausos que nos da la multitud? ¡Pues no son un obsequio, no; los hemos comprado muy caros; cada palmada te cuesta á ti una gota de sangre y á mí una lágrima...! ¡Basta, pues, de amarguras, y si no nos elogian, mejor; el Eterno no puso mi felicidad en las bocas ni en las palmas de las manos de esas honradas masas que nos vitorean y ensalzan, la depositó en tus labios, en tus ojos, en tu amor...! ¡Pedro...!

—¡Blanca...!

Estas exclamaciones fueron dos gritos exhalados por el espíritu de los esposos; eran la expresión genuina del amor; los expelía el fuego íntimo que abrasaba á los amantes, los que continuaban recibiendo la gran recompensa que merecían sacrificios y la virtud á que ajustaron siempre todas sus acciones.

En este instante se estrechaban mutuamente, concluyendo por decir el Conde:

—Mañana al ser de día partiremos.

—Sí, esposo mío. Oigo pasos en la estancia contigua y juzgo que serán Sus Altezas; quisiera que les salieses al encuentro ínterin yo hablo con Alí sobre los amores de ese leal y desgraciado servidor nuestro. Debemos hacer su felicidad, para lo cual creo indispensable oírle con detenimiento.

—Tienes razón, Blanca; entretendré á los Reyes, pero no tardes; no viéndote me falta la vida.

Un ardiente beso cerró el diálogo; Lara salió y sola la Heroína llamó á su negro, le hizo cerrar las puertas de la cámara, y le dijo:

—Acércate, Alí; siéntate en ese sillón.

—Perdona, noble Condesa; aun cuan-

do sea caballero, me place no dejar de ser tu antiguo esclavo.

—Te lo mando, africano; haz lo que te he dicho y contéstame.

Con algún trabajo obedeció á su señora, replicándole:

—Siento que tengas tales deferencias con el que tanto te debe; mas tú lo quieres y yo no sé contradecirte.

—Alí, tu conducta durante la guerra que acaba de terminar ha sido la de siempre: una lealtad admirable, un valor que te envidiarán los más atrevidos, y un amor á tus amos que te hace digno de todo nuestro afecto. Alí, quiero tu suerte, desearía que fueses feliz como yo lo soy; y como no basta para ello con riquezas, títulos y honores, preciso será que nos ocupemos de aquello que pueda ayudar á tu dicha.

—Mi felicidad reside cerca de vosotros, mi desgracia lejos; tenedme al lado y seré dichoso; despedidme y me veréis desgraciado.

—Bien, pero puedes permanecer junto á nosotros teniendo una compañera á quien ames y de quien seas correspondido. En una palabra, mi buen Alí, me ha enterado el Conde de que adoras á Beatriz de Calatrava, joven agraciada, vanidosa, pobre y á la que no gusta el color de tu piel.

—Mi señor te dijo la verdad.

—Conozco á esa dama y no es digna de ti, africano; vale el caballero, el poderoso Alí infinitamente más que ella. ¿Qué has hallado en esa mujer para enamorarte? ¿Crees por ventura que aun cuando llegase á amarte serías dichoso al lado de un ser que le falta talento, educación y le sobran tanta vanidad, orgullo é insensatez? Alí, los condes de Lara conseguirán imposibles para ti, pero temen que por atender á un capricho, á una pasión abrigada sin estudiar el objeto que la inspiró, hagan tu desgracia, guiados por el mejor deseo. Olvida, amigo mío, los desdenes de esa mujer; piensa en su hermosura, en las cualidades que acompañan á ésta; cura las heridas que causó en tu amor propio y si todavía insistes en ofrecerla tu mano se casará contigo.

El negro inclinó su cabeza, se contrajo su semblante y meditó. Dos lágrimas asomaron á sus ojos, cruzaron su rostro y rodaron hasta el suelo. Luego alzó la frente, y como arrojando de sí un peso que le atormentaba, contestó con resolución:

—Tienes razón, señora; desde hoy en adelante sólo desprecio tendré para esa ingrata.

—No, Alí; la cuestión es muy grave y debe tratarse con más aplomo y reflexión. En llegando al Saucejo hablaremos con Beatriz mi esposo y yo, la estudiaremos mejor, y si nos hubiésemos equivocado, te unirás á ella. Entretanto, tratemos de otra, pues bueno es que compares, y ya que tan rico te vamos á hacer, que tanto te has elevado, y siendo así que existen tantas mujeres, elige, negro, elige, que tuya será aquella que encuentres mejor.

—Sí, sultana, hablemos de otras.

—¿Recuerdas á la hermosa Alboraya, hija de Alahor Abencerraje?

—Sí; tu doncella y amiga, convertida á la religión católica y de cuyo bautismo fuisteis vosotros padrinos, llamándose desde entonces Elena de Lara.

—¿No te parece más bella que Beatriz?

—Sí.

—Pues si la hubieses tratado más, si conocieses su talento, la nobleza de su alma y pudieras apreciar el mérito de su conjunto, no hallarías punto de comparación entre la hija de Calatrava y Alboraya. No obstante su debilidad femenil, lo impresionable que es y la ternura que abriga su alma, se vistió de paje, me siguió á la guerra y ha partido conmigo penas y sinsabores. Repara luego en ella y verás cuán hermosa ha regresado; ni el Sol, el aire, las fatigas, ni el insomnio curtieron ni afearon su bella epidermis. Ha vuelto más esbelta, más encantadora que fué.

—Elena es, efectivamente, una granadina que llama la atención por sus encantos, finos modales y elegancia.

—¡Y cuán desgraciada es!

—¿Qué dices, señora?

—Que ama á un hombre el cual no se

ha dignado fijar en ella su atención.

—Extraño es, que la niña merece un príncipe. ¿Cómo se llama el doncel?

—Alí.

—¡Doña Blanca...! ¡Será posible...! ¡Me parece un sueño...! ¡Alboraya me ama y yo no me atreví á fijarme en ella por temor de ofenderla...! Beatriz á su lado podía honrarse sirviéndola de esclava.

La Condesa oprimió un timbre, apareciendo poco después una bellísima joven, de unos veinte años de edad, la cual preguntó:

—¿Qué quieres, Blanca?

—Acércate, Elena; mi pobre Alí me hablaba ahora de ti, haciendo justicia á las dotes que la Providencia, pródiga siempre con sus hijos, se dignó concederte. Está triste, porque ama y no sabe si es correspondido; su lealtad, valor y nobleza, merecen de tu parte un sacrificio; en mi obsequio, hija mía, habla con él y si te fuera dable aminora sus penas, que ya es caballero y puede estar á tu lado.

La Heroína Zegrí miró á los jóvenes, sonrió con malicia y desapareció yendo en busca de su esposo. Al partir quedaba Elena de color de carmín, sin acción ni movimiento.

El negro fué á hablarla y le faltó la voz; que es de audaces campeones no temer á los hombres, y temblar ante esos ángeles que el cielo deposita sobre la superficie del globo para hacer la dicha del que sabe y comprende el tesoro que encierra una beldad como Elena de Lara.

Doña Blanca halló al Conde en la cámara de la Reina hablando con S. S. AA. Al verla, doña María la sentó á su lado, le cogió una mano y comenzó á mirarla con la ternura de una madre, pues sabido es lo mucho que la de Molina amó siempre á su ahijada, Fátima Zegrí cuando era mora, y Blanca de Molina al bautizarse. Los cuatro conversaron sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar, concluyendo por aprobar unánimes el plan sometido á la regia sanción por el pueblo de Sevilla. Este se reducía á que tuviese efecto una fun-



ción en el mismo sitio que se construyó el palenque donde intentaron asesinar al Rey.

La grandeza y la plebe deseaban solemnizar la victoria conseguida allí, con juegos de cañas, corridas de caballos y suertes hábiles, propias de la época.

En cuatro horas hicieron el circo, levantaron los palcos, adornaron éstos y concluyeron los preparativos necesarios.

El Rey, la Reina y los condes de Lara se excudieron al ofrecer alhajas de gran valor para los premios de los campeones.

Pasó la mañana, comieron los cuatro, acompañados del príncipe Muza y de Abenamar Abencerraje, y seguidamente marcharon al palenque entre la grandeza de Sevilla y de Osuna. El pueblo les esperaba formando calle desde el alcázar hasta el sitio de la lidia, y aun cuando vitoreó bastante á los monarcas y á Pedro, la mayor parte de sus aplausos fueron dirigidos á la Heroína Zegrí. El entusiasmo que demostró al ver la hermosa faz de la amazona, rayaba en delirio, promoviéndose acaloradas disputas por defender, unos que era más valiente que bella y otros lo contrario.

Coronas, ramos y flores caían á sus pies sin cuento, rivalizando en hacer tales obsequios los nobles, las damas y el pueblo. El partido favorable á los condes de Lara lo componían ahora cuantos residían en Sevilla; el contrario, trece traidores que debían vida y libertad al Temerario, únicos que permanecían encerrados por miedo de que les echasen en cara haber sido vencidos por una mujer, no comprendiendo la imposibilidad de hallar un hombre capaz de sobreponerse á la Heroína Zegrí.

A las cuatro en punto dieron principio los juegos, durando hasta las siete. Llegó el momento de entregar los premios, y al alzarse las celadas los combatientes se oyó un aplauso general, hijo de la alegría que experimentó el pueblo al reconocer á los dos héroes de aquella función, y entre los cuales quedaron la mayor parte de los regalos. El primero fué Alí y el segundo Lázaró Rueda,

señor de Márcia. Un negro y un blanco que contaba más de cincuenta años, sobrepujaron en destreza, habilidad y denuedo á los doscientos caballeros que habían tenido por competidores. Ambos se presentaron ostentando el escudo de armas de Lara y parte de la arrogancia que demostraba en las lides el poderoso maestro y señor á quien seguían.

El Rey aplaudía como su pueblo, exclamando con júbilo:

—¡El negro y ese viejo pueden llevar sobre su pecho vuestras armas, conde de Lara! Bien imitan á su señor.

La Reina y doña Blanca entregaron los premios á los dos vencedores y siguiendo éstos la costumbre de depositarlos en las damas de sus pensamientos, se acercaron ambos á la Heroína Zegrí, inclinaron una rodilla y exclamaron:

—Reina de la hermosura y del heroísmo, acepta este presente debido á una destreza que triunfó, porque ni tú ni tu esposo tomasteis parte en la lidia.

Otro aplauso se oyó dirigido á los que, prescindiendo de las damas á quienes amaban ofrecían á la Heroína tan honroso regalo.

El Conde que estaba al lado de su esposa, la dijo:

—Dos son á obsequiarte; más vale así, pues de uno solo pudiera tener celos.

—¡Celos el conde de Lara...! ¡Celos mi esposo...! ¿Y quién podría inspirárteles?

—Nadie, Blanca mía. Sobre mí está tu virtud, tu dignidad y sobre éstas Dios á quien amas más que á mí y que al resto de los hombres.

Concluído el torneo regresaron á palacio siendo por el camino tan vitoreados como anteriormente.

Ya en el alcázar y en torno de ellos toda la nobleza sevillana, aprovecharon los condes de Lara esta ocasión para despedirse de los Reyes y de cuantos grandes, caballeros y damas estaban presentes. Esta escena, que duró más de una hora, hizo derramar abundantes lágrimas, siendo D. Sancho y doña Ma-

ría Alfonsa de Molina los que más vertieron.

Protestas, juramentos, tiernos abrazos, apretones de manos y ofrecimientos íntimos, cerraron el cuadro, y cuando se hubieron agotado las palabras, dieron principio los suspiros, partiendo en aquel momento los Condes, Alí, Márcia, el príncipe Muza, los jefes de tribu y los caballeros moros y cristianos que formaban las escoltas de los ya citados, y de los grandes de Osuna que también acompañaban á aquéllos.

Eran más de quinientos y todos tristes y cabizbajos se encaminaron al alcázar de Lara por entre las oleadas de una multitud incansable en aplaudir á los vencedores de la Plaza Mayor de Ecija, de Cuenca y de Tarifa.

La noche fué extendiendo sus negras sombras sobre la adornada ciudad de Sevilla y poco á poco se apagaron las luces, las voces de los cantantes y las melodías de las músicas, volviendo todo á su anterior estado normal.

Únicamente en el palacio del Temerario existía ese movimiento y animación efecto de la mucha gente reunida, diferentes en idioma, usos y costumbres, pues la mayor parte eran musulmanes.

Lara dió la orden de partir al Saucejo antes de amanecer, evitando de este modo que salieran á despedirle é interrumpiesen su marcha con lágrimas, que entristecerían á su feliz esposa.

Después se rodeó de los grandes, moros y cristianos, cenó con ellos, pasando en su compañía poco más de una hora. Y luego se retiró con su esposa buscando el descanso y la satisfacción de encontrarse solo con ella y poderla hablar y contemplar detenidamente sin testigos. Durmieron no obstante lo indispensable, se vistió ella con traje de amazona, á él le pusieron una armadura y se dispusieron á marchar; pero antes bajaron al panteón, orando algún tiempo en el altar que existía en el mismo.

Acto continuo saludaron á su tío don Juan, dejándole al frente del alcázar y se despidieron del viejo Rodrigo y de cuantos caballeros y vasallos quedaban

en Sevilla para la custodia del palacio. Montaron inmediatamente á caballo y henchidos sus corazones de júbilo se dirigieron al Saucejo.

Marchaban delante Lara, la Heroína, Muza y Abenamar con los grandes de Osuna; en pos Alí y Márcia. Por una deferencia del Conde seguían á éstos los zegríes; continuaban las damas, pajes y esclavos que acompañaron á la guerra á doña Blanca, los servidores de Pedro, y concluían mezclados y confundidos los abencerrajes, alaveses, almoradíes, vanezas, y los cien caballeros que trajo el Temerario de Tarifa.

De este modo se pusieron en marcha hacia el castillo feudal del Conde, alegres todos, satisfechos y ostentando la aureola de gloria que acababan de conquistar.

Distaban de Osuna catorce leguas y habiendo salido á las tres y media de la madrugada quería el Temerario llegar á su castillo antes de la noche, lo que no era difícil toda vez que no iba persona que dejase de estar acostumbrada á mayores fatigas.

En Mairena se detuvieron á almorzar y en Márcia comieron, dando más de una hora de descanso á los caballos.

Por fin distinguieron los montes del Saucejo y poco después vieron las torres de la feudal fortaleza. Lara miró á su esposa cambiando con ella una mirada placentera. Sus corazones latieron con violencia, se ensancharon sus espíritus, exclamando Pedro con alegría:

—Pronto mis montañeses saldrán de entre esas breñas.

Y no se equivocó; apenas comenzaron los caballos á trepar por el escabroso camino, tocó la campana del castillo y se fueron llenando las alturas de montañeses, selvícolas, caballeros y criados.

El día ante habían llegado los que componían el ejército que quedó en Tarifa, y en estos momentos salían á recibir á su señor.

Los grandes de Osuna y los de la comitiva que llevaban se despidieron allí, comprometiéndose el Conde ir á la ciudad el domingo próximo para celebrar en ella las victorias conseguidas.

Los restantes moros y cristianos continuaron en dirección al castillo sin otras interrupciones que las indispensables, motivadas por las cuestas, vueltas y descensos que se veían obligados á subir y bajar por entre aquellos riscos, por que caminaban ahora.

Cerca de anochecido penetraron en la fortaleza, en la que había sobradas habitaciones para todos.

El príncipe Muza y los suyos demostraron al Conde su deseo de partir á Granada al siguiente día, á lo cual éste no se opuso en vista de la imperiosa necesidad que tenían de regresar cerca de Mahomad II.

Cenaron, pues, y descansaron de la fatiga del día. La Heroína Zegrí y su esposo respiraban por fin las brisas perfumadas con las matas odoríferas de aquellos montes, por los que tanto suspiraron durante una larga separación que se vieron obligados á tener. Cuando los dos se hallaron solos, se cogieron de las manos y unidos á la vez corazones, almas y pensamientos penetraron en la capilla del castillo, cayeron de rodillas y prosternados ante Dios, le dieron las gracias, bañando el llanto sus semblantes. Terminado el ascético rezo buscaron

el lecho, y en él el tranquilo sueño, propicio siempre á los seres, cuya conciencia no molesta con sus punzantes recuerdos.

A la mañana siguiente se levantaron, demostrando sus bondadosos rostros la apacible calma que reinaba en sus almas. Satisfechos, alegres y placenteros mandaron á decir al príncipe Muza y á Abenamar Abencerraje, los cuales aguardaban el momento de ser recibidos, que podían pasar cuando gustasen. Los granadinos

penetraron en la estancia de los Condes, saludaron á éstos, diciéndoles el príncipe Muza.

—Tendremos á dicha almorzar con vosotros y el sentimiento de partir al levantarnos de la mesa; mi hermano lo quiere así y es indispensable obedecerle, pues de lo contrario pasaríamos á vuestro lado lo que resta de la presente hégira.

El Conde

los estrechó con cariño, contestándoles:

—Amigos míos, sería completa mi felicidad si os pudiera tener en mi casa el resto de la vida. Partid cuando gustéis, que es justa vuestra demanda, y á seros posible, honrad á menudo este castillo donde la amistad tiene un templo y vosotros os sentáis en su altar. Tanto os



...tocó la campana del castillo.

debo, que cuanto poseo sería poco á pagáros; pero entiendo que vuestros hechos cerca de mi idolatrada esposa no tienen precio. En este momento entrega mi servidumbre á las vuestras ricos presentes que nada pagan, pero que recuerdan que vuestro amigo Lara os estima y os espera siempre con los brazos abiertos. Algo va también para vuestro hermano el Rey, nada vale, mas le acompaña la seguridad de que mi espada no se desnudará nunca para el Monarca á quien obsequio en esta ocasión, y esto es algo.

—Conde, nada debe el que da su amistad; mas la seguridad de que nunca has de ser enemigo del rey de Granada, es estimada por nosotros como la posesión de nuestros estados; pues tal seguridad nos los garantiza. Los tres nos juramos cariño eterno; al servir uno á otros lo hace á sí propio y goza al verificarlo, que somos nobles, y en el cumplimiento de un sagrado deber no hay sacrificio, no existen molestias. Cruzábamos nosotros los campos, los montes, los ejércitos; nuestros caballos parecían águilas, nuestras espadas terribles guadañas, y creíamos que era sólo un paseo militar la carrera, y un sueño los cadáveres y la sangre que dejábamos en pos. El duro lecho, la escasez de alimentos, y hasta la falta de agua, nos hacía sonreír. Defendíamos á un ángel; éste era el corazón de Lara, y en ti residían nuestra esperanza, cariño y amistad. Por la vida de la Heroína, por la tuya, por la honra de los dos hubiéramos dado las nuestras, las de nuestros vasallos; el universo entero, á ser de nosotros y exigirnoslo la suerte. En el paraíso nos hubiera recompensado Alá una acción que nada tenía de extraña, por más que la gente ruin la llame sacrificio.

—¡Qué alma tan generosa y grande!

—Acaso se proponga únicamente imitar á la tuya.

—Ven á mis brazos, Príncipe; llega, Abenamar. ¡Qué consuelo recibo estrechando seres tan privilegiados! ¡Abrazalos, Heroína Zegrí, que la honra no mancha nunca al honor!

—No puedo, esposo mío, que juré no

estrechar á nadie mas que á ti; y una mujer debe cumplir su palabra como cualquier hombre. Les debo tanto como tú; les regalaría mi hacienda y cuanto tengo; pero si alguno tocase mis brazos, le segaría la garganta.

—Dice bien, que basta mirarla para comprender que nos quiere como tú.

—No faltes, esposa mía, á lo que has jurado; yo los abrazaré por ti.

Y formando un grupo tierno, interesante, partieron al comedor, donde almorzaron como cuatro hermanos, saboreando como manjar más exquisito el mutuo cariño que se tenían y demostraban.

A pesar de su categoría, títulos y honores, sirvieron á la mesa los caballeros Márcia y Alí, viéndose recompensados por tal amabilidad, con algunos epigramas de la Heroína y bromas del Conde, dirigidas, muy particularmente, contra el grave y mesurado Lázaro Rueda, el cual sacó además manchado é inútil su precioso traje de seda con la sustancia que contenían los platos que solía torcer á menudo doña Blanca, cuando los iba á retirar.

Concluyó el almuerzo, volvieron á abrazarse, y se dispusieron á marchar todos los musulmanes. Lara entonces, bajó á los patios donde se hallaban los zegríes, y los fué estrechando uno por uno, en tanto que cien de sus caballeros les daban alhajas y oro en cantidades grandes. Luego se despidió también de los abencerrajes, alaveses, almoradíes y vanegas; mandó formar á todos sus vasallos, pasando por medio los musulmanes, después de estrecharse por última vez el Conde, Muza y Abenamar. Aquél permaneció sobre los muros de su castillo hasta que perdió de vista los mantos blancos y los turbantes granadinos. La Heroína hizo también una tierna despedida á los árabes, saludando y elogiando uno tras otro á los zegríes, los que besaban la túnica de doña Blanca, llorando y con indecible pena; el genio de la hija de su jefe, les atraía y conducía de tal manera, que hubieran ido con ella al fin del mundo. Esta poderosa tribu era la más valiente, sobria y audaz; con naturaliza-

dos sus individuos con la guerra, sólo hallaban goce luchando y venciendo; y en pos de la Heroína consiguieron la gloria á que podía aspirar el más valiente. Marcharon tristes y pesarosos, animándoles sólo la esperanza de que la Zegrí podría necesitarlos y volverlos á llamar.

Pedro y su esposa se dirigieron á una de las principales estancias de la fortaleza, y se sentaron, preguntando el primero:

—¿Te parece, Blanca mía, que nos ocupemos de nuestro leal Alí?

—Sí—contestó ella—ese noble africano todo lo merece. Haz cuanto puedas en su obsequio, y en breve veremos quién ha conseguido más de ambos; porque yo también me he ocupado de él.

—¿Te marchas?

—Sí.

—¿Dónde vas?

—Supongo que intentas hablar con el tío y la sobrina.

—Ciertamente.

—Pues entretanto me ocuparé en preparar otra escena aún más tierna é interesante que la que tú promoverás aquí.

—¿Nada más me dices?

—No.

—Adiós, ingrata Heroína.

—Adiós, leal vencedor de Albarracín.

—¿Te refirieron la escena?

—Poco después de haber terminado.

—Era una desgraciada viuda...

—Una víbora que espantó al noble león con su poderoso aliento.

—¡Vale tanto la hurí!...

—¡Es tan caballero el doncel!...

—Todo lo merece ella.

—¡Buena lección le distes á la enlutada!

—¿No tuvistes ocasión de imitarme?

—Felizmente, no; que de intentar alguno manchar tu honra, le hubiera costado la vida.

—Manos torneadas y pequeñas tienes, pero tan ligeras y hábiles que se atreven á segar gargantas.

—¿Nos ocupamos de Alí?

—Adiós.

—Adiós.

El enamorado Conde, ignorando la escena que tuvo lugar entre Alí y su esposa, hizo comparecer ante su presencia á D. Lope y á doña Beatriz de Calatrava. Ni el tío ni la sobrina habían visto aún á los dueños del castillo que habitaban ahora; así es que al presentarse, comenzaron por darle la enhorabuena y elogiar sus gloriosos hechos de armas.

Lara les hizo sentar á su lado, y en la persuasión de que estaban bien preparados, según le indicó Macías, les dijo, cuando terminaron los cumplimientos:

—No obstante mi derecho de vasallaje, siento haberos violentado al rogaros que pasaseis á mi castillo, donde no dudo que os habrán servido como á su dueño.

—Así es la verdad, gran señor—contestó el tío.—Lejos de haber sufrido violencia nos juzgamos dichosos y honrados al obedecer sumisos vuestro mandato.

—Gracias, caballero. Supe que por causa de esta dama murió un hidalgo de Osuna, y aun cuando está bien muerto, soy el Justicia mayor de Castilla, el señor de dicha ciudad, y necesariamente debo velar por la tranquilidad y sosiego.

Calló Pedro y miró á los otros, los que con el rostro de color carmín, inclinaron las frentes, sin hallar nada que responder. El Conde continuó:

—Ahora bien; tengo entendido que uno de mis caballeros ama á vuestra sobrina; lo creo digno de ella, pues es tan rico como yo, su alma abriga una nobleza que pocas la igualan, lo estima el Rey, lo protege el conde de Lara. Si doña Beatriz corresponde á su amor se unirán pasado mañana, habitarán este castillo y comerán á mi mesa. Yo os ruego que seáis francos; sé que el color de Alí podrá no agradar á la vista; en cambio, su corazón no tiene rival, y al casarse llevará una fortuna y será mi segundo en el castillo y al frente de mis vasallos.

Tío y sobrina se miraron, y no contestando nada ella, se apresuró á replicar D. Lope:

—Alí, señor Conde, es valiente, noble y todos le respetan; posee una fortuna que unida á vuestra protección le hacen digno de aspirar á la mano de una dama más poderosa que mi sobrina. Yo no hallo inconveniente... si ella le ama..

—Yo—contestó la niña con algo de desdén y ese amaneramiento que de tan sabido creemos inútil describirlo,—yo no sé si con el tiempo podré amarle. ¡Es tan negro!...

—Como todos los de su país—añadió el Conde con algo de enojo.—Nadie os obliga, Beatriz; le habéis tratado, conocéis sus hechos y debéis saber si merece ó no vuestro amor.

—¡Hoy no; pero más adelante, quién sabe...!

En este momento se oyó una carcajada burlona y hasta sarcástica, lanzada por la Condesa á muy pocos pasos de allí. Los tres dirigieron su vista á la puerta de la estancia, pero nada vieron. El Conde continuó:

—Eso no es decir nada, hija mía; de vuestras palabras se puede deducir, aunque no de un modo positivo, que jamás llegaréis á amar al caballero Alí, y en la duda opto por terminar esta escena dejándoos en libertad de que os caséis con otro, pues no entró jamás en mis cálculos sacrificar á una dama.

—Eso ya es llevar las cosas á un extremo... ¡yo no digo...! Aunque negro, es guapo, muy valiente, todos le elogian, y andando el tiempo...

Al concluir doña Beatriz se oyó una voz dulce, sonora, que preguntó:

—Esposo mío, ¿me das tu permiso para entrar?

Los tres se levantaron; Lara exclamó:

—Blanca, amor mío, ¿qué te detiene? ¡Aun cuando estuviese acompañado de todos los monarcas del mundo! Llegas. ¡Qué me importa el Universo entero comparado contigo!

—Es que vengo acompañado de una hermosísima dama.

—No será tanto como tú, si bien la juzgo muy bella puesto que tú la elogias.

—Me sigue también el caballero más

gentil y valiente de Castilla y de León, exceptuando al conde de Lara.

—El valor y gentileza de ambos unidos quisieran parecerse á tu heroísmo. Llegad los tres, que el anuncio de un ángel sólo ventura podrá traer á mi casa.

Blanca penetró por fin llevando cogida de la mano derecha á la hermosa Elena y con la izquierda al arrogante Alí. Pedro miró á los tres y exclamó:

—Bella es efectivamente la dama, y lo sería más si no estuviese tan cerca de ti. El caballero vale mucho también, que aun cuando negro su color, superan su frente y corazón á todos los blancos que conozco. Acercaos, hijos, ¿qué queréis? La una es amiga y compañera de mi esposa; el otro lo es mío; si pedis gracia tenerla por concedida, que todo es poco para lo que tanto quiero.

El tío y la sobrina saludaron á la Condesa cuando entró; pero ésta les contestó con un desdenoso movimiento de cabeza que les hizo palidecer; luego soltó las manos de sus protegidos, cayeron ambos de rodillas á los pies del Conde, exclamando aquélla:

—Esposo, el sacerdote aguarda en la capilla del castillo; echa tu bendición á nuestros amados protegidos y partamos con ellos al templo, pues antes de media hora deberán estar enlazados. Son dignos el uno del otro; tú lo has hecho rico á él, yo á ella; si el primero es negro, la segunda no miró el color de su piel, sino la grandeza de su alma, su talento, el tesoro de fuego y amor que Dios depositó en su ardiente corazón.

Sorprendido el Temerario, retrocedió dos pasos, miró á los amantes y preguntó á su esposa:

—¿Se quieren ellos?

—¡Se aman con delirio! Los traigo casados desde Sevilla. Ha mucho tiempo que mi hermosa Elena, que tiene gran talento, suspiraba en silencio por él, pero no con tal disimulo que yo dejase de comprenderlo. Mi pobre Alí lo ignoraba, y como la dama vale tanto y él es tan modesto, no se atrevió á dirigirle una mirada por temor de ofenderla; pero yo le descubrí el secreto, y por

fortuna suya y nuestra, puesto que anhélamos su dicha, le alargué la mano y lo saqué del limbo, donde sólo residen inocentes, para trasladarlo á un edén en el cual este ángel lo hará dichoso. Echales la bendición, Pedro, que estará cansada mi querida Elena.

—¡Hijos...!

Exclamó el Conde; los bendijo y los estrechó contra su pecho, añadiendo:

—¡Dios os haga felices como á mí!

—¡Y como á mí!

—¡Qué talento tienes, Blanca!

—¡Qué bueno eres, Pedro! mas no me elogies delante de estos señores, pues supondrán que me adulas.

—¿Dices que el sacerdote espera?

—Hace tiempo.

—¿Serás tú la madrina?

—Y tú el padrino.

—¡Oh; con mucho placer!

El Conde miró á los novios y notó efectivamente que ambos se amaban, y que Elena era infinitamente más bella que Beatriz. Satisfecho de su reconocimiento, se volvió al tío y á la sobrina, diciéndoles:

—Mi amigo Alí, por una equivocación sin duda, dirigió frases amorosas á vuestra sobrina, señor Calatrava; pero nunca pensó unirse á ella; según veo, toda vez que podía aspirar á la mano de un gran señora, como lo es doña Elena de Lara; mas siendo él tan rico y generoso, basta que haya puesto sus ojos una vez en Beatriz, aún cuando fuese por equivocación, para que la dote en cuatro mil ducados. Salid de mi castillo, que mañana os llevarán el dinero.

—Señor, es demasiado...

—Aceptad, Calatrava; notad que una dama pobre y tan vanidosa como vuestra sobrina, sin ese regalo no se casará nunca.

Los Condes cogieron de la mano á sus ahijados, hicieron una cortesía al tío y á la sobrina y se dirigieron á la capilla, en tanto que éstos bajaron la cabeza y comprendiendo entonces la torpeza á que dieron lugar los desdenes de Beatriz, partieron de la fortaleza, suspirando amargamente por la indisputable dicha que los necios dejaron escapar.

Alí se unió á Elena seguidamente, recibiendo los abrazos y parabienes de cuantos caballeros y jefes se hallaban en el castillo. El acto se celebró con la mayor pompa, permaneciendo en la capilla hasta el momento de marchar á la mesa, en la cual les aguardaba un espléndido banquete. Al llegar al comedor estrechó Lara al recién casado, diciéndole:

—Bien ha recompensado la Condesa tu ingrata conducta para conmigo durante la guerra, dichoso africano; pues te ha dado por esposa á la granadina más bella y entendida de la primer tribu musulmana.

—Todo se lo debo á su talento, amo mío...

—Me llamo Pedro, Alí; deja ya ese tono y ocupa tu posición.

—Todo se lo debo, amo mío, á su talento y afecto; todo te lo debo, señor, puesto que ambos sois un mismo ser; por eso Alí, aun sentado en un trono, no dejará de llamarte amo y señor, y á tu esposa lo mismo; y te he de vestir y desnudar, y cuanto tú quieras; que el necio orgullo no tiene cabida en mi pecho.

—¿Se lo has dicho á tu esposa?

—¡Quién lo duda!

—¿Y qué contestó?

—Que se alegraba, pues ella quería seguir también vistiendo y desnudando á la Condesa.

—Márcia, y tú ¿no añades nada?

—Hijo mío, voy envejeciendo ya, y como nadie podrá quitarme el haber sido tu maestro y haberte enseñado cuanto sabes, por cuya razón me debes cuanto eres, dejo á Alí que me reemplace; y quiere decir, que continuaré entreteniéndome en recibir los platos y bofetones con que me obsequia á menudo tu señora. ¡Bien se conoce que yo no la eduqué!

—Por eso sin duda es más hábil y valiente que los dos.

—No lo creas; es tan atrevida porque tiene tu aliento, que es el mío; que te di cuando á los doce años de edad te llevaba al campo de batalla y en medio del enemigo te enseñaba á vencer.

—No se puede negar que eres valiente y que fuistes mi maestro, pero tan pe-

dante, Márcia, que todos mis caballeros se están riendo de tí.

—Déjalos; cuentan pocos años, y la juventud, efecto de su insensatez, llama chochees á la verdad. Cuando tengan mi experiencia y mis años, entonces pensarán como yo.

El banquete que se daba en aquel momento en honor de los recién casados, estuvo animado, reinando en él alegría, expansión y una confianza ilimitada. Por la noche vinieron músicos de Osuna, varios convidados en damas y caballeros para asistir al baile con el cual quiso el Conde que se acabase de celebrar la boda de Alí. Este, dichoso y feliz cual nunca, miraba á su esposa con acendrado amor y se preguntaba á sí mismo si llegaría á quererla tanto como á sus amos.

También aquella fiesta dió fin, los convidados se fueron retirando, los desposados buscaron el lecho, y el castillo volvió á su anterior calma y tranquilidad.

Todos los caballeros y vasallos del Conde que contraían matrimonio, llevaban sus esposos á la morada del generoso señor; resultando de esto que tenía Lara en su casa más de cuarenta desposados, entre los cuales reinaba una paz octaviana. Márcia era el menos feliz de los casados que existían allí, pues se unió con una mora discípula, aun cuando bella, que si bien se hizo cristiana, amenazaba continuamente á su marido con que iba renegar, sabiendo que era lo que más le exasperaba. No obstante, la Heroína solía reprenderla, y aunque no por mucho tiempo, se enmendaba, dejando de cuestionar con Lázaro.

La virtud y ejemplo de los amos hacía que los demás les imitasen, y bien puede decirse que aquella fortaleza era un modelo de honradez donde imperaba el cariño lo mismo en los casados que entre los que se hallaban solteros.

CAPITULO XXVIII

D. Manrique de Lara y Mahomad Zegrí.
Conclusión.

Los condes de Lara asistieron con todos sus vasallos y servidumbre á la

gran fiesta que en albricias de las victorias conseguidas celebró la grandeza, nobles y pueblo de Osuna. Allí fueron tan obsequiados y aplaudidos como en Sevilla, fijando en la Plaza Mayor dos estatuas que representaban á los esposos, ostentando el genio de la gloria; detrás de estas figuras estaba la de Alí en señalando el emblema de la lealtad y el del valor.

Al terminarse la función y cuando se hallaban Pedro y la Heroína cenando en su palacio de Osuna, con ánimo de volverse al siguiente día al Saucejo, entraron cuarenta musulmanes y en pos don Manrique de Lara, Mahomad Zegrí y todos los individuos que les acompañaron á Jerusalén. Los ancianos anegados en llanto estrecharon á sus hijos sin poder expresar al pronto frase alguna, embargados por un placer el más grato que sintieron nunca. Luego oyeron la historia de los acontecimientos que acababan de tener lugar, vertieron nuevas lágrimas, rieron después, y por último bendijeron á Dios, que bondadoso les devolvía á aquellos pedazos de su corazón.

Lara y Blanca, abrazados á sus padres, pasaron cuatro horas felicísimas. A la mañana siguiente regresaron todos al Saucejo.

Nueve meses después dió á luz la Heroína un hermoso niño que era un vivo retrato del Conde. La alegría que este acontecimiento produjo en los padres, en los abuelos y en todos los individuos de la fortaleza, fué indecible. Los montañeses se excedieron en fiesta y regocijo al saludar por primera vez á su infantil señor; Alí, que era muy dichoso con Elena, compuso varias estrofas que cantó acompañado de caballeros y damas, y Márcia perdonó á su esposa jurándole no volver á cuestionar con ella en gracia al recién nacido, al que llamaba su nieto.

El africano también tuvo hijos que si no fueron blancos tampoco puede decirse que eran mulatos, pues sacaron un moreno subido, gracioso y agradable. Elena le amaba cada día más y él llegó á ser tan feliz como el Conde.

Amos y criados, ancianos y jóvenes,



varones y hembras disfrutaban en el castillo de esa calma apacible que deja entrar á menudo al placer y que es la única felicidad á que se puede aspirar en este valle de lágrimas.

El admirable ejemplo de tolerancia, mansedumbre, amor á Dios y respeto á la ancianidad y á todo lo sagrado, de los condes de Lara, fueron imitados por sus vasallos y la gracia del Eterno se vió constantemente entre aquella gran familia, donde sin rebajarse jerarquías ni faltar el inferior al superior, ni el menor al mayor, se miraban como hermanos y de este modo vivían contentos, siendo aquella inmensa fortaleza un gran pueblo donde nada escaseaba de cuanto pudiera apetecer el deseo que no traspasa los límites de lo justo y razonable.

Lara gobernaba sus Estados como un rey más bondadoso que justiciero, más espléndido que bondadoso. Todo cuanto tenía era de sus vasallos; no reconocía clase ante la ley y sumiso á los fallos del consejo de ancianos, sometía sus propias acciones al juicio de aquellos severos magistrados en quienes depositó su poder. Le llevaban á firmar una sentencia y si la pena le parecía dura ó excesiva, corría unido á su esposa en busca de los jueces y les rogaba con la mayor ternura rebajasen el castigo, pidiendo esta gracia con sumisión y con el interés de un padre. Si los ancianos se negaban á atender su súplica, entonces bajaba la cabeza y firmaba. Más de una vez, al verificar esto, dejó rodar dos lágri-

mas sobre el pergamino que rubricaba.

—¡Pedro, gran señor!—exclamaban al verlo los jueces—queda perdonado ese criminal! ¡Qué alma tan noble! ¡Oh! ¡todo lo que quieras menos verte llorar!

Don Sancho IV y su esposa trasladaron la corte á Toledo con objeto de estar más en el centro de sus reinos. Vivió el Rey diez años más sin ser molestado por extraños, y aun cuando entre los grandes todavía hubo algunas cuestiones, se corría la voz de que iban contra ellos el conde de Lara y la Heroína Zegrí y al momento se encerraban en sus castillos calmando sus enojos y ahogando la torpe ambición que les aguijoneaba.

Don Lope de Haro atentó nuevamente contra el Monarca, y fué muerto en unión de sus doce compañeros en la cámara real por el tío de Lara, que cayó sobre ellos con D. Ricardo y los caballeros que aquél dejó en Sevilla.

El infante D. Juan siguió siempre conspirando hasta que murió pobre, desgraciado y maldito; sin conseguir otra cosa que demostrar su impotencia, cobardía y perversa índole.

Los malvados comienzan á recibir en este mundo el castigo que á su muerte se prolonga por una eternidad. Amad á Dios, imitad al conde de Lara, á la Heroína Zegrí y á sus vasallos, y los grandes y los chicos podréis ser una gran familia tan dichosa como la encerrada en el castillo feudal del Saucejo.

Fin de la obra.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO XXVII.—El combate.—Momento decisivo.—Victoria completa.—Huida y dispersión . . .	5
XXVIII.—Descanso.—El príncipe Muza —El rey moro de Granada y el conde de Haro..	14
XXIX.—De Cuenca á Albarracín.—Una dama.—Lealtad de Lara.....	20
XXX.—Otro encubierto.—Regia visita —La voluntad de Lara —El convenio de Albarracín.....	28
XXXI.—Banquete.—Regia despedida —Otra vez á Ecija.—Los monjes de San Basilio....	35
XXXII. Continúa la marcha — Osuna —Los amores de Ali.—El consejo de ancianos y las familias de los montañeses y selvícolas...	43
XXXIII.—Ronda. — Tarifa en el siglo XII.—El cerco.—Sorpresa prevista.....	51
XXXIV.—Un parlamento marroquí.—Tregua.—Muza.—Los asesinos —Sorpresa — Batalla y toma de Tarifa.....	62
XXXV.—Hidalguía del gran cristiano.—Seguridades.—A Sevilla.....	71
XXXVI —Recibimiento y festejos —Ali armado caballero.—El baile.—La corona.—Sorpresa.—Los esposos.....	78
XXXVII.—La hermosa Alboraya.—Despedida —Al Saucejo.—Ali y sus dos prometidas....	93
XXXVIII.—D. Manrique de Lara y Mahomad Zegri.—Conclusión.....	104

LA NOVELA DE AHORA

Año IV—Publicación semanal—Tercera época

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadernados en rústica con elegantes cubiertas; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes	1,70 peset. s.
Trimestre	5,00 —
Semestre	10,00 —
Año	19,00 —

Número corriente 40 céntimos.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- | | |
|--|--|
| <p>1 A. PALACIO VALDÉS. La aldea perdida. x
 2 H. RIDER HAGGARD. Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central.
 3 al 5 bis R. ORTEGA Y FRÍAS. Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos.
 6 y 7 E. SALGARI. La ciudad del Rey leproso. 2 tomos.
 8 A. CÁNOVAS DEL C.º La campanade Huesca
 9 P. MAEL. Sin dote.
 10 CARLOS FRONTAURA. Brígida.
 11 al 13 bis F. NAVARRO VILLOSLADA. Amaya. x
 ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos.
 14 P. MAEL. La Cenicienta.
 15 JOSÉ SELGAS. Una madre.
 16 y 17 E. SALGARI. Los bandidos del Sahara. 2 tomos.
 18 á 21 F. LUIS PARREÑO. El héroe y el César. 4 tomos.
 22 CONDE DE LAS NAVAS. Chavala.
 23 á 26 C. DICKENS. Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos.
 27 y 28 E. SALGARI. La montaña de luz. 2 tomos.
 29 M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. La piel de la justicia.
 30 CARLOS FRONTAURA. La maldita vanidad.
 31 y 32 WALTER SCOTT. Ivanhoe. 2 tomos. x
 33 E. BLASCO. Una señora comprometida, y O. FEUILLET, El diario de una mujer.
 34 á 36 F. NAVARRO VILLOSLADA. Doña Blanca de Navarra. 3 tomos.
 37 M. NICHOLSON. La casa de las mil bujías.</p> | <p>38 y 39 CH. FOLEY. Kowa la misteriosa. 2 ts.
 40 á 46 F. L. PARREÑO. La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. 7 tomos.
 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y la hoguera. 6 tomos.
 53 y 54 M. J. DE LARRA. El Doncel de Don Enrique el Doliente. 2 tomos.
 55 P. ESCAMILLA. El sacristán de las monjas.
 56 á 60 T. TÁRRAGO. El puñal de oro. 5 tomos.
 61 P. D'IVOI. El corsario invisible.
 62 — Triplex.
 63 — La isla de oro.
 64 á 66 D. LESUEUR. Secreto mortal. 3 tomos.
 67 á 72 R. ORTEGA Y FRÍAS. El Testamento de un Conspirador. 6 tomos.
 73 y 74 E. SALGARI. En las Fronteras del Far-West. 2 tomos. x
 75 y 76 — La Cazadora de Cabelleras. 2 tomos. x
 77 y 78 F. DU BOISGOBEY.—La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos. x
 79 y 80 CH. FOLEY. Flor de sombra. 2 tomos. x
 81 al 82 bis LEWIS WALLACE. Ben-Hur. 3 tomos.
 83 ANTONIN RESCHAL. La mujer pájaro.
 84 á 87 F. L. PARREÑO. Pedro el Temerario. 4 tomos. x
 88 á 90 F. L. PARREÑO. La Heroína Zegrí. 3 tomos. x</p> |
|--|--|

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

PAUL FÉVAL.—Las hijas de la Luna.
 — Diana y Elena.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadernados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora** y su precio es **seis pesetas**. Tomando más de diez tomos á **cinco pesetas** cada uno en España, franco de porte.

Sumario de los tomos de que consta la colección al publicarse este número

TOMO I.—Números 1 al 5 bis.

Obras.—La aldea perdida, por *Armando Palacio Valdés*.—Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central, por *H. Rider Haggard*.—Honor de esposa y corazón de madre, por *Kamón Ortega y Frias* (cuatro volúmenes).

TOMO II.—Números 6 al 10.

Obras.—La Ciudad del Rey leproso, por *Emilio Salgari* (dos volúmenes).—La campana de Huesca, por *Antonio Cánovas del Castillo*.—Sin dote, por *Pierre Maël*.—Brígida, por *Carlos Frontaura*.

TOMO III.—Números 10 bis al 15.

Obras.—Amaya, ó los vascos en el siglo VIII, por *Francisco Navarro Villoslada* (cuatro volúmenes).—La Cenicienta, por *Pierre Maël*.—Una madre, por *José Selgas*.

TOMO IV.—Números 16 al 21.

Obras.—Los bandidos del Sahara, por *Emilio Salgari* (dos volúmenes).—El Héroe y el César, por *Florencio Luis Parreño* (cuatro volúmenes).

TOMO V.—Números 22 al 26.

Obras.—Chavala, por el *Conde de las Navas*.—Aventuras de Mr. Pickwick, por *Carlos Dickens* (cuatro volúmenes).

TOMO VI.—Números 27 al 32.

Obras.—La Montaña de Luz, por *Emilio Salgari* (dos volúmenes).—La piel de la justicia, por *Manuel Fernández y González*.—La maldita vanidad, por *Carlos Frontaura*.—Ivanhoe, por *Walter Scott* (dos volúmenes).

TOMO VII.—Números 33 al 37.

Obras.—Una señora comprometida, por *Eusebio Blasco*.—El diario de una mujer, por *Octavio Feuillet*.—Doña Blanca de Navarra, por *Francisco Navarro Villoslada* (tres volúmenes).—La casa de las mil bujías, por *Meredith Nicholson*.

TOMO VIII.—Números 38 al 42.

Obras.—Kowa la misteriosa, por *Charles Foley* (dos volúmenes).—La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo, por *Florencio Luis Parreño* (volúmenes I al III).

TOMO IX.—Números 43 al 48.

Obras.—La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo, por *Florencio Luis Parreño* (volúme-

nes IV al VII).—Los invencibles, el Monarca y la hoguera, por *Florencio Luis Parreño* (volúmenes I y II).

TOMO X.—Números 49 al 52.—Dos números extraordinarios.

Obras.—Los invencibles, el Monarca y la hoguera, por *Florencio Luis Parreño* (volúmenes III al VI).—Las Hijas de la Luna, por *Paul Féval*.—Diana y Elena, por *Paul Féval*.

TOMO XI.—Números 53 al 57.

Obras.—El doncel de Don Enrique el Doliente, por *Mariano José de Larra* (dos volúmenes).—El sacristán de las monjas, por *Pedro Escamilla*.—El puñal de oro, por *Torcuato Tárrego y Mateos* (volúmenes I y II).

TOMO XII.—Números 58 al 63.

Obras.—El puñal de oro, por *Torcuato Tárrego y Mateos* (volúmenes III al V).—El corsario invisible, por *Paul d'Ivoi*.—Triplex, por *Paul d'Ivoi*. La isla de oro, por *Paul d'Ivoi*.

TOMO XIII.—Números 64 al 68.

Obras.—Secreto mortal, por *Daniel Lesueur* (tres volúmenes).—El testamento de un conspirador, por *R. Ortega y Frias* (volúmenes I y II).

TOMO XIV.—Números 69 al 74.

Obras.—El testamento de un conspirador, por *R. Ortega y Frias* (volúmenes III al VI).—En las fronteras del Far-West, por *Emilio Salgari* (dos volúmenes).

TOMO XV.—Números 75 al 80.

Obras.—La cazadora de cabelleras, por *Emilio Salgari* (dos volúmenes).—La conspiración del alfiler rojo, por *F. de Boisgobey* (dos volúmenes).—Flor de sombra, por *Charles Foley* (dos volúmenes).

TOMO XVI.—Números 81 al 85.

Obras.—Ben-Hur, por *Lewis Wallace* (tres volúmenes).—La mujer pájaro, por *Antonin Reschal*.—Pedro el Temerario, por *Florencio Luis Parreño* (volúmenes I y II).

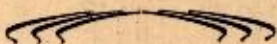
TOMO XVII.—Números 86 al 91.

Obras.—Pedro el Temerario, por *Florencio Luis Parreño* (volúmenes III y IV).—La heroína Zegri, por *Florencio Luis Parreño* (tres volúmenes).—Querer, por *H. Buteau*.

TAPAS

PARA ENCUADERNAR

LA NOVELA DE AHORA



Están á la venta las magníficas tapas que ofrecemos á nuestros lectores para encuadernar LA NOVELA DE AHORA.

Con las tapas, que son elegantísimas, de lujosa tela inglesa con rótulos en oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo.

PRECIO DE CADA TAPA, UNA PESETA



Los suscriptores actuales, ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración, obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

Regalo á los lectores de LA NOVELA DE AHORA

En nuestro constante deseo de favorecer la cultura y los intereses de nuestros lectores, y atendiendo también á deseos manifestados por muchos de ellos, ofrecemos hoy un privilegio para adquirir á precio reducido un solo ejemplar de nuestras magníficas ediciones, números 6 y 7, de

EL INGENIOSO RÍDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra.

La edición núm. 6 (de la *Biblioteca Perla*) forma un tomo en 4.º, de 896 páginas, con hermosos tipos y más de 300 grabados nuevos y originales, encuadernado en pasta al cromo.

Su precio es CUATRO pesetas, y los lectores de LA NOVELA DE AHORA, enviando el cupón con su importe, podrán adquirirlo por

Tres pesetas.

La edición núm. 7 (*de gran lujo*) forma un tomo en 4.º, de 896 páginas y 316 grabados, lujosamente encuadernado en tela, con planchas de oro y negro y cortes dorados.

Precio: Seis pesetas.

Enviando el cupón,

Cinco pesetas.

Todas nuestras ediciones del *Quijote* (excepto la núm. 10 para niños) son completas, tal como Cervantes escribió su inmortal obra, ilustradas profusamente por Manuel Angel con arte tan elevado, que, á juicio de personas competentes, no ha habido nunca ilustraciones del *Quijote* tan magistrales ni que tan acertadamente interpreten el pensamiento del Príncipe de los Ingenios como las creadas por este inspirado artista.

Cupón para adquirir un ejemplar de la edición Calleja, núm. 6, de *Don Quijote de la Mancha* por 3 pesetas.

Caduca en fin de Octubre de 1910 para España y en fin de Noviembre para América.

Cupón para adquirir un ejemplar de la edición Calleja, núm. 7, de *Don Quijote de la Mancha* por 5 pesetas.

Caduca en fin de Octubre de 1910 para España y en fin de Noviembre para América.

Inclúyase el importe con los pedidos; y si suman menos de **cinco pesetas**, auméntese **cincuenta céntimos** para gastos de envío y certificado.

Casa Editorial Saturnino Calleja Fernández.-Calle de Valencia, 28.-Madrid.

BIBLIOTECA DE DERECHO VIGENTE

Los siguientes volúmenes que contiene esta Biblioteca son todos uniformes, de poquísimos volúmenes para que puedan llevarse en el bolsillo (es la edición más pequeña, más elegante y completa que se ha publicado en España), y cada tomo vale, con encuadernación lujosa en tela inglesa, **1,50 pesetas**.

Tomos que componen la Biblioteca de Derecho vigente

- 1 *Código de comercio*, anotado, comentado y precedido de un estudio histórico-crítico; 423 páginas.
- 2 *Código penal*, con todas las reformas introducidas hasta el día y un apéndice en el que se suscitan la Ley de Condena condicional de 17 de Marzo de 1909, la de Huelgas y coligaciones de 27 de Abril de 1909, y varias importantísimas Circulares del Fiscal del Tribunal Supremo.
- 3 *Código civil*, comentado, concordado y anotado en la misma forma que los precedentes; 704 páginas.
- 4 *Ley de Enjuiciamiento criminal*, adaptada a todas sus reformas, anotada, concordada y comentada; 528 páginas.
- 5 y 5 bis. *Ley de Enjuiciamiento civil*, comentada, concordada, anotada y adaptada en la misma forma; dos tomos; 490 y 432 páginas.
- 6 *Ley del Jurado*, comentada, anotada y seguida de todas las Reales órdenes adicionales y aclaratorias. En este mismo volumen están comprendidos todos los Aranceles judiciales, notariales y de registradores de la propiedad; 323 páginas.
- 7 *Leyes orgánicas del Poder judicial*. Compendio de todas las disposiciones vigentes sobre esta materia, comentadas, concordadas y anotadas; 688 páginas.
- 8 *Legislación Hipotecaria*, con la novísima ley publicada por Real decreto de 16 de Diciembre de 1909, comentada, concordada y anotada con arreglo a la legislación vigente y a las resoluciones de la Dirección y sentencias del Tribunal Supremo.
- 9 *Reglamento Hipotecario* y demás disposiciones interpretativas de la Ley, concordadas, comentadas y anotadas.
- 10 *Legislación notarial*. Colección de todas las disposiciones vigentes sobre la materia, concordadas, comentadas y anotadas.
- 11 *El impuesto de Derechos reales y Transmisiones de dominio*. Recopilación de todas las disposiciones vigentes sobre esta materia, concordadas, comentadas y anotadas; 248 páginas.
- 12 *Leyes de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército*, comentadas y anotadas; 352 páginas.
- 13 *Legislación de Timbre*. Comprende integro la Ley aprobada por Real decreto de 1.º de Enero de 1906, el novísimo Reglamento para su aplicación de 29 de Abril de 1901, mas todas las disposiciones que aclaran, modifican ó interpretan sus preceptos.
- 14 *Leyes de Contrabando y Defraudación*, concordadas, comentadas y anotadas; 136 páginas.
- 15 *Legislación de caza, pesca y uso de armas*, concordada, comentada y anotada; 170 páginas.
- 16 A. *Legislación obrera*. Recopilación de cuantas disposiciones hay vigentes sobre esta interesantísima materia. Este tomo y los dos siguientes, que son su complemento, contienen íntegra la legislación social que tanto desarrollo ha adquirido últimamente.
Comprende este volumen las Leyes de accidentes del trabajo, trabajos de mujeres y niños y multitud de disposiciones de interés sobre reformas sociales.
- 16 B. *Legislación obrera*. Complemento del anterior. Contiene las Leyes de colonización y repoblación interior, emigración, Reglamentos respectivos y disposiciones complementarias y aclaratorias.
- 16 C. *Legislación obrera*. Complemento del anterior. Contiene las Leyes de clasificación de industria y trabajo, Tribunales industriales, Conciliación y arbitraje, huelgas, coligaciones y paros, Instituto Nacional de Previsión, Reglamentos de entidades similares, ítem de la Ley de Protección a la infancia, y disposiciones complementarias y aclaratorias de las expresadas y sobre inspección del trabajo.
- 17 *Leyes de Aguas, Canales, Pantanos y Puertos*, anotadas, concordadas y comentadas; 481 páginas.
- 18 *Legislación de minas*, seleccionada, concordada y anotada; 660 páginas.
- 19 *Las Leyes políticas*. Constitución del Estado. Leyes de imprenta, Reunión, Asociación y Orden público, concordadas, anotadas y comentadas; 258 páginas.
Comprende además este volumen los Reglamentos del Congreso y el Senado, comentados en la misma forma.
- 20 *Ley electoral* de 8 de Agosto de 1907, comprende el texto íntegro de la Ley, concordado y comentado, y todas las numerosas disposiciones dictadas con posterioridad para reglamentar su ejecución y las que modifican, aclaran ó interpretan sus preceptos.
- 21 *Legislación de consumos*, con todos los preceptos vigentes, concordados, anotados y comentados; 331 páginas.
- 22 *Guía del contribuyente*, *Leyes vigentes sobre la contribución territorial, rústica y urbana*, comentadas y anotadas; 690 páginas.
- 23 *Leyes vigentes sobre la contribución industrial y de comercio*, concordadas, comentadas y anotadas; 574 páginas.
- 24 *Legislación del Registro civil*, recopilada, concordada, comentada y anotada; 328 páginas.
- 25 *Legislación sanitaria*, que comprende todas las disposiciones vigentes, concordadas, comentadas y anotadas; 548 páginas.
- 26 *La célula personal*. Compendio de todas las disposiciones que se relacionan con este documento, concordadas, anotadas y comentadas; 156 páginas.
- 27 *La Bolsa de comercio y el Registro mercantil*. Recopilación de cuantas disposiciones se han dictado sobre la materia, concordadas, comentadas y anotadas; 218 páginas.
- 28 *Testamentarias y abintestato*. Recopilación de disposiciones, su aplicación a la práctica y formularios para realizar estas operaciones; 272 páginas.
- 29 *Los Juzgados municipales según la ley de Justicia municipal*. Comprende las siguientes materias: Texto íntegro de la ley de Justicia municipal, Ley orgánica del Poder judicial, Leyes de Enjuiciamiento civil y criminal, Código penal, Código civil y Ley del Jurado en la parte de aplicación en los juzgados municipales: Aranceles, Ley de Huelgas, Ley de Condena condicional, Reglamento para la provisión por oposición de las secretarías de los Juzgados municipales, y disposiciones de más frecuente aplicación.
- 30 *Relaciones del ciudadano con el Ayuntamiento y con el Estado*. Guía y formulario para la realización de los derechos y deberes que las mismas imponen; 203 páginas.
- 31 *Formularios de cuantos documentos haya de presentar el ciudadano a los Tribunales*, en los casos en que la Ley no disponga que se sirva de letrado ó procurador; 185 páginas.
- 32 *La salvaguardia del viajero*. Reglamentos de ferrocarriles, tranvías y otros vehículos, explicados con toda claridad para que el viajero pueda cumplir fácilmente sus deberes y exigir lo que sus derechos; 198 páginas.
- 33 *Leyes Municipal y Provincial*, comentadas, concordadas y anotadas; 305 páginas.
- 34 *Legislación sobre Sociedades de Seguros*. Comprende íntegra la ley de 14 de Mayo de 1903, Reglamento provisional de 26 de Julio del mismo año y cuantas disposiciones se han dictado aclarando ó interpretando sus preceptos.

OBRA NUEVA

LAS CARRERAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS EN ESPAÑA
LAS PROFESIONES LIBERALES

Manual práctico para seguir y escoger carrera

POR

SATURNINO CALLEJA

En este manual hallarán los padres de familia una guía segura para la trascendental empresa de escoger ó ayudar á sus hijos á elegir carrera, y no menos fiel y práctica para conocer cuantas profesiones liberales pueden seguir, con indicación precisa de los medios para cursar cada una, años de estudio, número de asignaturas, coste, aplicaciones de las carreras (oposiciones), etc.

Es el tratado más moderno, más útil, más práctico y más económico.

Un tomo en 16.º, de 205 páginas, encuadernado en pasta al cromo, **setenta y cinco céntimos** en todas las librerías y en la

CASA EDITORIAL

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

CALLE DE VALENCIA, NUM. 28

Apartado 447.—MADRID

Inclúyase el importe con los pedidos, y si suman menos de **cinco pesetas**, aumentense **cincuenta céntimos** para gastos de envío y certificado.

